



ALGO FLOTA  
SOBRE EL AGUA

Lajos Filahy

Lectulandia

Un pescador camina por la ribera. Descubre de pronto que algo flota sobre el agua... «aquella mancha negra que flotaba en medio de la corriente, tan lejos de la orilla, que desde allí no se podía saber de qué se trataba...». La plácida vida del pescador se ve alterada ante este hecho que hará brotar los sentimientos más sinceros, pero a la vez, los más crueles y desconocidos. Una historia de amor, de pasión y de misterio.

En otras traducciones, este libro lo han editado con el nombre de: *Algo se lleva el río*

**Lectulandia**

Lajos Zilahy

# **Algo flota sobre el agua**

ePub r1.0

Titivillus 13.12.2017

Título original: *Valamit visz a viz*  
Lajos Zilahy, 1928  
Traducción: Guillermo Geberding

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# I

La tarde otoñal, tempranamente obscurecida, cubría el enorme río... Llamaban al Ángelus desde la torre de los minoritas. Las campanadas se perdían en el viento. Era el año de gracia de... hacia fines de noviembre. El viento se hacía más y más fuerte. Parecía arrastrar consigo la obscuridad desde el pueblo.

Más allá del gran río, en la ribera opuesta, donde el viejo bosque de encinas aun destacaba su negrura contra el dorado y pardo crepúsculo, manos invisibles asediaban una poderosa encina.

Los hachazos caían sordamente sobre el agua que los devolvía, yendo a retumbar, huecos, contra la despedazada orilla. Después se oyó cómo la enorme encina se desplomaba con un terrible suspiro. En su caída crujió durante largo tiempo, mientras los leñadores gritaban confusamente.

Aquí, a este lado, parecía como si el potente río, en su ciega furia, hubiera desgarrado la alta y abismal orilla. Raíces de decrepitos sauces pendían de la rasgada ribera, raíces sinuosas y gruesas como las tripas de un cuerpo despanzurrado. Más allá, un álamo partido mostraba sus blancos huesos. La orilla, al internarse en el agua, parecía un gigantesco y deforme ciervo, de frente de roca y cuernos de sauce, metido hasta las rodillas en el agua, refrescando sus horribles heridas. Porque la última crecida la había destrozado ignominiosamente. Las olas habían penetrado en sus carnes vivas cual las garras de un león enfurecido:

Saúcos, espinacas, artemisas, espinas, lampazos y demás malezas, con sus hojas enrojecidas en su marchitez otoñal, parecían grandes manchas de sangre seca. Aun de día era difícil ver a través del gigantesco río. Ahora, en la otra orilla, los contornos del gran bosque se deshacían, poco a poco, en la obscuridad. Sólo el río, mientras domado en apariencia se revolvía en su lecho, llevaba en su espuma una tenue luz cobriza.

En la orilla un hombre caminaba. De su demacrado cuerpo colgaba una anticuada capa negra, que el viento ceñía a su alrededor como bandera de luto al asta.

Ya había obscurecido totalmente. Se dirigió hacia donde brillaba, amarillo, el cuadrado de una ventana. El angosto patio estaba rodeado por un cercado de seto. El viento ora abría, ora cerraba el bajo portón de mimbre. El portón lloraba y se quejaba como un ser humano encadenado. En el patio se erguían dos postes, de los cuales colgaban grandes redes. De cuando en cuando, éstas se estremecían como grandes alas de murciélago. Y parecían querer echar a volar en el viento. Pero volvían a caer y las esferas de plomo de sus bordes golpeaban como granizo en los postes.

El hombre de la capa negra, que parecía él mismo ser un jirón de la obscuridad, atravesó el patio y miró por la ventana. En el humo de la chimenea, que el viento aplastaba contra el suelo, se diluían exquisitos olores de comida.

El hambre debía roer las entrañas del peregrino, pues éste observaba a través de la ventana con ojos reseco y garganta convulsionada. Adentro, en la pieza, sobre la

mesa cubierta de húmedas virutas de corcho, había una lámpara de aceite. El dueño de casa tallaba discos del tamaño de un sombrero de niño, destinados a mantener un extremo de la red en la superficie del agua. Proseguía su trabajo silbando, y de cuando en cuando alejaba de sí el disco para ver mejor su forma. Tendría unos veintiséis años. Su camisa azul, entreabierta, dejaba ver su pecho robusto y convexo y su piel dorada al viento. Al inclinar su cabeza sobre su trabajo, su cabello corto y espeso brillaba a la luz de la lámpara como el pincel con que se pintan las estatuas de madera. Su peinado en general parecía una capucha lisa y muy apretada contra el cráneo.

Tenía una cara regular, de rasgos francos y rectos. Aun no aparecían en su rostro esas peculiares y semiinvisibles arrugas y ángulos de los ojos, de la nariz, de la frente y de la barbilla, en los cuales, en algunos individuos, parece como si ciertos pensamientos se ocultaran como lagartijas en las hendiduras de las rocas. Su faz, que no se hallaba iluminada por la luz de una gran inteligencia, tampoco poseía la vaciedad de la estupidez. No era ni una cara hermosa ni una fea. Una barba escasa, como pelusa, encuadraba su rostro.

Sus ojos grandes, descoloridos, eran somnolientos, pensativos y bondadosos. No había nada extraordinario en este rostro. Si había en él algo de conmovedor, era, quizá, que allí se reflejaban los rostros de otros hombres, de millones de hombres. Era simplemente una cara humana, la cara de un hombre como en el cuadro del «Hombre Desconocido», de Sebastián del Piombo. Sin nada extraordinario, pero con el aliento de la eternidad en su frente.

«He ahí un hombre feliz», pensó allá afuera, en el helado viento, el peregrino, hundiendo su cuello en las profundidades de su andrajosa capa.

Pero, tal vez, era sólo su imaginación calenturienta, impulsada por el hambre que lo roía y por su espíritu extraviado. La mujer estaba sentada al lado de la chimenea y mecía la cuna. Canturreaba algo sin fijarse en la letra, sin ritmo, siguiendo la cadencia de la cuna:

*Ay, mi niño, mi niño  
ya mi niño se ha dormido  
pensando en angelitos,  
en el ángel de mi niño.*

Siempre estos cuatro versos, sin alzar su voz en momento alguno y se un solo aliento y de un solo aliento.

Para el que la escuchaba desde fuera, la canción sonaba como el sordo zumbido de una avispa encerrada entre cristales.

El peregrino paseó su mirada por la pieza, tanto como el opaco vidrio y la mortecina luz se lo permitían. Era una pieza pequeña, baja, en la que todo, pero todo, brillaba y refulgía de limpieza. De una limpieza que era el resultado de la diestra

mano de la ama de casa.

Las viejas vigas de la techumbre ocultaban antiguos libros de santos. En las cornisas las manzanas para el invierno, cuyo olor saturaba todo, mostraban su amarillo y rojo. Al lado de la chimenea había una profunda amasadora; en su interior, cubierta con un paño, se calentaba, hinchándose, la dulce masa del pan. De la pared colgaba un cuadro de santos y en los multicolores vasos del estante se veían espigas de trigo y centeno.

Una perra de enroscado pelambre yacía, feliz, frente a la chimenea, bien estirada... con sus cuatro patas hacia el fuego. La luz del fuego crujía y chasqueaba sobre su vientre y sus mamas negras como alquitrán. Más arriba, sobre el tibio banco de la chimenea, un gato de rayado pelaje se lavaba. Debía de ser una hora de bienestar en la habitación cuyo amoblado, aunque sencillo, dejaba ver que sus ocupantes no eran simples campesinos, sino gente más culta y de mejor situación.

Había también un viejo sentado en un sillón junto a la puerta, fumando pensativamente su pipa.

«Entro y pido algo de comer», se decidió el caminante, pues se dio cuenta de que en el hogar algunas ollas humeaban apetitosamente. Entró al vestíbulo, donde una sirvienta partía leña.

—Ave María —habló el recién llegado, tomando rápidamente el picaporte, que el viento quería arrancar con puerta y todo de su mano.

—Sin pecado concebida —replicó la muchacha, dándose vuelta y echando una sola ojeada. Pero se levantó y gritó—: Juan.

En esta casa estaban acostumbrados, al parecer, a semejantes visitas. El extraño entró. Frotando sus manos friolentas, inclinó la cabeza y saludó:

—Ave María.

—Sin pecado concebida —respondieron casi al mismo tiempo el hombre y la mujer.

El hombre se paró y avanzó hacia el huésped. La mujer sólo movió la cabeza y continuó meciendo la cuna como si fuera lo más natural del mundo que muy avanzada la noche llegara a la habitación un hombre sucio, haraposo y de horripilante aspecto.

También el perro se paró de junto al fogón, se desperezó y bostezó con casi humana tonalidad. Meneando la cola saludó al huésped y humedeció con la nariz el ribete de su vestido y la punta de sus zapatos agujereados.

Una barba de varios días desfiguraba el rostro del forastero. Con su largo y pelado cuello, curtido por el viento, que asomaba entre los amplios pliegues del abrigo, parecía un buitre. Tenía una nariz grande y ojos redondos que reflejaban la tortura de un animal azotado.

—¿Qué te trae por aquí, amigo? —preguntó el dueño de casa sin sobresaltarse.

—Estoy de viaje y la noche me ha sorprendido —dijo el huésped con voz seca y profunda, como si la garganta le quemara.

Juan se inclinó de pronto hacia él como si algo hubiera descubierto en ese rostro.

Como alguien que desconfía de sus ojos, le tomó de los hombros y le dio vuelta hacia la lámpara.

—¡Gregorio!

Y no podía retirar la mirada de esa cara fea y triste. El forastero arrugó la frente cuando lo llamaron por su nombre y de repente acercó el rostro hacia el dueño de casa para ver si acaso lo conocía. Pero se notaba que no podía recordar.

Así permanecieron algunos segundos. El huésped clavaba la mirada con esfuerzo desesperado en los ojos de Juan. Pero no podía reconocer esa cara.

—¿Te acuerdas del hijo del pescador? —preguntó Juan—. ¿Aquél a quien llamaban Juan Lucio?

El huésped alejó a Juan con ambas manos, como si se tratara de una aparición, y sus ojos brillaron con el fulgor del recuerdo. Después se descubrió la cara, se estremeció en todo el cuerpo, y dijo solamente:

—¡Oh, Dios mío!

Se recostó con el hombro contra el marco de la puerta y no se quitó las manos de la cara, como queriendo ocultar su aspecto actual, su existencia presente.

Juan contempló consternado al amigo de la infancia. Juntos habían vivido aquí, al borde de la corriente, durante varios años. El señorito Gregorio había llegado una vez a la ciudad con su preceptor en un coche tirado por un burro. Su padre era uno de los más acaudalados señores de la ciudad, lo que permitía vestir a su hijo con finas telas y botas de cordobán. Tenía también un preceptor, un hombre gordo y pequeño que llevaba sobre el chaleco verde una doble cadena de reloj, y hablaba con el niño una lengua extraña.

Cuando llegaron por vez primera, Juan se mantuvo parado a conveniente distancia y escuchó, intrigado, los extraños sonidos de los cuales no entendía una palabra. Y como en aquella ocasión oía un idioma extranjero por primera vez, su mente no podía comprender que aquellos sonidos confusos dijeran realmente algo inteligible para seres humanos. Todo el idioma le pareció diabólico e idiota. ¿Para qué todo aquello si uno se entendía tan bien en su propia lengua? El señor preceptor extrajo de su maleta unas raras varillas de bambú y las atornilló unas en otras.

Juan se sentó en el suelo y observó acuciosamente a ambos. ¡Ah, querían pescar!

El señor preceptor tenía en su mano la larga y flexible varilla, mientras resoplaba. Pero, finalmente, no pescaron un solo pececillo.

Juan entonces, a quien henchía un viejo orgullo de pescador, se plantó en la orilla con las piernas separadas, extrajo unas cuerdas del bolsillo del pantalón, ensartó un gusano en el anzuelo y lo lanzó al agua. Después de un rato fue enrollando el cordón en su mano y cuando lo extrajo del agua dio vueltas en su torno un pescado, fulgurante como la mágica y movediza plata del fondo del agua.

Barbo o perca, conforme fueran saliendo, sacaba los peces del anzuelo y los devolvía a las ondas en grandes parábolas. A los dominicales pescadores no les



dirigía ni una mirada, para que no fueran a imaginarse que lo hacía por ellos. Cuando hubo demostrado su superioridad hasta la saciedad, se metió la cuerda en el bolsillo y se marchó sin mirar atrás.

—¡Oye, muchacho! —le gritó el preceptor.

Juan se dio vuelta displicentemente.

—¡Ven y enséñanos cómo lo haces!

Juan no se inmutó.

—¡Bueno, ven y recibirás un trozo de pastel!

Esta última palabra hizo tambalear su orgullo. Regresó y les enseñó a pescar. Entretanto ambos muchachos se observaban de reojo. Del largo pantalón de Juan asomaba la piel del color de corteza de pan quemado. Del otro lado, sobre su cabeza el señorito Gregorio lucía una pequeña gorra con pluma, y alrededor de su cuello se enroscaba un fino pañuelito de seda para protegerlo del frío.

Luego de un rato el hilo se agitó en la pequeña mano del inexperto *citadino*<sup>[1]</sup>, y éste sacó del agua, con un grito de júbilo, su primer pez.

Desde aquella vez aparecieron casi a diario en la orilla del río el blanco aderezo del carrito tirado por el burro, el pequeño equipo de ruedas color amarillo limón, el gordo señor preceptor del chaleco verde y el señorito Gregorio. De la bien provista cesta sacaban toda suerte de costosas provisiones. Los dos niños intimaron con alma y corazón, como sólo lo hacen un niño pobre con uno rico.

Cierta vez también Juan ofreció a su amigo calabazas cocidas. El señorito Gregorio hubiera deseado comer también de aquello, pero el señor preceptor le arrebató las golosinas de las manos y las tiró al agua.

El bosque, la orilla del río, y más abajo el cañaveral fueron atesorando conmovedoras alegrías. En otoño, cuando las peras y las ciruelas maduraban, Gregorito las hallaba más sabrosas que cualquier halago de la ciudad. ¡En primavera y en verano, las aromáticas frutillas, las agridulces zarzamoras, los huevos de ave fría endurecidos en reluciente ceniza! Ellos se agazapaban largas horas entre las cañas que susurraban quedamente como sonidos de arpa; acechaban tensamente a los patos silvestres que en el resplandor del sol poniente nadaban río arriba, con sus relucientes cuellos de turquesa, y a las palomas silvestres que caminaban como sobre resortes. En la superficie brillante y húmeda de la arena, sus patas rojas dejaban huellas de estrellas.

En una Pascua, Gregorito invitó a su amigo a su casa, en la ciudad. En el carrito del pescado él había ido allí a veces, pero nunca pasaban más allá del mercado de pescadores, donde tiraban los diferentes pescados sobre las mesas encharcadas en sangre yagua en medio de un gran alboroto y griterío, y donde el suelo barroso estaba salpicado de escamas, como si hubieran regado a granel pequeñas monedas de plata.

La casa de la familia de Gregorio con sus fríos pórticos, el patio con sus blancas baldosas lavadas por la lluvia, eran para Juan una visión legendaria. ¡Y las habitaciones! Espejos, alfombras, decorados murales, cuadros, estatuas, libros, tanto

que él no se atrevía a soltar su pequeño sombrero dominguero, pues de haberlo dejado, seguramente se habría perdido para siempre en medio de tan espantosa cantidad de objetos.

Lo que había allí de comer. Pese a que sólo lo hacían en la mesita pequeña, de donde con el cuello estirado se asomaban hacia la mesa de los mayores, mirando con hambrientos y curiosos ojos infantiles.

Sí; de ello hacía casi veinte años. Desde entonces no había visto más al señorito Gregorio. Pero cuando ahora entró el amigo, lo reconoció de inmediato. Ya de niño tenía una nariz curva y larga y aquellos grandes ojos de pájaro. Ya entonces poseía también un cuello más largo que el de los demás.

Juan se dio vuelta hacia su suegro:

—Padre, ¿sabe usted quién es este señor?

El viejo apretó los débiles ojos y escudriñó al huésped de pies a cabeza. ¿De dónde lo iba a saber si nunca lo había visto? Él había venido con su hija de otra comarca.

Cuando Juan se lo hubo explicado, meneó la cabeza de un lado al otro, rezongando incrédulamente.

Juan condujo de la mano a su mujer hacia el huésped y la presentó orgullosamente:

—¡Y ésta es mi mujer!

La mirada de la bella y bronceada mujercita derramaba bondad. De todos se apoderó el deseo de servir, tanto que Gregorio no sabía en cuál silla debía sentarse, pues le ofrecían tres al mismo tiempo.

Recién cuando tomó asiento ante la mesa, los dueños de casa pudieron notar el aspecto de abandono del huésped. Pero hicieron como si no se dieran cuenta.

Gregorio hablaba poco. Disimulaba la violencia de su corazón con una sonrisa. Seguramente debía sentir lo lamentable de su aspecto externo, sobre todo a los ojos de esta gente que ya sabía quién había sido.

No puso las manos sobre la mesa, sino que las dejó descansar sobre las rodillas, porque sus mangas estaban desflecadas. Y cuando le pusieron la merienda por delante, comió con la izquierda, porque en ella la manga estaba en un estado más presentable. Habló poco, y también comió menos de lo que hubiera deseado.

Cuando después de la merienda la charla se enhebró, Susana y el viejo dieron las buenas noches y se fueron a dormir.

Juan y Gregorio quedaron sentados frente a un jarro de vino.

—¿De dónde vienes, ahora? —preguntó Juan, que se dio cuenta de que un prudente silencio era aún más penoso, y que ese rostro pálido y enfermizo y ese miserable aspecto anhelaban revelar muchas cosas extrañas.

Gregorio volvió hacia él sus ojos cuyo blanco estaba surcado de sangre.

—De la cárcel —dijo despacio, con su profunda y ronca voz.

Juan le miró asombrado.

Gregorio puso ahora el codo sobre la mesa, se inclinó más cerca de Juan y comenzó a hablar. Lo hacía fluidamente, y de vez en cuando de su boca se escapaba un sonido siseante.

—Cuando mis padres murieron, heredé todos sus bienes. Pero de repente, lo perdí todo. Busqué trabajo, y un amigo de mi padre me consiguió ocupación en una oficina. Allí ocurrió la desgracia. No fue una gran suma. No estuve mucho tiempo preso, apenas un mes.

Esto lo dijo sin inmutarse, y cuando terminó miró fijamente sobre la mesa, enarcando una ceja.

Juan escuchó espantado estas palabras. Un largo rato quedó silencioso.

—Pero, ¿por qué? —preguntó después de largo tiempo. Gregorio levantó los hombros y no contestó, como si ahora todo le fuera indiferente.

A Juan le habría agradado sondearlo, pero no hallaba las palabras adecuadas. Arañaba la mesa con las uñas y de vez en cuando lanzaba una mirada al amigo entre sus cejas enarcadas. Era como si tuviera que convencerse continuamente de que esa cara prematuramente envejecida, con profundas ojeras azuladas, como si todo este hombre de aspecto bestializado fuera el antiguo Gregorito.

De pronto la vista de Gregorio brilló como si hubiera sido despertado de su meditación. Suspiró hondo. Y se estiró, desperezándose, hacia atrás. Luego hizo crujir los dedos debajo de la mesa.

—¡Sí, amigo mío; estamos a merced de Dios! —dijo despacio.

Se agachó más aún, y murmuró:

—¿Sabes tú lo que me ha llevado tan lejos? Una mujer. Una mujer a la cual amaba.

Y quedó mirando luego de haber dicho estas palabras, como si él mismo las hallara incomprensibles.

—¡Eso yo no lo entiendo! —dijo Juan, y alejó su vaso. Por su voz podía adivinarse que estaba montando en cólera—. ¡Has amado a una mujer! Si la has amado, debes haber querido también conservada. ¿Habías tratado de lograrlo perdiéndote?

En su voz había amargo reproche. Gregorio sonrió apaciblemente.

—Mira, es verdad. Pero yo siempre pensé que entregando algo de mí mismo la ganaba con ello un poco más.

Juan sintió de pronto un fuerte rencor hacia la desconocida. Contempló cejijunto a quien compadecía y detestaba a la vez.

—¿Te amaba esa mujer?

Gregorio cerró los ojos e inclinó la cabeza, como si esta pregunta no pudiera contestarla con palabras.

—Si te amaba, ¿por qué permitió que te despeñaras? Gregorio calló un instante. Abrió ambas manos y ajustó los diez dedos exactamente uno contra otro. Recién entonces se dispuso a contestar:

—Tú preguntas por cosas que no tienen respuesta, y como ellas hay un millón en el mundo. Si preguntas en forma tan simple, la tontería brota de ellas como el aire de una burbuja reventada. ¡Tienes razón! Si me quería, ¿por qué permitió entonces que yo me fuera por la pendiente? ¿Crees tú que el amor reside en el corazón?

Meneó lentamente la cabeza.

—No; el corazón es demasiado estrecho para encerrar el amor. Este llena todo el cuerpo y lo excita vivamente con una fiebre espantosa. Te quemas en él, te consumes y todo lo que tienes bajo la piel se purifica. Desuella tú al hombre y bajo esa piel hallarás cosas tremendas. Un cuchillo con el que uno de tus antepasados mató a alguien. Una mano que se alarga furtivamente para sustraer el bien ajeno. Una cantidad de pensamientos brutales que se agazapan en tu carne y que sólo afloran en el sueño, como una bandada de murciélagos en una lóbrega torre. Como ves, el amor, el amor implacable, salvaje, mortal, circula a través de tu vientre y de tu alma, y ahuyenta todo de ti, como las llamas de una casa ardiendo alejan a los hombres, animales, pájaros, insectos.

Luego de un instante agregó:

—Pero no creas que dentro de nosotros sólo habitan animales. Junto con el halcón aparecen también blancas palomas. Nunca un ser puede ser tan bajo ni tan puro como en el amor. En cualquier otra circunstancia puede disimular. ¡Aquí no! Todo se ventila a la luz del día, hasta lo más recóndito de tu alma.

Sumió la cabeza y se pasó la mano por la frente.

—¿Ves esta cicatriz? Ella me quiso matar cierta vez. Había pensado asestarme el golpe en el corazón, pero le arrebaté el cuchillo de su mano. Fuimos a una lucha cuerpo a cuerpo, y allí resulté herido.

Juan escuchaba a su amigo con los labios levemente apretados y con la expresión de quien ha probado algo nauseabundo y amargo.

Gregorio le miró y continuó:

—¡Oh Dios mío! ¡Lo que fue aquello!

Levantó el jarro y sirvió. Bebió. Cerró entonces los ojos. Y en sus labios apareció una sonrisa. Una bella sonrisa, que no pensó habría de notarse. Esta sonrisa era como si de lo hondo de este hombre obscuro subiera algún fulgor hacia los labios.

—¿Y quién era la mujer? —preguntó Juan después de un largo silencio—. ¿De dónde salió? ¿Dónde la conociste?

La peculiar sonrisa estaba aún allí en los labios de Gregorio.

—Ya cuando la conocí ella tenía mala fama. Cuando pensaba que ya me pertenecería para siempre, me traicionaba. No sólo una vez. Cien veces. Cuando caí a la cárcel me dejó para siempre.

Se irguió y se dispuso a marchar.

—¿A dónde vas?

—Lejos. Ya conseguiré trabajo en cualquier parte.

—Quédate aquí esta noche.

—Gracias; no puedo dormir. Me agrada vagar en la obscuridad.

Juan puso sus manos sobre los hombros de su amigo y le miró hondo y emocionado a los ojos.

—No soy rico, pero te quisiera ayudar. ¿Qué necesitas? ¿Qué puedo darte?

—Gracias. Ya nada me pueden dar ni nada me pueden quitar. —Se rió y estrechó rápidamente la mano del amigo.

—Que Dios te proteja —exclamó, y ya había salido por la puerta.

Cuando Juan le siguió para acompañarle por lo menos hasta la puerta, ya la obscuridad había devorado a Gregorio.

Juan volvió a la habitación y se quedó pensativo junto a la mesa.

«¡Este Gregorio es un espíritu débil! —pensó para sus adentros—. Echar a perder así su vida por una vulgar prostituta».

Abrió las ventanas para airear la pieza, como si el huésped hubiera impregnado la casa con un hedor a crimen y desgracia, locura y miseria, tal como algunos mendigos harapientos cuyas llagas envueltas en trapos inmundos exhalan extraños olores a medicinas y hedor a cuerpo enfermo y sucio.

Así ocurre también con el alma envilecida, plagada de heridas. Juan barrió hasta el suelo, ahí donde había caminado este espectro. Ahora que Gregorio se había marchado, ya no sintió compasión, sino sólo asco.

Pero esa visita le había desvelado, y el sueño se había esfumado. Tomó del estante un libro de oraciones, lo abrió y comenzó a leer, dedicándolo a ese infeliz. Por la ventana abierta soplaba el viento meciendo constantemente la lámpara.

Juan, sentado a la mesa, leía. Escogió una larga oración y a media voz la leyó, pensando en Gregorio. Entretanto le vino el sueño. El viento húmedo y frío golpeaba sobre sus espaldas. Cerró las ventanas, apagó la lámpara y entró a la otra habitación, en la que sólo parpadeaba la luz de una vela.

Susana dormía; respiraba suave y regularmente.

Juan se quitó la ropa y se metió en la cama, en la dulce tibieza que irradia el limpio y amado cuerpo de mujer, en medio del sueño profundo.

## II

Ya la nieve había sido arrastrada por la corriente y habían ya pasado los temidos días de la creciente de principios de año en que los pastos se cubrían hasta la punta con las embravecidas y grises olas, y las sucias ondulaciones del agua lamían las puertas de las casas, royendo hasta las empalizadas.

Bañada por el sol de abril, la correntada se apuraba en el profundo y ancho cauce, y despertaba, con su color de oro pardo, una divina sensación de desnudez bajo las orillas vestidas de flores y follajes.

El intrincado cerco de la casa de Juan, así como uno de los muros del edificio, estaban cubiertos por redes gigantescas que los rayos del sol habían secado, blanqueándolas. Daban la impresión de aprisionar la casita y apretarla cuidadosamente contra la florida pradera como a una enorme mariposa.

Juan estaba en la granja; se había enrollado el pantalón hasta las rodillas, y también la camisa azul, abierta sobre el pecho, estaba remangada hasta los codos. Trabajaba en los restos de una barca tumbada ahora en el centro del patio, y que había sido destrozada por la inundación de principios del año. Sobre el suelo había piezas de carpintería con olor a nuevas, y el viejo y negro vientre de la barca mostraba las partes donde las quebraduras habían sido reparadas con los amarillentos manchones rectangulares de las tablas nuevas.

Juan agitó el alquitrán con que iba a pintar la barca.

En el aire fresco y liviano de primavera cosquilleó un olor penetrante.

La sirvienta blanqueaba la fachada. Goteaba cal sobre el gris verdoso de los espesos arbustos de ricino al pie del muro; también el suelo del patio recién barrido estaba salpicado de pequeñas manchitas blancas. En el umbral jugaba el niño y procuraba fumar en la cachimba que el padre le había tallado de una calabaza.

Susana estaba sentada, tejiendo en la veranda.

El perro saltaba, ladrando fuerte, excitado por la primavera. Allá abajo en los matorrales de la orilla, y perseguía a los pájaros que en la parda ribera brillaban, bailando como manchitas luminosas de pequeños espejos.

Por doquier se respiraba a primavera dulce y jubilosa. El viejo Miguel se irguió de repente en la orilla con aire serio y gritó hacia el patio:

—¡Juan, algo arrastra el río!

Era serena y llana su voz, o por lo menos quería aparentarlo; pero a pesar de ello, en sus profundidades se agitaba una nota que, recorriendo la médula y los huesos, hacía detenerse un instante el corazón. Pues este grito no se había oído desde hada años en la ribera, y cuando algo flotaba en el agua la vida se paralizaba en todas partes y quedaba un peculiar silencio, como si hasta el suave aliento del aire se detuviese; toda la atención se orientaba hacia el río en el que algo bamboleante y obscuro se sumergía y tornaba a reaparecer; algo que no podía precisarse si era un tronco de árbol, trapos abandonados o un cadáver humano.

En el verano pasado el agua había arrastrado desde la ciudad, hacia el atardecer, el cadáver de un comerciante asesinado; las olas le levantaron en sus brazos y le mostraron a la tranquila ribera.

«¡Ved, éste es el verdadero rostro de la vida, pero vosotros lo habéis olvidado!».

La sien del cadáver estaba partida de un hachazo. La cara dilatada y la abierta boca que dejaba entrever los dientes, producían una mueca de péfido sarcasmo, mientras la cabeza se movía lentamente en la corriente de derecha a izquierda, como si viviera aún y dijera:

«Ja, ja, mis amigos, felices pescadores, aquí estoy, y ahora paso flotando ante vuestras casas; clavo mis vacuos ojos en los vuestros de tal modo que no podréis dormir durante semanas; me zambullo en el agua y sacudo por debajo a vuestras redes; me prendo con mi carne corroída en los anzuelos que lanzáis desde las barcas; sí, soy yo; sacadme fuera, rodeadme; observadme con escalofríos y lamentos o con el aliento retenido; sí, soy yo el rostro del hombre. ¡El rostro ahogado y sangrante!».

Muchos años atrás, cuando se libraban batallas bajo los bastiones de la ciudad, llegaban en esta forma cadáveres de soldados arrastrados por el río. Oscuros, ensangrentados y sucios. A veces las cabezas humanas flotaban en bandadas, como patos silvestres.

Casi no pasaba un año sin que algo arrastrase el río. Dos años atrás pasó una madre apretando fuertemente al hijo muerto contra su pecho.

Y ahora el grito se oía nuevamente; el grito del viejo Miguel; un grito que no traslucía ningún espanto, tal vez con algo de molesta sorpresa y algo de meditación, pero resonaba como el alarido lejano de una vida diferente, misteriosa y desconocida.

El grito se oyó nuevamente, ahora más impaciente: ¡Algo arrastra el río!

El viejo dirigió los débiles ojos hacia un punto casi invisible del agua para no perder de vista, en el enceguecedor espejo de oro del río, la mancha negra que flotaba, muda, y que parecía obedecer a un misterioso impulso, ya que avanzaba sobre las ondas sin detenerse, como si tuviera alguna oscura cita a que acudir.

El viejo corrió orilla abajo y tropezó con una raíz enarcada, pues por ningún motivo apartaba la vista del agua. Luego desató el harca sin mirar su mano.

Juan colocó en el sudo el recipiente con alquitrán y escuchó el grito un segundo; cuando éste resonó por segunda vez. Saltó sobre la cerca, por el camino más corto. Con saltos gigantescos llegó hasta el viejo.

—¡Allá!, —señaló con el brazo estirado el viejo, mientras con la otra mano sujetaba la tirante sogas del harca en movimiento.

La mirada de Juan divisó la mancha negra flotando en el medio de la corriente. Estaba tan alejada en el agua, que acá, desde la orilla, no podía precisarse qué era.

Saltaron a la barca. Los remos trabajaron en las manos de Juan como las alas de grandes pájaros en el viento. La barca voló liviana sobre el agua y ambos hombres seguían con la mirada clavada en el misterioso cuerpo que parecía querer ocultarse de su vista.

—¡Un tronco de árbol! —gritó el viejo Miguel, alegrándose de pronto, cuando estuvieron más cerca.

Juan nada decía. Remaba con todas sus fuerzas.

—Un hombre —dijo luego despacio, y sintió un golpe en el corazón.

Repararon en seguida que era un cuerpo de mujer. De ello se dieron cuenta porque sólo sobresalían del agua la nuca y la parte superior del cráneo. La osamenta y la distribución de los pesos en el cuerpo humano están hechas en tal forma que los cadáveres de hombre flotan de espaldas en el agua... con la cara mirando al cielo; las mujeres, en cambio, lo hacen con el rostro sumido hacia la muerte; misteriosamente avergonzadas, ocultan su cara en las ondas.

Los pescadores también saben que el ahogado sólo se hunde y ahora tres veces. Si se sumerge por cuarta vez, desaparece definitivamente de la vista humana; entonces la muerte ha triunfado en esta lucha; ha arrastrado a su víctima hacia lo profundo, como el tiburón se lleva su presa al fondo.

Los pescadores sólo pueden entonces hacer la señal de la cruz y variar el rumbo a sus barcas, de regreso. Saben que el cuerpo se mece en el fondo solamente algunos días; una invisible masa de agua, tan alta como la torre de una iglesia, lo presiona y arrastra; el tremendo peso Y la potencia de las aguas le trituran furiosamente; los pescadores saben que varias minas más abajo y varios días después, el agua levanta nuevamente a la superficie al cuerpo ya irreconocible y casi con repulsión lo coloca sobre un escollo.

Ya la barca se acercaba al cuerpo flotante, y ahora llegaba la angustiosa excitación de los últimos momentos. El juego desgarrador con la vida y la muerte: el garfio lanzado, ¿alcanzará a ensartarse en el traje antes de que vuelva a hundirse y si se hunde?, ¿será por cuarta y última vez?; pues no podía saberse de dónde venía la ahogada y desde cuando luchaba con el agua y, ante todo, la última pregunta y la más importante: ¿habría en ella una chispa de Vida que pudiera convertirse en llama triunfante?

Todas estas preguntas se prendían no sólo en la mente de los hombres y en sus grandes ojos abiertos, sino también en sus tensos músculos. Es un instante de salvaje y grandiosa locura, enfrentarse cara a cara con la muerte en una barca, lanzada a velocidad clavarle el garfio en pleno gaznate, golpearle como a una bestia feroz que reparte dentelladas, y derrotarle.

El combate eterno de todos los hombres y todos los instantes.

El viejo Miguel, que estaba sentado atrás, y que ya había retirado su remo del agua, aferró el garfio con ambas manos y se inclinó hacia adelante.

Solo estaban a algunas brazas de distancia. Juan reunió todas sus fuerzas y cerró los ojos (viendo la dirección, los movimientos del oleaje y la parda masa del cuerpo aun con los párpados cerrados), y tiró, con apretados labios, dos veces más de los remos sobre las ondas, tanto que la barca se tambaleó con el potente empujón.

El garfio estirado se ensartó a algunos palmos bajo el agua en el traje negro de la



mujer.

Con este roce se bamboleó el bien equilibrado cuerpo y su brazo describió en el aire un semicírculo. El movimiento fue tan suave como si la mujer se hubiera movido de un lado a otro en una cama mientras soñara con algo muy bello.

—¡Atención! —murmuró el viejo Miguel al otro que también había cruzado sus remos sobre la barca y se aprestaba al salvamento con el pecho jadeante.

En la férrea punta del garfio quedó colgando el cinturón de la mujer, como de un colmillo grande y fuerte. El escurridizo cuerpo ya estaba aprehendido. Juan se inclinó hacia el agua y asió sus frías muñecas. La levantaron lenta y cuidadosamente, y el liviano cuerpo se transformó en un momento en una masa de hierro que asomó hasta la mitad en el agua. Había que tener cuidado de que no se volcara la barca, pues este cuerpo de mujer quería arrastrar, en una triste y muda nostalgia, al bote y a sus ocupantes.

En unos momentos lograron levantada hasta la barca sin ningún incidente. No la habían mirado en la cara, por decidido así. Juan, además, estaba sentado de espaldas hacia ella. Remaron de regreso sin pronunciar palabra.

El perro corría sobreexcitado por la ribera, olfateando el extraordinario suceso. Cuando la barca estuvo cerca, se lanzó al agua y nadó a su encuentro.

Sólo sus dos orejas, la respingada nariz negra y los ojos tiernos podían verse sobre el agua.

También Susana estaba en la orilla y se estrujaba las manos. Sólo el niño se había quedado en el umbral de la granja; nada sabía y toda su atención la concentraba en las calabazas, a las que no podía arrancar un sonido parecido al balido de una ovejita que él recordaba.

Susana, impaciente, gritó a los que llegaban en la barca, y había en su voz una mezcla de miedo y llanto:

—¿Un hombre?

Pero ninguno contestó, como si la pregunta les pareciera superflua o la cercanía del cuerpo tendido sin vida en el fondo de la barca les hubiera hecho enmudecer.

Atracaron en un segundo. Susana se acercó y se abalanzó a la barca. Sólo dijo:

—¡Oh, Dios mío!

Ella también cogió la sogá y procuró atar la movediza proa de la barca. Entonces gritó de repente, recordando:

—¡Esperen!, subo al molino; he visto hace un rato al señor Samson.

No esperó respuesta y salió corriendo.

El señor Samson era el médico, y por aquel tiempo visitaba diariamente al niño del molinero, a quien la semana anterior había embestido una cabra y escupía sangre.

Entretanto, los hombres ya habían levantado el cuerpo de la mujer y lo subían por los empinados matorrales de la ribera.

La llevaron a la granja y la tendieron boca abajo en la barca destrozada. Inmediatamente comenzaron los trabajos para revivirla. Cogieron los flácidos brazos

y empezaron a levantárselos suavemente como si accionaran una bomba.

Los brazos del cuerpo sin vida obedecían dócilmente los movimientos que les imprimían.

El viejo Miguel entró entonces a la casa, trajo un pedazo de espejo y lo puso ante la boca de la mujer. Lo examinó cuidadosamente con sus ojos débiles, pero no pudo hallar en él el aliento de la vida.

Juan también se inclinó y examinó el espejo.

Cuando vio que éste permanecía brillante, suspendió el mecánico movimiento del brazo que había estado haciendo continuamente.

Tomaron a la mujer y la voltearon lentamente de espaldas. Ahora estaba dada vuelta, tendida en la barca como en un extraño ataúd.

Permanecían junto a ella y la observaban.

—Era joven —dijo pensativamente el viejo Miguel.

Juan no respondió. Sólo observaba a esta misteriosa forastera que la corriente le había traído. Sentía odio y rabia contra ella por haberle distraído de su trabajo sin decir palabra ni hacer un gesto, y que, igualmente sin palabras ni gestos, había obligado a la barca, que estaba quieta en la orilla, a correr un peligro de muerte, que había levantado sus brazos inanimados para aferrarse a su mano; que estaba tendida ahora en el fondo de su barca, sin palabras y sin gestos; que se había abierto camino hasta su granja y yacía ahora sobre el bote que podía ya haber pintado de alquitrán, pues lo necesitaba mañana al romper el alba.

Y esta mujer no hablaba, no se movía; solamente llegó y dio órdenes. Pues los muertos y los moribundos no hablan, no hacen señas, pero a pesar de ello mandan.

En ese cadáver de mujer había algo del Más Allá, algo inaprensible, indescifrable.

Juan estaba parado al pie del extraño ataúd con las manos a la espalda. Daba uno que otro paso y observaba a la muerta con tales pensamientos como si se tratara de una aparición extraordinaria, que jamás le hubiera sucedido. La miraba como a un gran aerolito caído en la tierra arrancado de las desconocidas profundidades del firmamento; como a algo maravilloso que trajera la nieve y la niebla de las estrellas en los dobleces de su vestidura, en las manos yertas y en el cabello mojado. O como el cadáver de un animal extraño, brotado de la corriente, y que por tanto ningún ojo humano hubiera visto; algo que en ninguna parte del mundo tuviera igual.

Nadie podía poner en duda que fuera una suicida. ¿Qué habría hecho, dónde habría estado la noche anterior? ¿Cómo sería la habitación dónde por última vez dejó oír su voz? ¿Por qué se habría impuesto esta horrible muerte, este tremendo castigo? ¿O habría sido asesinada? ¿Por amor, por celos, venganza u odio?

La muerta no respondía a esto.

Una mujer de la ciudad, eso era seguramente. Se le veía en los zapatos, No llevaba anillos en los dedos, ninguna peineta en el cabello, ninguna cintilla que hubiera podido revelar algo. Sus formas esbeltas, sus largos muslos estaban cubiertos sólo por un negro traje de paño, ahora mojado por el agua y sucio de barro. No

llevaba camisa siquiera. Se habría puesto este traje quizá en el último momento, como queriendo escapar de la vida cual de una casa que arde. La lengua de las llamas la había aniquilado como un látigo.

Todos estos pensamientos oscuros envolvían a Juan, tranquilizándolo. Para escapar de la aplastante realidad que el cadáver irradiaba sobre él, gritó al viejo Miguel con voz potente:

—Voy abajo, al vado, a avisar al comisario. Quédese usted padre, mientras tanto.

Ahora quería que se llevaran el cadáver cuanto antes de su granja. Se aprestaba a ir, pero en la puerta encontró a Susan y el señor Samson.

—¿Está muerta? —preguntó el médico, que parecía un practicante de aldea, un médico de gente pobre. Una tupida barba gris enmarcaba su rostro como la corteza al pan. Sus cejas tenían igual aspecto y bajo ellas se agitaban sus ojos inquietos y vivaces. Aquellos ojos no tenían pupilas. Parecían sólo dos negros escarabajos y erraban como prisioneros en las cavidades.

—Ya no hay soplo de vida en ella —dijo Juan, y acompañó a ambos hasta donde se hallaba la muerta.

El médico dejó caer con una mano el cuello del abrigo, mientras observaba, inmóvil, el rostro de la mujer tendida en la barca. Avanzó, haciendo chasquear las desdentadas mandíbulas, como siempre que tenía por delante un trabajo importante.

Lo primero que hizo fue desabrochar completamente el vestido de la mujer. Violentamente, como alguien a quien el tiempo apremia ya quien esta labor está profesionalmente autorizada. Abrió el vestido bajo el cual el cuerpo estaba enteramente desnudo. Blanca y yerta desnudez; dos pequeños y duros senos de mármol, con fríos y azules pezones. El vientre y el ombligo también, como los de un ángel de mausoleo. Sólo las líneas de la espalda y las caderas se mantenían vibrátiles y suaves.

Cuando el médico hubo arrancado la vestimenta, apareció esta radiante desnudez, casi como un alarido de pudor.

Los hombres —Juan y el viejo Miguel— se retiraron vergonzosamente. Susana se quedó.

Los ojos del médico, esos negros escarabajos, corrieron sobre la desnuda y blanca piel de la mujer. Buscaban una herida o una contusión, pero no encontraron nada.

Mientras continuaba haciendo con los labios esos originales chasquidos, que, posiblemente, significaban en él un síntoma de extrema concentración, colocó su mano derecha bajo el seno izquierdo. Sobre el corazón.

Esta vieja mano estaba ahora sobre la blanca piel de la joven como una rama seca y nudosa. Ahí la mantuvo largamente, mientras nerviosamente descansaba ya en una pierna ya en la otra, y movía también los hombros.

Después sus ojos atentos y movedizos se detuvieron súbitamente. Todo él estaba como absorto. Como si del cuerpo inanimado le hubiese golpeado de pronto una corriente eléctrica. Levantó la cara, pero no miró a nadie.

Estaba escuchando algún ruido que se producía allá en el éter, y que sólo sus nervios percibían.

Y dijo sólo:

—Vive.

### III

Ella yacía en la cama, sobre el almohadón oliente a manzanas, en la semiobscuridad de la habitación, pues las pequeñas ventanas y el bajo techo de madera mantenían en la pieza una suave y parda penumbra.

Su rostro parecía en el listado almohadón una blanca mascarilla de yeso.

Desde ayer por la tarde yacía así, y aun no recobraba el conocimiento. Pero ahora podía verse ya, en el lento subir y bajar de su pecho, que dormía plácida y profundamente. El señor Samson, que frotaba los miembros de la enferma, frío pecho, espalda y estómago, con un líquido de pronunciado aroma, pensaba que pronto volvería en sí. Debía solamente dejársela dormir tranquila.

Juan y el viejo Miguel se habían embarcado la noche anterior. Llevaron consigo las redes, pues eran los días en que los grandes peces de blindadas escamas remontaban desde el delta la corriente, y entonces los pescadores permanecían en el río hasta dos días con sus noches.

Susana quedó sola con la enferma y veló toda la noche junto a ella. Ahora estaba sentada al pie de la ventana, a través de cuya fina cortina penetraban en blancas manchas los rayos del sol primaveral. Tenía un libro en la mano y leía. Leía uno de aquellos virtuosos libros de santos con olor a musgo, entre cuyas hojas hay prensados tréboles y violetas sin savia, y que exhalan un olor parecido al de los cajones apollado de las sacristías de iglesias antiquísimas.

«Mantén tu corazón abierto al prójimo —de la piadosa reflexión—, pues cuantos más lo habiten tanto más aliviado se sentirá. Tanto mayor será tu dicha interior cuanto más la derrames a tu prójimo. Cuanto más des a otros tanto más te quedará. Pan dividido sabe más dulce. Empobrecerse por los demás da mayor riqueza, como si con el estómago repleto miraras un opíparo festín».

Susana era un alma piadosa y sentía bullir en su interior la idea de la bondad como una ligera convulsión que no hacía sufrir; sin embargo, habría deseado reír y llorar a la vez. Ignoraba que hacer un bien a los demás era el más elevado de los sentimientos, pero ahora las palabras del libro sacro habían iluminado su pensamiento a pesar de no comprenderlas siempre, sobre todo en aquellos pasajes en que el sentido de una frase se prolongaba en la siguiente, como el curso de una cintilla en una cabellera. Cuando leía estos pasajes, vibraban sus cejas como las pequeñas y pardas alas de un pájaro que hasta ahora hubiera flotado inmóvil en el firmamento.

Estos pasajes los leía dos y hasta tres veces. Se entristecía, pues a pesar de ello no los podía entender.

Hacia el mediodía, salió a preparar la comida para ella y el niño. Después volvió a sentarse a la ventana y continuó leyendo.

De pronto tuvo la sensación de que algo hubiera rozado su mejilla. Miró. Los ojos de la enferma estaban abiertos. Había sentido el contacto de esos ojos abiertos.

Contuvo la respiración y, asustada, puso el libro a un lado.

Se acercó a la enferma y le tomó la mano.

—¿Qué tal, corazoncito? —le dijo, con ternura, mientras le acariciaba la fresca frente.

Los oscuros ojos se prendieron de su mirada sin responder. En aquellos ojos no había ninguna expresión. Miraban como los ojos de las aves nocturnas a la luz del sol.

Hubo un momento de silencio. Susana casi percibía los latidos de su propio corazón y aquellos ojos vacíos, inexpresivos, la llenaron de pavor.

La enferma, cansada, cerró los párpados que casi le dolían bajo la luz. Y cuando volvió a abrirlos ya sus ojos tenían más brillo y más expresión.

Primero miró su mano, como quien mira algo extraño y desconocido. Mientras ésta yacía inanimada sobre la colcha, movió los dedos lentamente. Acompañó este movimiento con un breve levantar de las cejas. Se podía notar que esta conciencia, que recién despertaba, se decía a sí misma: «Sí; esto es una mano y esta mano es mía».

Para vigorizar estas nubladas reflexiones volvió a empezar a mover los dedos. Luego su mirada vagó por los bordes de la cama. Paulatinamente desaparecía de sus ojos toda expresión extraña, perdida. Miró a Susana y casi imperceptiblemente dijo:

—¿Dónde estoy?

Susana contestó con voz clara:

—Estás en casa de un hombre que respeta a Dios, en una casa donde se te quiere.

La enferma miró el techo de la habitación, y por sus rasgos se notaba que meditaba hondamente. La renaciente conciencia se remontaba hacia las horas del desmayo, en la penumbra, y se quería introducir en ella como a través de una negrura asfixiante. Tal vez acababa de alcanzar el último instante luminoso de la perdida conciencia, cuando Susana preguntó:

—¿Cómo has ido a dar al agua?

El rostro de la enferma se demudó de pronto. Un implorante espanto llenó su mirada inquieta. Retiró también la mano, y parecía querer rechazar a Susana con los ojos muy abiertos.

Susana se dio cuenta de que su pregunta era excesivamente prematura. Tomó nuevamente entre sus tibias manos la de la enferma:

—¡Bueno, pues, ya no te preguntaré más!

La enferma cerró de nuevo los ojos, pero el dolor reavivado quedó escrito en las líneas alargadas del rostro, como al borde del llanto.

—¿Tienes hambre? —preguntó Susana—. Espera, te voy a traer un poco de leche.

Fue y regresó con un jarro de leche tibia. Con mano suave levantó de la nuca a la enferma y le dio de beber. La leche, dulce y suave, fluyó por el reseco paladar de la enferma, desapareció entre los labios contraídos de fatiga y los dientes brillantes y sensibles. Desapareció, fue absorbida como cuando se derrama un vaso de agua sobre tierra reseca.

Pero este leve esfuerzo la había fatigado visiblemente. Dejó caer otra vez la cabeza sobre la almohada que Susana, entretanto, había dado vuelta para que la cabeza no cayera nuevamente en el hoyo que ella misma había formado y que estaba tan caliente que casi quemaba. El reverso de la almohada estaba fresco y esto brindaba ahora a la enferma una sensación de dulce y leve desvanecimiento.

Con el jarro de la leche en la mano Susana observaba la respiración de la forastera, y momentos después vio que ésta se había quedado dormida nuevamente. De puntillas salió de la habitación y cerró la puerta despacio.

El niño estaba gateando en: el patio. Estiraba los brazos sobre el suelo y ejecutaba ademanes como el que quiere levantarse sin tener pies. No había descubierto todavía que alguien que está en el suelo debe apoyarse sobre las cuatro extremidades si es que quiere levantarse. Escogió la vía más corta sin obtener éxito. Tenía la sensación de estar pegado al suelo. Por eso gritaba con toda su garganta.

Susana se apresuró. Tomó al niño por una mano y lo paró sobre sus piernecitas:

—¡Tontito!

Cuando el niño se sintió sobre las piernas, dejó de pronto de llorar. Ellas le hacían gracia, como si fueran un juguete con el que pueden hacerse cosas divertidas. Por ejemplo, caminar desde el centro del patio hasta una de las estacas de las redes. Empezó a andar con un solo impulso, pero cuando perdió el equilibrio, se detuvo. Se dispuso entonces a seguir caminando y lanzaba mientras tanto toda clase de jubilosos chillidos. Cuando llegó al pie de la estaca de las redes se aferró a ella fuertemente, con ambas manecitas. Y dichoso por el feliz arribo, comenzó a trompetear con los labios, salpicándose la cara con saliva.

Susana estaba sentada a la rueda en el zaguán, y mientras zurcía se notaba en su rostro que tenía su atención concentrada en sus pensamientos.

El crepúsculo ya se coloreaba. Parecía como si el agua de la corriente se hubiera serenado en el recogimiento de la puesta de sol. Desde la ciudad resonaba ahora claramente el campaneo de la torre de los minoritas.

«Hemos de necesitar a alguien en la casa», siguió hilvanando sus pensamientos, pues su criada había tenido que irse hoy justamente. Volvía a su aldea para casarse.

El niño estaba otra vez en el suelo, gritando. Susana le habló sin mirarle:

No lloriquees. ¡Si no, llamo al señor Samson!

Esto hizo callar inmediatamente al niño. Desde que el médico le había introducido cierta vez una cuchara en la boca y le había bajado la lengua para verle la garganta, temblaba siempre frente a las velludas manos del señor Samson, tanto que hasta durante el sueño gritaba a menudo.

«Si esta mujer se quisiera quedar, con gusto la retendría —siguió pensando—. Seguramente sería buena con nosotros y cumpliría formalmente su trabajo, pues nosotros la hemos devuelto a la vida. ¿Pero..., se quedará?».

Cuando hubo llegado a este punto de su pensamiento, le pareció como que tras la ventana abierta alguien hubiera voceado su nombre gritando lánguida,

desfallecedoramente:

—¡Susana!

Dejó de trabajar y escuchó. Pensó que tal vez sería sólo una ilusión.

Nuevamente se pudo oír el grito:

—¡Susana!

Llevó su mano al corazón. Trató de levantarse, pero ya no había fuerzas en sus piernas.

¿De dónde podía saber su nombre aquella mujer? ¿Cómo sabía que se llamaba Susana? Desde que estaba aquí sólo había recobrado el conocimiento algunos minutos por la tarde.

Se paró y fue a la habitación.

La enferma estaba sentada en la cama y clavó una interrogativa mirada en ella.

Susana se le acercó.

—¿Me has llamado?

—Sí.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—¿Te llamas así?

—Sí —replicó Susana.

La enferma movió la espalda, tiritando. Sólo después de unos instantes contestó:

—Me parece que cuando estaba en lo más profundo de mi sueño, tal vez hasta mientras estaba sin sentido, pronunciaron ese nombre. Quizás aquí o quizás afuera, en la granja. Una voz de hombre. ¿Es posible?

—Sí; seguramente mi marido me llamó. ¿Tú también te llamas Susana?

—No.

La enferma miró hacia el techo, sumida en sus pensamientos.

—¿Cómo te llamas?

—Anada —respondió despacio, y clavó los ojos, como si pretendiera seguir con la mirada la palabra que acababa de pronunciar.

Aquel extraño nombre flotó durante un instante en el aire.

—¿Quién eres? —preguntó Susana, llena ahora de impaciente curiosidad.

Anada la miró quedamente. Una breve sonrisa, triste y tierna, jugueteaba alrededor de sus labios. Levantó la mano. Y con los dedos rozó la cara de Susana. Los dejó allí durante unos segundos, y luego susurró:

—Eso no debes preguntármelo nunca.

De pronto se abrazó al cuello de Susana. Apretó su mejilla a la de ésta y la besó en los ojos.

—Tú eres un alma buena.

El corazón de Susana se conmovió hasta bordear los sollozos, electrizado por mil sensaciones bondadosas. Trató de sonreír y acarició el negro cabello de la enferma, seco ya.

—Ya estás bien, encanto... ¡Con nosotros te recuperarás.



La enferma derramó su mirada con tanta fuerza sobre ella, que volvió la cara, haciendo como si se sacudiera algo de su delantal. Anada estaba sentada en la cama con los hombros caídos.

—¿Tienes también un niño? —preguntó, siempre susurrando peculiarmente.

—Un hijito. Tiene año y medio.

—¿Ha llorado hace un momento?

—Sí.

—¿Dónde está tu marido?

—Couroi padre, en el río. Regresarán mañana al mediodía.

—¿Vive tu padre también con ustedes?

—Sí.

—¿No vive tu madre?

—Ya no, hace diez años.

—¿Tienes hermanos?

—Una hermana mayor. No vive lejos.

Anada se tornó pensativa y con sus ojos bien abiertos miró delante de sí.

Susana quiso preguntar nuevamente algo. Ya la palabra asomaba en la punta de la lengua, pero se la tragó otra vez. Sólo observaba a esta mujer de rostro blanco como la tiza, a la que tan repentinamente había encerrado en su corazón.

De fuera negaban voces. Juan y el viejo Miguel estaban de vuelta.

Susana corrió a su encuentro y les comunicó la feliz nueva:

—Ya recobró el sentido. Se ha sentado en la cama y hemos estado hablando.

La cara de Juan reflejó los pensamientos de un hombre bueno. Se volvió hacia su suegro y le dijo riendo:

—Esa mujer va a vivir mucho, pues ya nosotros la habíamos tenido por muerta.

—¿Qué has hablado con ella? —preguntó el viejo, mientras tiraba al suelo sus sacos con camarones y pescados.

—Sólo algunas palabras. Parece ser bondadosa agregó rápidamente, pues ahora ya había resuelto que la mujer se quedara.

Pero notó que no era el momento propicio para comunicárselo a Juan.

Platicaban silenciosamente, como si hubiera un enfermo grave o un agonizante en la casa.

—Cuando se vaya dale un traje y algo de comer —dijo Juan.

—¿No la deseas ver? —preguntó Susana.

Juan se encogió de hombros:

—¿Para qué?

Se sentaron en el patio, para almorzar.

Él ya no volvió a preocuparse por la mujer que había salvado, pues sus ideas y su fantasía estaban concentradas en los resultados de la noche anterior. Parecía ser otro año malo. Los grandes peces aun no remontaban la corriente, pese a que deberían haber estado ahí desde hacía varios días.

Después de almuerzo se tendieron al pie del cerco, sobre la tierra, y se sumieron rápidamente en un sueño profundo.

Cuando después de una buena hora Juan abrió los ojos, Anada estaba ya sentada en un sillón en el patio y se asoleaba bajo el débil resplandor de los rayos primaverales. Inclina hacia un lado la cabeza y observaba delante de sí, con mirada profunda y meditativa. Llevaba puesto el mismo vestido negro con que la habían sacado del agua. Enrollado en un moño, el oscuro y negreante cabello daba ahora a su cabeza líneas distintas.

Mientras los hombres dormían, Susana le había dicho a ella que con agrado la retendrían en casa. No era mucha la labor que tendría que hacer. A veces atender al niño. Otras, regar las verduras. En algunas ocasiones, ayudar a tejer. Todo tal como Susana lo había decidido de antemano.

—¿Quieres quedarte? —preguntó finalmente.

Anada contestó, con una sonrisa elocuente:

—Haz conmigo lo que gustes; yo ya arrojé de mí la vida, ustedes la han recogido; esta vida no me pertenece, no existe para mí.

Con igual sonrisa habría contestado si Susana le hubiera dicho: «Yo creo que lo mejor para ti es que te mueras». Todo le era igual!

Los contornos que de la vida y de la muerte flotan en el sombrío pensamiento humano circulaban dentro de ella como en pequeños anillos que provocaban una leve sonrisa en sus labios contraídos.

Juan observó a la mujer y fue presa de una desagradable sensación, pues pensó que ella le iba a agradecer por haberle salvado la vida. También él pensó tener que pronunciar serias y solemnes palabras, pero ahora todo eso le parecía aburridor y superfluo.

Pero había que hacerla. Se le acercó.

—Buenas noches, ¿cómo te sientes? —le dijo mientras su voz se esforzaba por ser tierna.

Anada le quedó mirando brevemente. Después dirigió los pensativos ojos hacia el suelo, al mismo lugar de donde los había levantado. Miraba a través de Juan como a través del aire. Como si hiciera un intento infructuoso para librarse de los pensamientos que la aprisionaban. Lo hizo todo sin demostrar mayor esfuerzo, como si contestar a la pregunta no tuviera importancia para ella. Solamente miraba a Juan sin fijarse en él. En ello no había ningún propósito.

—¿Tú me sacaste del agua? —preguntó luego de un instante, sin retirar la mirada del suelo.

—Yo y mi suegro —dijo Juan—. Llegamos justo a tiempo...

Anada lo miró con un cansado movimiento de cabeza. —¿Ves? Ahora estás metido en un problema dijo ella en un tono inalterable, a través del cual aleteaba una leve sonrisa—. ¿Qué vas a hacer conmigo? Tu mujer desea que yo me quede con ustedes.

Susana estaba ya detrás de Juan.

—Sí; pues necesito a alguien que me ayude aquí y allá en el trabajo del jardín...

Miró inquieta en los ojos de Juan.

—Arreglen esto entre ustedes —dijo éste; dio una rápida vuelta y entró a la casa.

Susana notó inmediatamente que algo no le había agradado. Delante de Anada no quería revelar lo que ya sabía con toda seguridad: que Juan no toleraría en la casa a esa extraña.

—¿No tienes frío? —preguntó mientras arreglaba el paño sobre los hombros de Anada. Quería darle otro rumbo a la conversación. Estuvo tentada de seguir a Juan, pero le pareció prematuro y violento.

—¡Oh..., no! —contestó la extraña con cansada sonrisa. Hizo como si no hubiera tomado en serio la respuesta de Juan. Susana permaneció aún unos instantes junto a ella y no sabía cómo llenar este lapso. Entonces entró a la pieza con una sensación de angustia.

Juan la esperaba ya. Estaba en medio de la habitación, y en su furia apretaba el borde de la mesa con su mano. Rabia y fastidio llameaban en su rostro:

—¿Por qué has hecho eso?

—¿Qué? —dijo Susana, asustada.

—¿Por qué dices que quieres que se quede sin preguntármelo antes?

—No seas tan sin corazón.

Juan golpeó sobre la mesa:

—Eso no es falta de corazón ¡Pero nadie entra en mi casa sin que yo sepa quién es! Y menos una persona que...

No terminó la frase. Casi estallaba de cólera. Empujó de su lado una silla, se acercó a la ventana y dio la espalda a Susana. De pronto levantó la cabeza:

—Anda y dile que no puede permanecer aquí. ¡Dale dinero y vestidos, pero aquí no se queda!

Susana no se movió. Con una sonrisa de dolor miraba delante de sí. Juan la increpó duramente:

—¡Bien!, ¿por qué no te mueves? —Susana levantó la mirada hacia él:

—Yo..., yo no puedo decírselo...

Juan avanzó hacia la puerta haciendo un amplio ademán:

¡Entonces se lo digo yo!

Susana hizo un gesto implorante con la mano: ¡No la eches!

Le miró suplicante. No habló más. Sabía que cuando Juan se ponía tan brusco no estaba luchando contra ella, sino contra sí mismo, y también... tenía razón. No era muy atinado retener en la casa a una mujer tan misteriosa y extraña. Pero..., ¿debía echársela? ¿Lanzada a la muerte?

—¡Por mi parte, haz lo que quieras! —dijo Juan, fastidiado, y dejó plantada a Susana.

Ella corrió sin aliento hacia el patio. Remeció los hombros de Anada y Con voz

sollozante le dijo:

—He hablado con él. ¡Te quedas!

## IV

En el agua, cerca de la orilla erizada de troncos de caña, estaba anclada la barca, en un lugar donde el lecho de la corriente se hacía más hondo. Ahí la correntada era débil aún y mecía suavemente el bote.

Juan estaba tendido en la barca. Tenía las manos entrelazadas debajo de la nuca. El viejo Miguel se había ido a visitar a un conocido, un carbonero que vivía allá arriba en el bosque. Era fácil ubicar la casa, porque el horno de carbón humeaba constantemente como un pequeño volcán y las espirales de humo gris perla se elevaban por encima de los árboles.

Mientras yacía en el bote, Juan observaba el cielo. Era un cielo primaveral con toda la sonrisa de la temprana tarde. Los corderillos pasaban por encima con sus abiertas sombrillas de blanca seda, en grupos ya pequeños, ya grandes, como pasa durante el sueño un tropel de mujeres, llevando adelante su vagar sonámbulo con inexpresable gracia y solemne silencio a través de la planicie azul del firmamento.

En la vida del hombre hay instantes que irradian todo el mágico misterio de la feminidad, de sus contrastes, sus líneas, sus formas.

En el aire, encima de él, el vuelo variante y retorcido de una gaviota le sugería un hombro redondo y desnudo de mujer que se desliza y se escurre entre la mano de un hombre. Y el canto del pájaro, extraño y desgarrador, era como una risa ruborosa, como un breve grito de júbilo de una mujer.

¡Y el agua! ¡Qué suavemente golpeaba la proa del bote!

Ahí el siseo del oleaje era como un parloteo femenino que llegara de una habitación vecina a través de la pared. De cuando en cuando las olas callaban, pero comenzaban luego a charlar nuevamente, musitando, elevando el tono, implorantes o llenas de reproche, sollozando o con una sonrisa disimulada. Mil gamas de la imitación de sentimientos humanos. A él le parecía que, aguzando la atención, podía comprender claramente hasta las palabras.

Entonces pensaba siempre en Susana. Eran sólo pensamientos deformes, tal vez ni siquiera pensamientos, sino sólo un hormiguar de sensaciones diversas de bienestar en cuerpo y alma, cuando la grata añoranza hacia la mujer llena el corazón del hombre como la miel a su vasija.

Era ya el cuarto año que vivía con Susana. El recuerdo de esos cuatro años los llevaba como una pesada y dulce carga. ¿Cuál habría sido el instante en que sus vidas convergieron para consagrarse eternamente?

¡Qué curioso es el destino humano! ¿Está guiado tal vez por el azar? ¿O llevamos en los repliegues de nuestro íntimo Yo la fuerza que nos impulsa impensadamente a la derecha o a la izquierda en momentos decisivos, con la insegura vibración de la aguja magnética que tantea el porvenir, como si una tremenda fuerza lejana atrajera nuestra tambaleante y frágil existencia?

Es posible que este poder oculto en la penumbra en cualquier parte de lo infinito

sea la muerte misma. El ser humano tiene sólo dos estaciones: nacer y morir. Todos los otros instantes son sólo insignificancias que se orientan hacia la Nada; los pensamientos se nublan y entorpecen cerca de la muerte, como las yemas y hojas de los árboles cuando miramos el bosque desde la distancia.

Todo es igual; de todos modos morimos.

A él también le aferró ese recuerdo de la muerte que oprime el corazón, que hace que el hombre cierre los ojos un instante, como colocándose sobre ellos la sombría mascarilla de la muerte.

Dos avefrías comenzaron a reír encima de él. Se desplazaban en raudos vuelos como flechas, se contoneaban en el aire, picaban hacia abajo cayendo como piedras, se elevaban luego rápidamente con sus alas blancas y fulgurantes, y desaparecían en un santiamén. Unas plumas blancas sueltas se balanceaban allá en lo alto como huellas de la veloz orgía.

El vaivén de los pájaros hizo volver su fantasía nuevamente a la realidad, y ahora se agitaba en él el pensamiento de la muerte. ¿La muerte? ¿Era sólo una ilusión? ¿Habría alguien que pudiera decir qué era la muerte? Eso nadie lo podía conocer y aquello que no se conoce no existe. Lo único importante es la vida, que se mueve en nuestros cinco sentidos, tronando o susurrando, se obscurece o se inflama, es azul o roja, dulce o amarga, tibia o fría, perfumada u oliendo a carroña. El resto consiste en pensamientos, signos misteriosos como los millones de constelaciones del firmamento que agobian la mente humana.

Cuando llegó hasta aquí en sus meditaciones. Susana volvió a aparecer en su mente. Todo su recuerdo se le presentaba en cuadros vivos, con la fuerza peculiar de los recuerdos, en los que nosotros no movemos ni guiamos nuestros pensamientos, sino que la persona invocada va y viene por su cuenta, irradiando una vida fantasmagórica en su torno.

Había sido en otoño, hacia el atardecer. En el amplio lecho del río apareció un barco que traía ladrillos para la ciudad. Aun estaba lejos y no parecía ser más grande que un bote. Juan estaba parado en la orilla y de pronto algo le llamó la atención. Le pareció haber escuchado desde el barco gritos de zozobra. Arriba, en el puente, una muchacha y un viejo corrían de un lado a otro. Vio luego cómo desataban un bote, se despegaban de la gran nave gris y remaban hacia la orilla.

Ahí desembarcaron, charlando excitados entre ambos, y observaron, retrocediendo siempre, el barco cargado que, abandonado a su suerte, navegaba río abajo y se hundía lentamente.

La muchacha y el viejo miraron con rostros demudados aquel lejano punto en el agua donde el barco se había hundido.

Juan avanzó hacia ellos, se paró a algunos pasos de distancia y habló recién después de algunos momentos de silencio:

—¿Qué pasó?

—Se abrió una vía de agua —dijo el viejo sin volver la cabeza.

Miraba todavía en aquella dirección, como si esperara que, gracias a un milagro, la proa del barco surgiera en el agua, se elevara luego con todo su aparejo y gritara: «¡Bueno, venid, todo ha sido sólo una broma!». Pero el agua permaneció muda y misteriosa. Sobre la amarillenta superficie se reflejaba el crepúsculo.

Juan avanzó un paso.

—¿Era un barco de carga?

—Sí —contestó el viejo.

La muchacha le miró sólo un instante, con rostro demudado, y se retorció las manos.

Juan miró el bote, en que yacían amontonados toda suerte de aparejos marinos junto con cojines, colchas, trajes envueltos en trapos, cacerolas mohosas, una artesa y objetos de mil clases diferentes.

—¿Qué van a hacer ahora?

El viejo miraba todavía en la dirección del barco desaparecido y no contestó. Meneó la cabeza como alguien que no puede librarse de una obsesión.

—¿Era de ustedes? —preguntó Juan a continuación.

—Sí. Era viejo ya, pero pensé que nos duraría algunos años más.

Se mesó los cabellos sudorosos y suspiró profundamente:

—Si por lo menos hubiera estado vacío.

—¿También el cargamento les pertenecía?

—Por cierto —y como si ese suspiro le hubiera liberado, se dio vuelta hacia Juan, le miró a los ojos y levantó un poco los hombros—: ¡Dios nos lo dio, Dios nos lo ha quitado!

Sus ojos sonreían serenos, casi infantiles. Saltó al bote.

—Bueno, hija, ven.

La muchacha también se había recuperado ya y subió al bote. Cuando éste se tambaleó bajo su peso, tanto que la hizo caer, con una mano en la artesa y la otra en una cacerola, llegó a reírse, como si le hubiera sucedido una alegre aventura.

—¿Qué van a hacer ahora? —preguntó Juan.

—Ya veremos —dijo el viejo, mientras entre tanto trabajo se hacía un lugar para remar.

—¿Adónde van?

—Tengo un antiguo conocido aquí cerca.

El bote se dirigió hacia el lugar donde la humareda del horno ascendía a las alturas.

El viejo remaba. La niña estaba sentada al otro extremo del bote, envuelta en la frazada. Instantes después habían desaparecido.

«Gente rara», pensó Juan, y se encaminó de regreso a su casa.

No pensó más en la muchacha, pero la imagen del viejo se había aferrado a su fantasía.

¡Cómo hubiera maldecido cualquier otro si le ocurriera lo mismo! ¡Cómo hubiera

insultado al cielo y al Salvador! Este hombre sólo suspiró y continuó sonriendo su camino. Seguramente que el barco ya era viejo y que el cargamento de ladrillos no era lo mismo que oro de buena ley, pero el barco había sido su pan y su casa.

Ese viejo debía de ser un fervoroso creyente y un alma muy recia, si es que tan fácilmente se amoldaba al infortunio.

Juan no volvió a saber de ellos durante dos semanas.

Un día divisó a la muchacha en la ribera. Surgió de entre los árboles, cerca del horno de carbón. Llevaba una gran canasta con ropa retorcida, recién lavada, y tenía la falda ajustada bajo el cinturón. Con una sola mano tomaba la canasta y todo su peso descansaba sobre una cadera. Tenía una margarita entre los dientes.

Comenzó a tender la ropa en los arbustos bajo un sauce. Tarareaba algo, una canción desconocida. Lo hacía entre dientes, sin soltar la flor que llevaba en su boca, y consagraba toda su atención a la labor.

Echó una mirada a Juan, pero no volvió a preocuparse por él. Juan avanzó hacia ella.

—¿Viven ahora donde el carbonero?

Ella suspendió el canturreo y miró a Juan sorprendida, con la expresión de quien lo veía por primera vez.

No respondió.

—¿Ya no me reconoce?

La muchacha lo miró atentamente con sus grandes ojos pardos.

—Pero claro..., —musitó.

—Bien, ¿quién soy?

—El hijo del barquero... —dijo insegura.

Juan rió.

—¿Parezco tan joven? El hijo del barquero apenas tiene tres años. Ella también sonrió. Juan la miró con ojos codiciosos.

—Bueno, adivine dónde me ha visto.

La muchacha se dio vuelta y siguió tendiendo la ropa.

—¿Y qué gano adivinándolo? —dijo con un tono que también quería decir que la charla no le desagradaba.

—Yo estaba en la ribera cuando se hundió su barco.

—¡Aquella vez estaba tan obscuro!

—No; lo que pasa es que usted estaba asustada.

—¡Nunca me asusto!

—¿Cómo se llama?

—¡Adivine!

Juan se tendió en el césped. Mientras se apuntalaba con los codos se deleitaba viendo los movimientos de la muchacha, como si en sus rasgos pretendiera leer su nombre.

—¡Juliana!



—¡Vamos, vamos!

—Isabel.

A cada nombre la muchacha meneaba la cabeza, riendo para sus adentros, pues comenzaba a divertirse el juego. De cada leve movimiento, de cada breve sonrisa, irradiaba una mágica virginidad. De repente levantó la cabeza con coquetería, Y dijo:

—Así no lo va a adivinar nunca. Juan atacaba más a fondo:

—¡Venga, quiero leérselo en su mano!

—Pues tendrá que esperar mucho para ello.

Tomó su canasta Y desapareció. Entre los árboles miró hacia atrás una vez más.

Desde aquella vez Juan aparecía diariamente cerca de la casa del carbonero.

Vino luego el primer beso, lleno de primitivo ardor, de estremecimiento mortal. Juan se llevó a casa el recuerdo del rostro ruborizado de la muchacha, como la llama que hace arder todo lo que está en su derredor.

Y unos meses más tarde, la boda. La iglesia, cuyas profundas campanadas y salmos le mostraban lo profundo y elevado del sentido de la vida.

Entonces vivían aún los padres de Juan. Cuando, poco después, murieron, el viejo Miguel se trasladó a su casa y juntos prosiguieron la pesca. Primero murió su madre; año y medio después, el padre. Ambos eran viejos ya. Juan habría podido ser su nieto.

En el primer año no tuvieron ningún niño.

Cuando en el segundo vino al mundo el varoncito, la casa se pobló de repente de fresca vida, después de haber soportado en año y medio el duelo de dos sepelios.

Antes, cuando él transitaba por el patio, veía siempre el ataúd del padre o la madre cerca del pozo, y a muchas personas aglomerándose a su alrededor, y, cuando estaba solo en el patio silencioso, escuchaba frecuentemente los fúnebres cánticos. Desde el nacimiento del niño parecía como que por encanto estos sombríos recuerdos se habían ahuyentado.

La vida y la muerte se cedían el paso en la puerta de su casa.

Fue una ruda noche de invierno cuando llegó la partera.

Tras la puerta que la vieja había cerrado, parecía arrancar el principio de una nueva existencia. Los lamentos y gritos de Susana traspasaban los muros. Él no pudo soportados más; se fue al patio, se recostó contra el tablón de la puerta, se dejó acariciar las mejillas por el viento nevado y pensó en lo que ocurriría si ahora muriera Susana. Había oído a menudo que una mujer fallecía en el parto.

No pudo soportar este pensamiento. Bajó a la orilla del río, pues los alaridos de Susana llegaban hasta el patio.

En la penumbra escuchaba el chasquido de los témpanos y allá arriba sobre su cabeza, el implorante graznido de los gansos silvestres.

«¡Qué pasaría si muriera Susana!».

Sentía este pensamiento como un cuchillo que le hundieran en el cuello. Susana tal vez moriría para que viviera el niño. ¡Cómo odiaría a este niño que le arrebatara a Susana! ¡Habría podido matarlo!

Se asustó de sí mismo. En esos casos se le rebelaban todas las salvajes pasiones que habitaban en él, y que de pronto afloraban, cuando la vida, con un golpe cruel, le lanzaba a la lucha.

Sentía que Susana significaba para él algo más que compañera y amor, esposa y dicha, que evolucionan y pueden pasar y reconstruirse en forma distinta. Susana era para él el sentido mismo de la vida. En los primeros tiempos de su amor la había tomado con tal sed, que su sangre se había vuelto la sangre de ella, su alma, la de ella. Y cuanto más pensaba en esto, más recordaba al tuerto Benedicto, que solía pasar por su casa y que sabía cosas curiosas acerca del misterio del origen del hombre. No lograba la atención de la gente piadosa, pues negaba la existencia de Dios. Si le escuchaban, era sólo porque al tuerto Benedicto todo el mundo le tenía por un loco cuya cabeza estaba ya amarilla y calva como una calabaza.

El loco Benedicto relataba cosas así: en un principio nada había en el mundo sino el cieno. En este barro habitaban seres curiosos y extraños, mitad hombre, mitad mujer. Apareció entonces entre ellos el dios remoto del cieno: Tarafaga. Con su larga y afilada espada cortó en dos a estos seres bisexuados y los separó. Desde entonces hombres y mujeres viven en cuerpos distintos. Los seres mutilados se dispersaron y comenzaron a buscarse para unirse nuevamente con su herida dolorosa y espantosa, chorreando sangre y lamentos. Esta búsqueda, esta eterna y desdichada ansia del encuentro es el amor.

Este impío relato, brotado de una fantasía calenturienta, volvía a su mente, pensando que podía perder a Susana. Él también se convertiría en una herida quemante de pies a cabeza si Susana le fuera arrebatada.

Oyó vocear su nombre. Atropelladamente corrió de vuelta al patio. El viejo Miguel lo llamaba:

—¿Dónde te metes? Ven. Te ha nacido un hijo.

Un momento después estaba, jadeante, junto a la cama de Susana.

La pequeña pieza estaba llena de un dulce y encanta: dar olor a sangre, al que se mezclaba el tibio aroma de leche cruda. En una limpia salmuera se agitaba el pequeño, que parecía en verdad hecho de sangre y leche.

Susana estaba cadavéricamente pálida. Las gotas de sudor de los dolores del parto las tenía aún en la frente y miró a Juan con sombríos ojos de espanto y también con una dicha inexpresable.

Delgada, amarilla, sin fuerzas, yacía su mano sobre la colcha, bajo la cual se dibujaba su cuerpo, estrujado por los dedos de la vida, a los que no importaba que entre sus uñas se agolparan la sangre y el dolor cuando apretaba el cuerpo para arrancarle un niño. Así engañaban y vencían a la muerte, que —pobre fantoche— ignoraba que, aunque le preparaban un ataúd, nunca podía llevarse por entero a una víctima, puesto que uno de sus fragmentos había sido desprendido, se le había escurrido entre los dedos y seguía viviendo la existencia inmortal de la especie.

Cien pensamientos parecidos se agolpaban en su mente cuando estaba trémulo

ante la cama de Susana. Tenía la sensación de que en este momento ella era para él lo más bello y lo más grande. El jugueteo conmovedor del primer beso bajo la fronda, luego el matrimonio y la noche de bodas, sólo se habían adelantado a la sensación, a esta sensación que le embargaba ahora, que le hacía escuchar una voz con mil matices diferentes: implorando, llamando, disculpándose, sollozando, burlona y temerosa o riendo despreocupadamente. Todas las alegrías y padecimientos de una nueva vida concentrados en una sola palabra: padre...

Había lanzado una sola mirada al niño, que casi desaparecía en la grande y nudosa mano de la partera y ya retumbaba y corría a su encuentro la palabra: ¡padre, padre, padre!

Y eso que el niño sólo lloriqueaba en un tono animal incomprensible.

Con gusto se habría desplomado ante la cama de Susana, pero no era hombre que se dejara abatir por sentimientos. Estaba parado ahí, cruzados los brazos sobre el pecho, con una sonrisa extraña, casi idiota; se movía de derecha a izquierda y casi no podía decirle a su mujer una sola palabra.

No notó que se le echaba de la habitación. La partera empujó a ambos hacia la puerta con palabras gruñonas:

—¡No se pongan en el camino!

Desde aquel día todos sus pensamientos giraron alrededor del niño. La vida adquirió un nuevo sentido.

Bajo la parte saliente del tejado había un nido de golondrinas. No se podía ver lo que ocurría dentro de él y sólo se escuchaba el gorjeo. Pero poco a poco fueron asomándose los anaranjados picos de los pajaritos hasta el borde del nido que tenía forma de bandeja. Esos picos anaranjados parloteaban allá arriba, gorjeando y haciendo ruido todo el día, como si los pequeñuelos no tuvieran más que las agudas bocas, ansiosas de engullir la vida que sus padres les llevaban.

Cierta bella mañana, cuatro pajaritos de color ahumado estaban en el patio, sentados sobre uno de los postes para las redes. Bien alineado, uno junto al otro, como los escolares en un banco. Los padres les enseñaban a volar. Primero de un poste al otro, nada más. Luego al tablón de la puerta, y de ahí al tejado de la casa. Sus alas eran suaves y torpes, y nunca alcanzaban la meta anhelada. Golpeaban contra la pared, como una piedra, mientras los grandes surcaban el aire en centelleantes ángulos y arcos temerarios pero seguros. Todo el patio se llenó de las líneas audaces de estos vuelos, como si una mano invisible trazara en el aire largas rayas negras que desaparecieran rápidamente como cuando un niño traza garabatos sobre un papel. El vaivén de estos vuelos era acompañado de cantos agudos y entusiastas, como si constantemente tuvieran que hacer estos ejercicios con graznidos, chillidos y risas.

Ya en otras ocasiones, en primavera, las golondrinas habían estado volando en el patio, pero entonces uno pasaba de largo sin prestarles atención.

Y ahora estaban horas de horas en el umbral del zaguán, mientras Susana extraía el albo seno de entre el traje y daba de mamar al niño, observando con variados

sentimientos el juego de los pajaritos y sentían en ello el poderoso y eterno orden de la naturaleza. Todo lo sentían cerca de su corazón, pues en él reflejaban la vida.

El vio cierta vez a una gata que llevaba a su hijo en el hocico dar un salto entre la tibia y oscura abertura del henal. Sólo duró un instante la escena, pero despertó algo en él. Un sentimiento que antes le había sido ignorado.

Cuando iba a hacer algo tomaba su resolución pensando si, en lejanos días, su acto iría a beneficiar o perjudicar al niño. Si divisaba un cascajo en el suelo, su mirada reflejaba el pensamiento de llevárselo a casa para que jugara el pequeño.

Todo fue llenándose así con un nuevo sentido. Y en ello estaba Susana como principio y fin. No significaba ya solamente los oscuros brotes del amor y del deseo, del anhelo de ternura, del gusto y aroma de las comidas, del bienestar de una cama hecha, de todo aquello a que conducían los febriles tormentos del amor, sino el sentido de la vida humana que se había tornado profundo y transparente. Un sentido tras el cual no se agazapa ninguna tortura, ninguna cavilación.

El agua mecía quedamente la barca. Juan se había adormilado con el entumecimiento dulce y grato de estos pensamientos. Pero sólo estaba semidormido y en su torno escuchaba el rumor del agua y la sirena de un molino en la distancia.

Comenzaba a atardecer. Una corona de patillas volaba en el cielo color verde manzana. El crepúsculo comenzó a atenuar lentamente no sólo los matices, sino también los sonidos, e hizo silenciar cien pequeños ruidos de aquellos que no sabemos de dónde vienen, pero que forman parte del universo.

De pronto una mano rozó su hombro. Era el viejo Miguel. Susurró:

—Hay peces grandes en las redes.

## V

Me olvidé completamente de esta mujer, se dijo cuando después de dos días de ausencia se sentó a la mesa y vio cuatro platos en vez de tres. En ese momento entró Anada. La presencia de esa extraña mujer producía un ambiente incómodo en la pieza. Pero esto podía ser imaginaciones suyas. Susana conversaba con ella como si la hubiera conocido toda su vida. La trataba no como una sirvienta, sino como una parienta pobre, acogida al refugio de su hogar...

Había algo en la mirada de Anada que parecía preguntar constantemente: «¿Es cierto que estoy viva? ¿Es cierto que estoy entre hombres que hablan y ríen, y se mueven, como aquellos otros hombres a quienes conocí en mi otra vida?».

Había una pequeña pieza en el fondo de la casa donde antes se habían guardado algunos sacos de trigo. Aquí instaló Susana a Anada, después de haber limpiado y blanqueado juntas la pequeña alcoba.

De aquí y de allá aparecieron algunos muebles, una cortinita, unos cuadros, uno que otro florero, y pronto la pieza tomó un alegre aire primaveral. Junto a una pared había un cajoncito que contenía todos los bienes de Anada. Aguja, hilo, tijera, dedal, algunas cintillas para el pelo, una peineta roja y otras cosas que Susana le había dado de las suyas, pues Anada carecía de todo.

Durante la comida Juan dirigió algunas miradas casi hostiles hacia ella. Observaba sus movimientos increíblemente ligeros, como si las cosas no tuvieran peso en sus manos. Su cara tenía de continuo un aire de pensativa admiración y parecía pedir perdón por su misma existencia. La sonrisa que jugueteaba en sus labios irritaba especialmente a Juan; parecía decirle: «Miren, yo me siento bien, me río, no quiero recordarles que soy un cadáver viviente, arrancado de las aguas, y que detrás de mi rostro existe una sombría vida anterior con todos sus misterios espantosos...». Tal vez así era, pero Juan veía en esa sonrisa, en toda la figura y en el comportamiento de la mujer cierta superioridad que irradiaba sobre los demás. Tenía la sensación de que con Anada había ingresado a su casa el signo de interrogación de la existencia. Él no tenía derecho a tratar de descubrirlo, ni siquiera despertaba su curiosidad. Pero estaba ahí, flotaba en el aire y sentía que pesaba sobre él.

A ratos sentía rencor hacia Susana por haber retenido a esa mujer misteriosa. Pero no le hacía ni un reproche. Sólo llevaba dentro de sí mismo aquellos incómodos pensamientos, como un temor permanente y obscuro.

Había combatido esas ideas paulatinamente y estaba decidido a tratar a Anada como lo hacían Susana y su suegro: como a un ser humano suave y sencillo, con quien la vida ha sido cruel, y que por lo tanto había que compadecer y tratar con cariño.

Una noche el viejo Miguel comenzó a bromear con ella durante la comida:

—Pronto te casaremos.

Anada respondió sólo con una sonrisa silenciosa.

El viejo, que nunca paraba mientes en asuntos superfluos, se volvió de pronto hacia ella y pudo notarse que por vez primera surgía en su mente esta pregunta:

—Pero, ¿eres soltera o casada?

Susana lanzó a su padre una mirada de desaprobación, pues sabía que era indiscreta esa pregunta. ¿Qué había ocurrido en el viejo para que de repente se volviera tan curioso? A pesar de su excitación, Susana anhelaba ahora la respuesta de Anada.

También Juan clavó sus ojos en ella.

Anada dejó vagar su mirada sobre los tres, en cuyos ojos había prendido la llama de la curiosidad. Nuevamente aparecía la pregunta. Y tras ella había una vida. Una vida obscura, misteriosa, excitante como el desnudo cuerpo de una mujer tan sólo cubierto por una sábana, y que mostrara las pálidas combas del vientre llenas de presentimiento, infundiendo un mudo y aplastante misterio.

Anada dejó que su mirada descansara, tranquila y clara, en aquellos ojos inflamados de curiosidad. Después dijo despacio, y sin alterarse:

—Jamás pienso en mi pasado.

Esperaron a que prosiguiera, pero no agregó más. Con su bello brazo desnudo sobre el mantel, estaba ocupada alisando la sal en el salero con una pequeña cuchara de hueso, y luego en dibujar una estrella de extraña simetría. Toda su atención estaba concentrada en esta labor, pese a que sentía que Juan y Susana, sin mirada, trataban de sondear sus pensamientos.

El viejo Miguel ya no tomó parte en esta muda lucha.

El repentino silencio le hizo recordar, por una extraña asociación de ideas, a un amor de su juventud, en el que no pensaba desde hacía años. El recuerdo surgía ahora muy vagamente, y mientras tanto fumaba su pipa.

Susana intentaba conformar el pensamiento de Anada con el que había dado respuesta a las mudas preguntas de los demás:

«¿Por qué no quieren entender que no soy nadie? Ustedes me han sacado del lecho de muerte. En aquel instante volví a nacer. Estoy vacía como las palmas de mis manos. Lo que en mí había de recuerdo, de pasado, de vida, quedó allá en el agua, sumergido hasta el fondo, como un trozo de hierro mohoso. ¿No lo creen? Si esto no fuera cierto, si hubiera quedado un solo granito de mi antigua existencia, ahora no podría moverme, ni caminar, ni hablar... Yacería abatida sobre la tierra y en pocos minutos sería fulminada como quien es azotado por el tormento de un veneno mortal. Ya que no tengo nada de mi antigua vida, nada siento. Ni alegría ni dolor. Vivo. Y que yo viva nuevamente lo han querido ustedes. En mi existencia pasada, me parece, ni siquiera me llamaba Anada. Esta palabra se me ocurrió al volver en mí... Sonidos que mi lengua acogió casualmente. Por más que me pregunten, nada puedo decirles... ¡No, no! ¡Yo no tengo vida anterior! Y aun no puedo alegrarme de esta vida que me han dado. Si levantaran este cuchillo y me lo hundieran en el corazón, no me defendería. Si me dijeran que me fuera me iría. No hagan de la compasión que les

merezco una obligación. Me da lo mismo estar aquí que estar en otra parte. Ya sucederá algo conmigo. Ustedes temen dejarme ir porque piensan que volvería al agua... y tendrían entonces la sensación de que mi muerte pesaría sobre su vida».

Juan también siguió por senderos parecidos el pensamiento de Anada.

Ésta miró la lámpara, como queriendo despistar esta persecución mental, y dijo:

—Debían conseguirse una nueva mecha.

Nadie respondió a esta observación. Sólo Susana dijo:

—Mañana.

Los tres miraban hacia el centro de la mesa, concentrados en sus pensamientos, pero todos pensaban algo diferente.

Una arruga surgió en la frente de Juan. Este pliegue revelaba una punzante preocupación por Anada, previsor y defensiva, tal como si hubiera dicho:

«No me agrada que estés aquí, entre nosotros. Nos estimulas a meditar. Has traído la muda sombra de una tragedia. Igual da que tú no hables de ello, igual da que nada sepamos. Esta sombra de todos modos flota entre nosotros. Pues esta sombra eres tú misma».

En unos escasos momentos de prolongado silencio, Anada limpió las migajas de su delantal y no miró a ninguno. Se irguió luego, tomó un par de platos sucios de la mesa y los puso sobre el aparador. En ella éste era sólo un movimiento instintivo y habitual. En la mano queda la costumbre de efectuar cierto trabajo, cuando éste ha sido realizado anteriormente y a menudo.

Luego salió de la pieza.

Susana comenzó a mondar una manzana. No miraba ni al viejo ni a Juan, y suspirando levemente, dijo:

—Pobrecita.

Juan expuso su pensamiento. Apretando una pepa de manzana entre los dientes y con la entonación de quien concede gran importancia a un asunto, dijo:

—Opino que ha sido un disparate dejarla aquí. Si ella lo hubiera pedido, lo entendería. Pero tú misma ves que ella dice que su destino le es completamente indiferente...

Susana no tenía objeción que hacer. Musitó un ratito:

—¿Qué iba a hacer con ella? Dice que no tiene a nadie en el mundo. Y aunque lo tuviera, nada quiere saber de esa persona. Yo necesito una criada, y ya que ella está acá, la aprovecho. Tiene una mano diestra y ágil. Sabe tejer y también entiende de las labores de los árboles frutales. Y el niño la quiere de verdad. Hoy por la mañana le estuvo contando cuentos de hadas... Estábamos sentadas en el zaguán. Mientras hilábamos, yo misma la escuchaba con agrado.

Instantes después agregó:

—Bueno, pues, mientras ella quiera, que se quede. Se fueron a dormir.

A la mañana siguiente, Juan y el viejo Miguel estaban ya de pie muy temprano, pues querían ir de compras a la ciudad. Del molino, un saco de harina; donde el

carpintero, un tablón, porque en el granero se había cuarteado una viga que se había hundido en la parhilera; y otra cantidad de pequeñeces.

El viejo Miguel enganchó la mula a la crujidora carreta mientras Juan recién se vestía. Se puso el traje oscuro con que siempre iba a la ciudad. Cuando estuvo listo revisó sus cuentas y extrajo de debajo de una viga del techo el pequeño cofre de hierro donde guardaba su dinero. La llave de este cofre se había perdido una vez. No habían mandado fabricar una llave nueva desde entonces, pues nunca llegaba a la casa más gente extraña que convidados. Y quien ignorara donde estaba el pequeño cofre, nunca lo habría podido descubrir, pues estaba incrustado entre dos vigas, en un escondite. Aparte de algún dinero suelto, que había quedado sobrante del producto de la pesca, y que en mayor o menor cantidad servía para los gastos diarios, Juan guardaba cincuenta y tres monedas de oro en una pequeña bolsa de cuero en el fondo del cofre. Veintidós de ellas habían constituido la dote de Susana, diecinueve había heredado de su padre y doce había ahorrado él mismo en los dos últimos años.

Esfuerzos inauditos, sudor, piedad, recuerdo, esperanzas, proyectos y pensamientos afectuosos estaban adheridos a estas cincuenta y tres monedas de oro. Habían calculado que si Dios no las disminuía con una enfermedad o una desgracia, quizá hasta las podrían hacer llegar a cien antes que el niño estuviera grande. Cada vez que una nueva moneda iba a sumarse a las otras, tenían la sensación de que un huésped invisible hubiera ingresado a la casa; un ser cuya misteriosa presencia irradiara alegría y buen humor.

Pero ocurría también que cuando la pesca era mala, si los vados quedaban vacíos meses enteros, o la casa tenía que ser refaccionada —o como ahora último que compraron la mula—, se veían obligados a separar una o dos monedas de oro. Parecía entonces que alguien se hubiera alejado de ellos.

En la fantasía de ellos, cada moneda poseía un alma propia, una propia historia, un propio origen y casi hasta un nombre. Y cuando el destino quería que se deshicieran de una, algo o alguien parecía haber muerto. El recuerdo de la moneda gastada vagaba por la casa durante largas semanas como un alma en pena.

Juan abrió el pequeño cofre de hierro para tomar el dinero necesario para las compras.

En ese instante palideció.

La bolsa de cuero había desaparecido.

Una fría sensación de terror le sobrecogió y sintió que toda su fuerza desaparecía. Casi dejó caer de su mano el pequeño cofre. Miró un momento estupefacto. Después su mano se agitó casi por su cuenta y volvió a remover el dinero suelto. Y, nuevamente, por tercera vez, con desesperada y salvaje furia.

Se abalanzó a la puerta.

—¡Susana!

Ella se estaba peinando. Su cabello castaño caía delante del hombro y la seda exuberante de su pelo suelto llenaba el aire de un perfume a hierbas desconocidas.



Asustada, asomó la cabeza.

—¿Qué quieres?

Juan ya estaba delante de ella, con las manos caídas, cadavéricamente pálido:

—¡Me han robado las monedas!

En el rostro de Susana flameó idéntico espanto al de Juan. Vio el cofre de hierro sobre la mesa; saltó hacia él, lo abrió, miró adentro y se volvió con aire turbado. Susurrante en un tono estirado, salió de sus labios la palabra:

—Jesuuus...

Corrió entonces a la ventana y gritó:

—¡Padre!

Su voz resonaba como pidiendo socorro. El viejo Miguel estaba poniendo la cubierta al carro. Instantes después estaba ya en la habitación con aire de susto:

—¿Qué pasa?

Juan habló. Pero con voz desesperada, como si de antemano supiera la respuesta:

—¿No has visto mi dinero?

El viejo arqueó las cejas:

—¿Tu dinero?

—Mis monedas han desaparecido...

El viejo elevó las manos y las golpeó una contra la otra. En este silencio hueco e inanimado, las manos sonaron como un disparo.

Los tres miraban con los ojos clavados en el cofre vacío. Y en ese mismo instante los tres pensaron intensamente en Anada.

—Esta mujer... —dijo Juan huecamente, sin terminar la frase.

Callaron. El fulgor de las monedas robadas parecía iluminar ahora la misteriosa imagen de Anada con diabólicos rayos amarillos.

Juan avanzó hacia la puerta. Pero se volvió hacia Susana y le gritó dura y furiosamente:

—Ya te lo había dicho...

Pero no continuó. Salió como si el rostro de Susana le hubiera demudado. Su cara, en que el llanto se anunciaba alrededor de los apretados labios, era ahora tan inocente y conmovedora, que Juan se asustó de su propia voz, dura como nunca.

Fue directamente a la habitación de Anada. El viejo Miguel le pisaba los talones. Un instante después les siguió también Susana, y cuando los hombres entraron a la pieza, recostó su cabeza contra la pared y cerró los ojos, poniendo su mano sobre el corazón, como si ahí dentro, tras la puerta entornada, se estuviera cometiendo un asesinato.

Anada ya estaba despierta y vestida. Cuando ellos entraron, barría la habitación.

—Buenos días —dijo en un tono liviano y alegre.

Pero inmediatamente notó, en la expresión de los hombres, que algo extraordinario debía haberse producido.

Puso la escoba contra la pared, mientras su mirada interrogante se prendía en

ellos.

—¿No has visto mi dinero? —preguntó Juan, conteniendo su rabia.

—¿Qué dinero?

—En el pequeño cofre de hierro... Cincuenta y tres ducados en una bolsa de cuero...

Anada juntó los dedos y miró alternativamente a Juan y al viejo Miguel sin hallar palabras.

Juan perdió la paciencia. Duramente le gritó: ¿Por qué no me contestas?

Anada estaba pálida.

—Yo no he visto tu dinero... —musitó con la voz opaca.

Las palabras de Juan llameaban de ira:

—¡Desde que tú llegaste no ha habido otro extraño en la casa! Sólo tú puedes haberlo tomado...

—Yo no he visto tu dinero... —dijo Anada con igual entonación.

Juan se acercó a su arcón, levantó la tapa y empezó a remover los trajes y demás objetos. Al no hallar ahí la bolsa de cuero, tanteó con manos temblorosas los objetos esparcidos.

El viejo Miguel, entretanto, registraba la cama de Anada, sobre todo la almohada y los intersticios del somier.

En un silencio asfixiante prosiguieron el registro. Sólo podía escucharse el golpe seco de los objetos lanzados al suelo.

Anada estaba junto a la pared, pálida siempre, con una extraña y amarga sonrisa en los labios y la expresión de quien reúne todas sus fuerzas para sobrellevar un dolor muy cruel. Era como si esas trémulas manos, que exploraban y desordenaban toda su habitación, removieran su carne viva.

Juan abrió el cajoncito de la mesa. Se volvió jadeante hacia el viejo Miguel:

—¿Tampoco hay nada allá?

—No.

En la pequeña habitación no había otro lugar que pudiera ser registrado. Juan se plantó ante Anada:

—¿Dónde has escondido el dinero?

Su taladrante mirada vibró un instante en los ojos de Anada, luego la tomó de los hombros, la lanzó con tanta fuerza que ella perdió el equilibrio y cayó al pie de la pared, con el rostro contra el suelo.

Y quedó tendida con los ojos abiertos, desfallecida, como si la hubieran asesinado.

Juan salió de la pieza violentamente y casi derribó a Susana, que continuaba allí observando.

Ella también siguió a Juan. Él se sentó a la mesa y miró ante sí sobrecogido de espanto, de rabia y de desesperación. Se estrujó las manos y sus dedos crujieron.

Susana se tendió sobre la cama y prorrumpió en sollozos. Ahora ya no

compadecía a Anada sino a Juan. A Juan, al niño, a sí misma y a todos. Una vaga sensación de culpa se apoderó de ella, ya. Que suya había sido la idea de retener a aquella misteriosa forastera.

—Lo debe haber enterrado en alguna parte —dijo el viejo Miguel, que estaba parado en la puerta con la cabeza inclinada.

Y luego de un rato, agregó:

—... para volver furtivamente una de estas noches y llevárselo Tocó el hombro de Susana como queriendo tranquilizarla:

—¿No has visto tú si durante el día ha estado en alguna parte?

Susana respondió ahogándose en un sollozo:

—No he visto nada. Ella no ha salido de la casa... Habrá sido durante la noche...

Juan dijo, jadeante:

—Seguro, en la noche... ¡Pero de aquí no se va antes de haberlo devuelto!

Quedó silencioso un rato.

Luego se irguió de un salto. Con tal fuerza, que la silla salió despedida y cayó. En sus ojos tremolaba una llama inexplicable, como si la luz hubiera relampagueado en su mente.

Se abalanzó sobre su propia cama y comenzó a revolver la ropa con frenesí. Como loco.

Su mano desapareció entre el colchón, y cuando la retiró tenía en ella la bolsa de cuero.

La puso delante de sí y la observó espantado.

Se desplomó sobre una silla. En sus labios apareció una leve y extraña sonrisa.

—Yo mismo los había ocultado ahí... —dijo con extraña voz.

Se pasó el dorso de la mano por la perlada frente.

—Estoy completamente loco... —dijo, mirando en torno, como si esperara que Susana o el suegro dieran alguna explicación a esto que le ocurría.

Ahora recordaba ya claramente que él mismo había sacado la bolsa de cuero llena de monedas del cofre de hierro, cuando se fueron recientemente a pescar, y obedeciendo a una idea repentina, la escondió bajo el colchón. Aquella vez pensó que había una mujer extraña en la casa, de la cual nada podía uno saber.

¿Pero cómo era que una acción consciente y bien meditada había desaparecido por completo de su memoria? Como si aquella región de su cerebro se hubiera paralizado enteramente.

Era muy posible que esta mañana, cuando abrió el pequeño cofre de hierro y no encontró la bolsa de cuero —a la que su mirada y su pensamiento estaban tan habituados—, el espanto que se apoderó de su mente ante un golpe... sí hubiera cortado el hilo de sus pensamientos y desde aquel momento le fue imposible pensar en otra cosa que lo que su terror le indicaba.

—¿Ves? —gritó Susana, y tras las lágrimas, secas ya, se iluminó su rostro.

El viejo Miguel nada decía. Levantó de nuevo ambos brazos y golpeó las manos

en un signo de asombro. Volvieron a sonar como un disparo.

Juan se llevó los dedos al cabello, como queriendo zamarrear a sí mismo.

Casi simultáneamente se irguieron y fueron a la habitación de Anada.

Estaba aún ahí, en el suelo. Con ojos inmóviles, muy abiertos.

Juan llegó primero. La tomó del brazo y quiso levantarla.

—Ven..., no es nada..., estaba loco..., ven...; el dinero está ahí..., no te enojas conmigo..., me había espantado..., es tremendo lo que te he hecho...

Anada levantó hacia él su mirada, y dijo sonriendo:

—No importa...

Lo dijo en forma tan sencilla, tan sincera, tan suave y triste, que las palabras taladraron el corazón de Juan.

De pronto se dio vuelta y salió de la habitación, pues también sus ojos se llenaban de lágrimas.

Susana se sentó en el suelo, junto a Anada. La acarició, acercó su mejilla a la de ella y empezó a consolarla.

Juan se fue al fondo del patio y se sentó en el tronco de un árbol. Mil sensaciones distintas le herían.

El brillo de las monedas fulguraba en torno suyo como la luz del sol. Cien pensamientos prendidos en las monedas y que durante su terror se habían enfriado y entumecido, comenzaron a zumbarle nuevamente. ¡Recuerdos, planes, esperanzas que irradiaban los ducados!

Y de otro lado, otra sensación le sorprendió.

Por el injustificado ultraje, la compasión y el perdón que ocultamente le pedía a Anada, ésta había conquistado un lugar muy puro en su corazón.

Sentía que estaba unido a ella con una cadena.

Y le parecía que esta cadena pesaba dulcemente sobre él. Dulcemente e infundiéndole cierto espanto.

## VI

Le preocupaba, desde hacía días, la idea de alejar a Anada de la casa en cualquier forma.

Pero desde el reciente suceso, cuando le inculpó del robo de los ducados, no hallaba una razón aceptable ni frente a Anada ni ante Susana. ¡Qué les iba a decir! A Susana no podía decirle que Anada le inspiraba una constante sospecha, desde que ésta ya había perdido el fundamento. Habría parecido idiota y poco veraz. Ya no alimentaba sospecha alguna frente a Anada... y, por otra parte, se convencía, cuando la observaba más atentamente, que podía confiarle la casa entera. Esta mujer iba y venía entre ellos como alguien que se hubiera purificado al contacto de la muerte, y hubiera perdido toda relación con las cosas mundanas. Ella no se preocupaba por la vida ni por los trajes ni por clase alguna de las comodidades de la existencia.

Cuando tomaba la sopa, los ademanes de su bien conformada mano blanca relucían como un contraste maravilloso sobre el sencillo plato de barro.

Los trajes que Susana le daba se los ponía sin hacerles arreglos ni cambiarlos, aunque esto hubiera sido posible. Parecía que en ella hubiera muerto completamente la instintiva coquetería de las mujeres.

Pero estos sencillos vestidos se pegaban a su cuerpo, dándose forma, como si supieran que los llevaba una persona diferente. Las faldas echaban pliegues y líneas y hasta cuando crujían con el roce, sonaban distinto al ser movidos por el ritmo de otros pasos.

Anada se ponía las más de las veces una oscura falda roja que le quedaba corta, pues era más alta que Susana. Sobre la chaquetilla parda se echaba un chal color guinda que le cubría los hombros y caía también sobre su espalda. En su andar y en sus movimientos cuando caminaba por el patio o realizaba una labor, había siempre una cadencia apasionante, un cierto ardor. El chal flotaba, tremolaba, estaba en todos los ademanes como un par de alas en la espalda, acompañando armoniosamente todo movimiento de la mujer.

No era delicada en el trabajo. Realizaba, por iniciativa propia, labores que Susana no hubiera intentado siquiera. Portaba cargas pesadas, y, cosa curiosa, nunca se ensuciaba las manos o el vestido.

Susana le gritaba a veces:

—¡Déjalo no más, Anada...! Ya lo harán los hombres.

—Si no es nada...

—Te vas a romper la espalda...

—Si no...

Su voz no delataba ningún esfuerzo.

Aparte de esto, apenas se la escuchaba. Nunca preguntaba nada ni se inmiscuía en los asuntos de la casa. No emitía opiniones ni tomaba partido. Su comportamiento y su presencia eran de abnegación. Y pese a que irradiaba involuntariamente cierta

superioridad, trataba de hacer sentir constantemente su propia sumisión.

Cuanto más se quebraba Juan la cabeza, tanto menos encontraba un argumento aceptable ante Anada o ante Susana.

Tenía una especie de remordimiento desde aquella sospecha. No habría podido siquiera decir conscientemente por qué la quería alejar de su casa, a toda costa. Susana no pensaría otra cosa sino que en su alma se había instalado una sospecha infundada, y habría defendido ahora a Anada con su vida entera, aunque fuera por dignidad.

Era un alma sencilla y diáfana y no podía darse cuenta del peligro que había en la diferencia entre ella y Anada.

Pero Juan advirtió el riesgo. Lo había sentido y por eso quería deshacerse de Anada a cualquier precio.

Observó la impresión que en él provocaba aquella diferencia.

Anada era más bella que Susana. Más profunda, misteriosa, envolvente e incitante. En vano trataba de no pensar en ella. Esta rara mujer flotaba siempre entre sus pensamientos. Su voz se le quedaba prendida en el oído y su mirada le envolvía la cara, las manos, como si fuera una zarza invisible de la cual no pudiera despojarse.

El rostro de Susana —que hasta ahora le había reflejado la belleza femenina, la bondad, la pureza y los elevados pensamientos maternos— se iba tornando paulatinamente vacío y desprovisto de atractivos. A ratos hasta lo hallaba feo.

Juan descubrió que el cutis de Susana era grasoso, salpicado de rojizas pecas; su frente parecía ser más baja que las demás; sus pequeños y húmedos ojos grises miraban frecuentemente inexpresivos y sin brillo; la línea de su nariz que evocaba en algo a la ruda nariz del viejo Miguel, era de un trazo muy común, y dos dientes, montados uno sobre otro, tras los labios gruesos, hacían desagradable su sonrisa.

No; Susana no era fea. Desde el primer golpe de vista despertaba en los demás cierta atracción y buenos sentimientos. Su rostro se podía iluminar lleno de expresión y también podía apagarse. Pero ahora que Juan lo analizaba, dividiéndolo en pedazos y reconstruyéndolo en mil distintas formas, todos los entrelazados pensamientos con que hasta ahora la había adornado en los momentos de arrebatos amorosos, de ternura de alegría y de caricias, quedaban olvidados. Se empequeñecía y se replegaba, pues junto a ella resplandecía constantemente el rostro de Anada y le impulsaba a hacer comparaciones involuntarias.

Esta cara, con su cabello brillante, negro y sedoso, atado en un moño gigantesco que irradiaba algo de eterna doncellidad; este rostro, con la alta frente, abierta y blanca, con los grandes ojos de los que fluía siempre algo, con la nariz finamente dibujada, con la boca bella y sensitiva, producía en el espectador la impresión de haberlo conocido desde mucho tiempo, de haberlo visto o de habérselo representado.

Tal vez no desde el primer momento. Durante muchos días Juan había pasado junto a ella sin fijarse. Pero cuanto más la observaba, tantos más rasgos iba descubriendo en ella que le arrebatában. Y le intranquilizaban.

Juan evitaba el encuentro con Anada, pero cuando más la veía tanto más esplendorosa desplegaba su belleza.

Su cuello era bonito cuando lo meneaba a veces mostrando las largas y nobles líneas, También su espalda, cuando el chal color guinda se deslizaba haciendo relucir bajo el vestido una comba redondeada y suave.

Mas, para detrimento de Susana, era su figura lo más bello. La cintura, delgada y elástica, parecía hacer girar a un cuerpo sin peso. Su recta espalda se arqueaba hacia adentro. Y esta postura brindaba a su imagen una leve gracia, alegre e instintiva, con la que casi no contrastaba aquella sonrisa breve, cansada y penetrante.

Y parecía siempre caminar en el aire. Tal vez era esta extraña manera de andar la causa de que sus movimientos fueran tan livianos.

A veces Juan olvidaba su mirada sobre sus manos varios segundos, cuando descansaban en la mesa durante el almuerzo o la comida.

Primero había lanzado a aquellas manos malévolas miradas, como si en ellas hubiera descubierto las líneas de una mujer fatal para los demás, pues una mano revela mucho. Pero ésta toleraba pacientemente la exploración; como si hubiera sabido qué se pretendía de ella. Se alargaba distraídamente hacia una miga de pan con sus largos dedos; jugueteaba con ella; y luego la empujaba; después la levantaba hasta la cara para rozar el arco de las cejas con un ademán habitual de sus dedos, o se escondía tras el cabello durante algunos instantes. Luego, con un ademán vigoroso y seguro —mostrando sus formas esplendorosas hasta la muñeca—, envolvía el cuello de la jarra para ir luego al encuentro de la otra mano en un ademán perezoso, y echar agua en el vaso.

Esta mano vivía, pensaba, observaba y actuaba continuamente. No era ni grande ni pequeña. Con las largas y redondeadas uñas, brillantes cual perlas, siempre limpias; con una piel suave y blanca, bajo la que la sangre corría azul, o en algunos puntos se vislumbraba roja oscura, era algo que Juan jamás había visto. Nunca pudo imaginar que hubiera mujeres en cuya sola mano se pudieran reunir tanta belleza, fuerza, ternura y donaire.

La corta y roja mano de Susana, que siempre estaba desollada y con las uñas partidas, aparecía ahora a los ojos de Juan como la de un ser inferior.

Juan notaba que día a día estas diferencias desmoronaban la ilusión que su alma se había formado de Susana. Notaba esto sin que sus sentimientos hacia ella se hubieran atenuado en lo más mínimo. Todo lo contrario; había nacido en él un sentimiento nuevo: el deseo de proteger a Susana de estos peligros. Defenderla a ella, la indefensa, la torpe, que con tan puro corazón aceptaba a alguien que no quería hacerle daño, pero que, sin embargo, la devoraba y la destrozaba.

Porque, ciertamente, Susana nada sabía de lo que sucedía alrededor suyo y menos aún de lo que pasaba en el alma de Juan. Estaba alegre y de buen humor —la presencia de Anada le hacía bien—, pues tenía alguien a quien podía abrumar con su oculto afán de protección y hacia la cual sentía gratitud, pues quería cumplir en

Anada aquella vaga sensación del deber que, según rezaban los libros de oraciones, los dichosos tienen hacia los desgraciados.

Esta deuda saldada, este deber cumplido, despertaban en ella toda suerte de buenos sentimientos. Tanto que era ella misma la que a Juan, su marido, le contaba todas las cosas de Anada:

—La hubieras visto. ¡Hoy ha trasplantado todo el jardín! Yo tengo que arrebatarle el trabajo de las manos. El niño quebró ayer una vasija y ella la arregló. Mira la cinta que le ha atado al perro alrededor del cuello.

Juan respondía a estos informes con un solo movimiento de cabeza y no revelaba lo que sentía. Cuanto más claramente veía a su alrededor el atractivo de Anada, el poder de su belleza y el encanto de su ser, tantos más sentimientos adversos alimentaba contra ella, y con todo su pensamiento acudía en defensa de Susana. ¿Sabía Anada, acaso, lo que hacía y lo que destruía en el alma de Julián? Él pensaba mucho en esto, pero no hallaba ninguna demostración. Si Anada hubiera sabido esto y no hubiera acudido ella misma en protección de Susana abandonando la casa sin dejar huellas, sería seguramente un alma corrompida.

Pero a Juan le daba la impresión de que ella no sabía esto. Anada no lo había querido. Se le había rogado que se quedara y se había quedado.

No tenía conciencia de su belleza y su encanto. Juan la evitaba donde podía.

También hoy había tenido que hacer en la casa, pues, había que arreglar el seto del patio, destruido por las nevadas de primavera. Pero prefirió tomar su largo y claveteado bastón y se marchó abajo, a la ribera. Dijo a Susana que el día anterior había visto nutrias en los matorrales y que iba a tratar de cazadas.

Pero no volvió a pensar más en las nutrias. Cuando llegó a la orilla, envió al perro de regreso. Queda estar solo con sus pensamientos.

Caminó por la orilla, río arriba, agachado a ratos para poder avanzar bajo el azul plateado follaje de los sauces. Porque aquí no había ningún camino, ningún sendero. Sólo, muy rara vez pasaba un hombre por ahí.

Era hacia fines de mayo. El sol irradiaba calor de verano y la corriente fulguraba allá abajo con sus rayos. En la orilla opuesta, los niños del barquero se bañaban gritando. Pese a que esa orilla estaba muy alejada —tanto que de los niños sólo se veían pequeñas figuras blancas y amarillentas en el verde fondo de la cuesta—, sus voces y sus gritos, podían oírse nítidamente. Se entendía casi cada palabra.

Juan continuó por la ribera. Y allá, donde las voces de los muchachos se extinguieron, buscó un lugar sombreado y se tendió. Le envolvía el suave y excitante aire de verano, tibiamente perfumado por el pasto. Todo estaba quieto. Sólo el zumbido de las abejas podía escucharse en torno a los azules racimos de salvias. Aquí y allá se asoleaba una gran libélula, inmóvil sobre una mata del borde.

«¡Dios mío, qué extraños son tus caminos!» —pensó Juan para sí—. «¡Con un rápido golpe de tus marejadas has metido a esta mujer en mi vida, y ahora no sé qué hacer con ella! No puedo ahuyentarla, pues, si lo hiciera, se llevaría consigo mi



conciencia. ¡La falta no la ha cometido ella, sino yo! Retenerla aquí lo puedo menos aún, pues siento que mis pensamientos se prenden de ella cada vez con más fuerza, de sus manos, de su cabello, del rostro, los brazos, la espalda, como las moscas se adhieren al papel engomado. Con un ala se engoman y con la otra susurran dolorosamente como si quisieran prevenir a sus compañeras: ¡por amor a Dios, no vengan aquí! Sin embargo, ellas van, van, y todas para caer inertes en el dulce y mortal veneno, para perecer allí».

Se adormeció. Con esa imagen se quedó dormido y comenzó a soñar que en alguna parte había un gigantesco panal que las moscas merodeaban con codicia en muchísimos y diminutos puntos negros, que eran sus mezquinos y pecaminosos pensamientos. El blanco panal, color de miel, fue adquiriendo lentamente cierta forma y convirtiéndose por fin en el cuerpo de Anada, enteramente desnudo y rodeado de aquellos puntitos negros.

Cuando despertó, estos pensamientos parecieron esfumarse.

Miró hacia la corriente, en cuyo remanso se movía orgullosa una garza. Altaneramente levantó las patas y sólo se ocupaba de sí misma. Sus movimientos parecían maravillosamente calculados, como si alrededor del largo cuello, en el nervudo cuerpo recubierto de plumas, hubiera oculto un misterioso mecanismo.

Esta visión captó toda la atención de Juan.

De pronto la garza se inmovilizó. Echó la cabeza hacia atrás y clavó la mirada en un punto.

Juan conocía esta costumbre de las garzas. Venía alguien.

«Ahora aguardo a que levante el vuelo —dijo para sus adentros—, y apostaría a que, en lo que demoran treinta pasos, la persona llega acá».

Juan sabía con exactitud a qué distancia esperan las garzas a las personas.

Instantes después, el pájaro estiró indolentemente las largas alas color ceniza, rozó varias veces el agua debajo de sí, se elevó en el aire y desapareció dando lentos aletazos en la deslumbradora luz dorada del sol.

Apenas Juan había contado veinte, podía ya escuchar sobre el pasto seco los pasos que se acercaban.

Y en seguida apareció Anada por entre el follaje entreabierto de los sauces.

Tarareaba distraídamente y miraba el suelo mientras venía acercándose.

Juan bajó instintivamente la cabeza, ocultándola entre el crecido pasto.

Anada se detuvo. Miró pestañeando hacia el sol y dejó vagar sus ojos meditativos sobre la superficie del agua. Luego se desperezó bostezando y mostró los blancos arcos de sus dientes entre los labios. Con la expresión de quien se sabe lejos de la gente, se acercó al borde del agua y se puso a observarla. Ésta formaba aquí un remanso tan transparente que podían verse las piedrecitas en el fondo. Sólo un vaivén agitaba la superficie cuando una ola grande pasaba por la corriente. Entonces flotaban grandes círculos que se ensanchaban hasta ensortijarse en el remanso.

Anada colocó las horquillas entre sus labios, desenrolló el negro moño y, echando

atrás la cabeza, sacudió sus largas trenzas hasta que llegaron a sus rodillas.

Juan sabía ahora que Anada había venido a este solitario paraje para bañarse. Sentía como que debía darle voces y dar alguna señal anunciándole que estaba ahí, pero le faltaban las fuerzas para ello.

Anada empezó a desvestirse. Con un grácil movimiento emergió de entre su falda y arrojó las demás prendas. Blanca, desnuda, fulgurante, entró entonces al agua, estremeciéndose. Empezó a palmoearla, formando en su derredor grandes olas, perladas y blancas. Se tendió en la arenosa y poco profunda agua, en tal forma que sólo podía verse su cabeza, flotando en la superficie su largo cabello negro. Luego comenzó a darse vueltas, mojándose el pelo, mientras se contoneaba así relucía su blanca espalda y asomaba de tiempo en tiempo su rodilla fuera del agua.

Después de un largo rato, salió del agua y empezó a correr de un lado al otro de la orilla dando saltos singulares abandonando al aire su largo cabello para secarlo a la luz del sol.

Juan ocultó su rostro entre las manos.

En esta escena presentía ahora algo del destino. Quiso retirarse furtivamente rehuendo la visión, pero una rama que él tenía presionada formando un arco, volvió violentamente a su lugar.

Anada se detuvo y dirigió una mirada de espanto en dirección al ruido como un animalito sorprendido en su soledad.

En aquel momento cruzó la mente de Juan la idea de que él jamás podría convencer a Anada, si ella lo descubría ahora, que había estado ahí de casualidad. Anada habría creído, con justa razón, que él la había seguido para veda.

En un arrebato de furia, de desesperación y vergüenza, apretó los dientes. No se atrevía a moverse.

Anada miró un instante más en aquella dirección, y luego se vistió apresuradamente. Se puso los vestidos como si algo hubiera interrumpido su placer.

Cuando estuvo vestida, desapareció entre los arbustos. «De algo estoy seguro: no me ha visto», pensó Juan y esto le tranquilizó.

Instantes después miró sigilosamente entre el follaje. Y vio a Anada que casi corra hacia la casa.

Él también se puso en camino. Andaba lentamente, se detenía de vez en cuando y dejaba vagar su mirada sobre la otra orilla. Quería hacer tiempo para llegar a casa mucho más tarde que ella.

Ahora había decidido firme y terminantemente despedida. Presentía de nuevo en Anada la mano del destino y sentía ahora una ruda fuerza interior, capaz de desviar aquella mano que pesaba sobre él.

Sí; ahora iría a la casa, se plantaría ante Anada y le diría:

«No preguntes por qué, pero tienes que dejar mi casa. Nada malo has hecho, yo mismo soy tu deudor, pues merecidamente has ganado el derecho a que te demos pan y techo. Búscate otro lugar en el mundo, que cualquiera habrá de recibirte con agrado

dondequiera que toques una puerta...».

Le daría trajes y provisiones para el viaje. Sí; y, además, dos monedas de oro para tranquilizar aún más su conciencia.

Esta decisión lo alegró y alivió. Sintió que su alma volvía a equilibrarse y no comprendía qué era lo que había impedido hasta ahora tomar esta resolución.

¡No había nada más simple que esta solución! Lo debía haber hecho desde hacía tiempo, desde el primer momento en que notó el efecto que en él producía la presencia de Anada. Pero, gracias a Dios, aún no era tarde. Sí; así lo haría.

Pero, ¿qué le diría a Susana? No podía contarle la verdad. De comunicarle francamente sus pensamientos, la habría herido y humillado. No habría sido capaz de comprender que fuera posible que aparte de ella hubiera alguien a quien su marido...

No; no valía la pena pensar en ello. Por otra parte tampoco tenía importancia. Lo primero era hablarle a Anada.

Cuando llegó cerca de la casa dio un gran rodeo para que Anada, a la que casualmente había visto atravesar el patio, le viera llegar de una dirección enteramente distinta y no pudiera siquiera abrigar la sospecha de que había sido, él quien la vio durante el baño.

Cuando traspuso el portón, Anada pasaba justamente por el patio.

—Susana —gritó Juan hacia la casa, pues quería saber qué era lo que hacía. No le habría gustado que le estorbaran la conversación con Anada.

—¡No está en casa! Fue a donde su hermana... dijo Anada.

—¿Y el viejo?

—Allá donde los barqueros.

Y con ello desapareció por la puerta de sus habitaciones.

«Tanto mejor —pensó Juan—; así puedo arreglarlo rápidamente y sin que molesten. Lo más atinado sería que se fuera también inmediatamente... A Susana le diría que alguien la vino a buscar y se la llevó...».

Pero antes de entrar a la habitación de Anada, se fue al jardín del fondo, aunque nada tenía que hacer allá. Tal vez lo hizo solamente para vigorizar sus ideas y ponerlas en orden.

Se quedó ahí largo rato, sin que ocurriera nada nuevo... Finalmente se decidió. Cuando puso la mano sobre la manilla, sintió en la muñeca una extraña debilidad. Pero entró de todos modos.

Anada estaba parada dándole la espalda. Ordenaba algo en el ropero. Se dio vuelta sorprendida, pero su rostro no delataba temor.

—¿Qué quieres? ¿Necesitas algo?

Juan avanzó hasta acercársele bastante.

«No me preguntes por qué, pero tienes que dejar mi casa...», iba a decir, pero las palabras se le agolparon en la garganta, sofocándole.

De pronto sintió como si estuviera inerte, sin motivo alguno, ante la presencia de esta mujer. Las escenas que vio durante el baño se le agolpaban atropelladamente.

Y en lugar de las palabras que había preparado, mirándola hondo a los ojos, murmuró con voz alterada, ahogada casi por una desconocida excitación:

—Te he visto durante el baño.

La mirada de Anada se inflamó y sus cejas temblaron de indignación. Pero casi no tuvo tiempo de contestar, pues Juan la tomó del brazo.

Ella reunió todas sus fuerzas y le empujó con un grito salvaje.

Este violento alarido devolvió a Juan a la realidad. Anada estaba parada ante él, sombría, llameante, casi agigantada en su cólera.

Juan salió de la habitación con las mejillas enrojecidas.

Volvió al jardín del fondo, sin saber a dónde le conducían sus pasos. Allá permaneció largo rato, y luego regresó.

La vergüenza y el remordimiento le devoraban. Abrió nuevamente la puerta de Anada.

Estaba sentada al borde de la cama, en la obscuridad de la pieza.

Juan se le acercó y tocó su hombro:

—Perdóname... Estuve loco... Te juro que no lo volveré a hacer...

Se inclinó hasta muy cerca de su cara:

—Prométeme que no dirás a Susana ni una palabra...

—Me voy a ir lejos de aquí... —gritó Anada.

—No; no te vayas... No tienes motivo... Con ello sólo conseguirás delatarme...

Ya vas a ver cómo no vuelvo a hacerlo...

Anada volvió la cara. Juan salió de la pieza.

Cuando Susana volvió, un cuarto de hora más tarde, ya lo encontró en la cama.

—¿Qué es lo que te pasa? —preguntó con cara asustada.

—No sé. Creo que es la fiebre lo que me tiene agitado...

Susana le cocinó un brebaje de hierbas y veló junto a él la mitad de la noche.

## VII

Más abajo de la ciudad, en la falda de la colina bordeada de manzanos, no lejos del río, quedaba la posada del «Ganso Silvestre». En su bien barrido patio había unos álamos centenarios y en las cercanías del seto de rosas silvestres se abría un ancho panorama sobre el río. Las torres de la ciudad eran también visibles desde ahí.

Las tormentas se habían llevado hasta la mitad de las tejas en la torre de la posada. La veleta, enmohecida en la punta, hacía tiempo que había cumplido su misión, y nunca soplabla viento suficientemente fuerte como para hacerla girar en sus goznes.

Las pocas piezas de la casa pasaban vacías meses enteros, pero de vez en cuando se encontraba en ella algún oficial o una banda de cómicos para quienes resultaban muy caras las lujosas posadas de la ciudad. En éstas a lo más se alojaban los comerciantes de trigo de la provincia, pues su mercado quedaba cerca.

La viuda de un molinero regentaba la posada. Era el *affiche*<sup>[2]</sup> viviente del negocio, pues su aparición misma comunicaba ya una alegría irresistible. En los laboriosos brazos de la corpulenta mujer, rojos como zanahorias, las mangas estaban constantemente remangadas hasta los codos, y nunca faltaba en su mano la cuchara de la cocina, como si hubiera echado raíces en ella. Sus pechos se derretían en el corsé, y también los rollos de grasa de su cuerpo formaban sonrientes colinas en las formas de sus vestidos, porque se obstinaba en creerse aún tan delgada como una caña. Su lacio cabello, ripioso y gris, formaba un pequeño y sañudo moño en la cabeza, que tenía el color, el tamaño y la forma de una cebolla tostada. Su cara roja fulguraba de grasa, irradiando una gran confianza en sí misma, mientras su boca graznaba incesantemente como la de un vendedor en el mercado:

—¡Entre, señor barquero, no se quede allí afuera! Tenemos un rico *goulasch*<sup>[3]</sup> de carnero; mire, estos dos honrados negociantes han comido ya tanto que casi les revienta la barriga. ¿Qué dice usted? ¿Que ya ha cenado? Ya me figuro lo que le darán en su Casa. ¡Oye tú, corre con el vino, si no te pego! ¿Qué hay, caballero? ¿Dos jarros de cerveza más? ¡Dos jarros más para el señor comisario! ¡Que despeje su cabeza ahora que está preocupado! ¡Anda, pronto!, ¿por qué te quedas pegado a la pared? ¡Buenas noches, vecino...! ¡Allá no más, bajo el árbol grande! ¡Límpiale la silla! ¡Aquí cada uno encuentra sitio!

La mujer, con su nariz de buñuelo, era inagotable en la charla.

Los huéspedes no sabían por qué se ponían de pronto de tan buen humor cuando entraban al patio del «Ganso Silvestre».

Pero hoy, domingo por la tarde, era casi innecesario invitarles. En cada mesa había alguien. Entre toda esa gente cuyo oficio estaba ligado al agua, también se hallaban acomodados señores a quienes la tardía primavera había empujado fuera de la ciudad. Muchas personas llenaban el patio de la posada, y de lejos se escuchaba un

murmullo, como el gorjeo de los gorriones sobre los pelados árboles bajo la puesta del sol.

Los sonidos llenaban el patio, y también el tope de la cancha de palitroques tronaba como una lejana y alegre tempestad. Sobre todo cuando de rato en rato un brazo musculoso lanzaba una bola más pesada.

Juan también estaba en mangas de camisa, con las mejillas son rosadas, entre los jugadores de palitroque.

Susana, Anada y el viejo Miguel estaban sentados cerca de la cancha. El carbonero y su hija viuda también estaban con ellos. Se habían reunido los cinco y participaban en el juego como espectadores. El viejo Miguel y el carbonero lo observaban, además, por otras razones, pues cada uno había apostado por uno de los bandos. El tranquilo rostro de corteza de árbol del carbonero ni siquiera se alteraba con un tiro decisivo, pero el viejo Miguel se excitaba tanto que su gran bigote y sus pobladas cejas grises se movían de arriba abajo.

—¡Mira! ¡Ahora! ¡Más, pues! ¡Un poco más. Pum!

Y se balanceaba de izquierda a derecha, como si con ello pudiera enderezar la bola cuando se apartaba de la meta.

Cuando ella golpeaba en el centro botando los palitroques hacia la derecha, bramaba el viejo en su entusiasmo, tan fuertemente, que en su derredor todos rompían en risotadas.

Se prendía de su propio cabello, como si quisiera izarse rugiendo fuertemente.

—Siéntese ya, padre —dijo Susana disgustada, pues habían llamado la atención general.

Pero el viejo sólo miraba con los ojos turbios de alegría y continuaba gritando:

—Muy bien, Sepp. ¡Eres un gran mozo! ¡Bien he dicho que sólo confío en tu mano!

Pero en igual forma se iba en contra de él cuando el tiro fallaba.

—¡Ayayayayay! —se lamentaba unos segundos, siseando y castañeteando la lengua de desesperación.

Golpeaba alternativamente sus largas manos en su indignación. Y su arrebató, y sonaban fuertemente.

La viuda, hija del carbonero, puso su mano ante su estropeada dentadura, curvándose de risa, hacia derecha e izquierda.

Anada se abanicaba con una rama de rosas silvestres y se mostraba visiblemente feliz.

Juan se abandonaba sin control a la excitación del juego. Ahora le tocaba el turno. Balanceó la bola en su mano largamente, cerró un ojo y tomó puntería con expresión de astucia.

Dos semanas habían pasado ya desde aquella vez que perdió la cabeza en la habitación de Anada. Ya en la mañana siguiente había despertado desilusionado. La visión que le trastornara el día anterior parecía haberse esfumado con esta rara

alteración de sus sentidos y sus nervios. Casi no podía comprender cómo le había sucedido algo tan absurdo. A él, que tenía una moral tan firme como una roca.

Pero comprendió que aparte de la voluntad humana y de la propia decisión hay fuerzas que arrastran consigo el alma como el remolino a una barca. Y cuanto más pensaba en aquel cuadro, tanto más sentía el instante espantoso y desalmado en que el remolino le arrastró.

Al día siguiente ya había olvidado aquella vorágine. La superó alegremente. A Anada le debía en gran parte lo que había conseguido. Si ella no se hubiera puesto tan firme, él habría cometido un disparate que más tarde no habría podido reparar. Podía estar agradecido de haber salvado ileso aquel peligro. Y desde ese instante le tuvo gratitud. Le tomó cariño y la guardó en su corazón. Le tomó cariño como a un amigo cuya amistad ya ha sido sometida a una dura prueba. Este afecto era ahora un sentimiento abierto y sincero que no tenía por qué ocultar, que podía darle rienda, pues en él nada había de confusa sensualidad o de deseo.

Todo aquello se había esfumado. Recuperó nuevamente su antigua dicha de vivir y el equilibrio de su ánimo. También hacia Susana habían variado sus sentimientos. Las diferencias entre ambas mujeres, que en los últimos tiempos le habían herido la vista constantemente, haciéndole dudar de los méritos femeninos de Susana, se reducían a apariencias insignificantes. Su pobre pequeña Susana, tan tonta, cordial y dulce, con los ojos asustados, se mantenía enhiesta en el bullir de mil recuerdos dichosos, alojada nuevamente en su corazón.

Anada notó en Juan este cambio, y también se alegraba. Ahora podía escucharse su risa bella y honda con mayor frecuencia cuando el pequeño Juanito soltaba algún angelical disparate secreteándose con ella.

En un estado de ánimo tan jovial habían decidido ir al «Ganso Silvestre», en la tarde del domingo de Pentecostés. Al niño lo habían llevado antes donde la hermana mayor de Susana.

Desde las primeras horas de la tarde ya estaban sentados en el patio de la posada, y Juan martirizaba sin interrupción, desde aquel momento, la cancha de palitroque.

—Déjalo ya —le gritó Susana—, tu camisa está empapada y te vas a pescar una pulmonía.

Juan suspendió el juego poco después. Se zambulló en su chaqueta, se acercó a la mesa y dejó caer sobre el rojo mantel un montón de monedas de cobre humedecidas en su mano.

—Ahí tienen Para ustedes he ganado todo esto. Luego se sentó con ellos y comenzaron a charlar. Susana secó con su propio pañuelo la ruda nuca de toro de Juan, acalorada aún por el juego.

Entonces ocurrió algo extraordinario.

Un hombre de edad quiso pasar junto a la mesa y, de pronto, reparó en Anada. Se detuvo y la observó sorprendido un instante, como si no quisiera dar crédito a sus ojos. Sus manos se elevaron en el aire, en un ademán de admiración, como

preguntando: «¿Tú..., tú aquí?».

Todos miraron a Anada. Ella estaba visiblemente pálida y le sonreía displicente mente al extraño. Éste ya se había dado vuelta y fue a sentarse lejos, en una mesa solitaria, junto al seto.

—¿Quién es ése? —preguntó la hija del carbonero con voz indolente, pues ignoraba en qué forma había llegado Anada a la casa de Juan. También a ella le habían dicho, como a los demás, que la habían conocido desde mucho antes. Esto era por consideración y delicadeza, y le hacía bien a Anada.

—Un conocido... —dijo Anada despacio.

Juan, Susana y el viejo Miguel nada preguntaron. Pero los tres se tornaron sombríos. Como si un ala, invisible y fría, les hubiera rozado ligeramente: el pasado misterioso de Anada.

El viejo Miguel desvió sus pensamientos en forma súbita.

—Cuando yo era todavía soltero —comenzó—, íbamos siempre a la posada de la «Viuda de las Cien Manos» a jugar palitroque. ¡Aquéllas eran verdaderas batallas!

Instantes después, Anada se levantó.

—Vuelvo en seguida..., —dijo, y se fue por entre las mesas hacia aquel extraño que anteriormente la había reconocido. Le tendió la mano, se sentó junto a él, y comenzaron a hablar. De qué hablaron, no se podía saber a esa distancia, pues la charla proseguía sin ademanes ni movimientos de cabeza. Sólo podía tenerse la sensación de que ellos deliberadamente asumían esta rigidez para no delatar la conversación por la expresión de sus caras, pues sentían sobre sí las atentas miradas de la otra mesa. Por lo menos, Juan se lo imaginaba así.

Adivinar quién era aquel desconocido habría sido un problema difícil hasta para un experto observador. A juzgar por su aspecto y su vestido, era de la ciudad. Parecía tener por lo menos sesenta años. Pero podría también haber tenido ochenta. Aunque de tiempo en tiempo daba la sensación de contar sólo cincuenta años. Su atavío era bizarro y no encuadraba en ninguna moda. Llevaba una levita de terciopelo color tabaco, por la cual no se podía establecer si se trataba de un bribón o de un hombre decente pero decidido.

La piel de color de pergamino, formaba bolsas bajo los ojos circundados de arrugas en el rostro tensamente afeitado. Con esta cara podía igualmente ser un príncipe venido a menos o un lacayo jubilado. Igualmente podía haber sido el bonachón administrador de una compañía de seguros, o un peligroso estafador a quien la policía buscara infructuosamente. Esa cara. Y ese aspecto nada delataban de aquel hombre, y menos de Anada.

Ésta volvió pronto y tomó asiento en su lugar. Todos hallaron inoportuno preguntarle de qué había conversado con su conocido, y quién era este hombre entrado en años.

Un rato después, el carbonero propuso ir al bosque, junto a la ribera. Allá paseaban muchos de los huéspedes. El crepúsculo ya empezaba a colorearse en la



superficie del agua.

Juan aprobó ávidamente la invitación.

—Vayan ustedes adelante, que yo ya los seguiré.

Tengo que arreglar unas cuentas con la hostelera, pues me adeuda el precio del pescado desde hace dos meses.

Todos se pusieron en camino. Juan se quedó. Aparentemente, a Anada no le había producido ninguna impresión su charla con el desconocido. Estaba tan alegre como al principio.

Pero a Juan lo consumía una gran curiosidad. Por eso había enviado adelante a los demás, para acercarse al desconocido y saber por él el misterio que envolvía la vida de Anada.

No titubeó mucho. Instantes después, suponiendo que los otros ya estarían en la ribera, se levantó y avanzó directamente hacia la mesa del forastero. Se le acercó, hizo una venia, y se tomó del respaldo de una silla vacía.

—¿Me permite?

Y sin esperar respuesta se sentó junto al desconocido, que le medía con una mirada aguda y poco amistosa.

—Perdone que me haya acercado... —comenzó Juan a hablar, pero me es muy importante averiguar quién es la mujer con la que usted habló hace un momento. De dónde ha venido y cómo ha sido su vida. No me interprete mal, no quiero saber de ella nada que pudiera serle desagradable tanto a ella como a usted..., Pero ya hace tiempo que vive en mi casa y, claro..., ¿no es verdad? Eso de vivir con alguien bajo el mismo techo y no saber siquiera su nombre...

El desconocido le interrumpió nerviosamente. Pronunció tres breves y extrañas palabras. Y le miró con los mismos ojos hostiles y punzantes:

—No le entiendo.

Juan se inclinó mas cerca aun.

El hombre repitió ahora, ya impaciente y enérgico, las mismas tres palabras.

Juan adivinó por el tono que ellas querían decir: «¡No comprendo tu idioma!». Miró perplejo en rededor de sí. Luego de unos segundos de penoso silencio se levantó sonriendo indolentemente, saludó y volvió a su mesa. Tornó asiento y nuevamente comenzó a torturarle más a fondo el enigma de la vida de Anada. La posibilidad cercana le excitaba. Sí; ahí había un hombre que lo sabía todo. Había estado a punto de descorrer el misterio y de nuevo comenzaba a escurrírsele de las manos. Recordó que un viejo mozo de la posada dominaba varias lenguas. Juan fue a buscarle y lo encontró al otro lado del patio, doblado bajo el peso de los platos y las botellas de vino. Puso una moneda en su mano.

—Venga, tío Alejandro... ¿Ve a aquel hombre en esa mesa? Vaya donde él y dígame que quiero hablarle de algo importante. Usted traducirá la conversación, porque yo no entiendo su idioma.

El viejo mozo oyó el encargo y corrió hacia la mesa del desconocido. Juan

esperaba impaciente el resultado.

El cantinero no pudo haber cambiado muchas palabras con el desconocido, pues ya estaba de regreso. De lejos sonrió sarcásticamente y encogió los hombros.

—Yo tampoco entiendo lo que dice —le dijo a Juan cuando llegó—; jamás en mi vida he oído ese idioma...

Y con ello desapareció.

Juan se sentó nuevamente ante su mesa, y ahora sentía con rabia impotente que frente al enigma de Anada se hallaba enteramente desarmado. Despechado arañó la superficie de la mesa. ¿Qué haría ahora? A cada rato miraba hacia la otra mesa, como si temiera que el desconocido se marchara. Pero éste seguía tranquilamente sentado. De pronto, cuando Juan volvió a mirar, ya no había nadie en aquella mesa, como si la tierra se hubiera tragado al desconocido.

Juan pegó un salto y pudo ver aún la leva de terciopelo color tabaco entre la multitud y seguir su pista. Estaba resuelto. Ir tras ella hasta la ciudad y averiguar dónde vivía.

Pero la leva color tabaco había desaparecido definitivamente. Juan corrió a la salida del patio y miró a la calle.

No estaba por ningún lado. Llamó la atención del mozo:

—¿No ha visto a aquel caballero?

—No.

Se acercó a las mesas vecinas:

—Por favor, ¿no ha visto usted al señor que estaba allá? Aquel de la chaqueta parda.

Nadie le había visto. Alguien dijo:

—Recuerdo que estaba sentado ahí... Pero se fue hace rato.

Juan corrió a la calle, por si aún podía dar con él. Pero el camino serpenteaba por el bosque, junto a la ribera, y se dividía en tres senderos bajo los árboles.

Regresó, dio vuelta él la casa, pero en ninguna parte le halló. Entonces tomó asiento a su mesa y aguardó en la esperanza de que el desconocido pudiera brotar por algún lado.

Se sentía confundido y anonadado. Trató inútilmente de tranquilizarse. Se agitaba aprisionado en la red de una rara excitación, y nuevamente cayó en brazos de una difusa pasión, la misma de hacía dos semanas.

Largo rato después bajó a la ribera. Anada, el carbonero y su hija estaban conversando sentados en un banco.

—Tu padre y Susana se marcharon antes para traer al niño —dijo el carbonero—. O dijeron que fueras directamente a casa, pues a esa hora ya estarán de regreso.

Luego de un rato se pusieron en marcha y caminaron hacia la casa. Anada iba adelante con la hija del carbonero. Los dos hombres iban detrás de ellas, conversando tranquilamente.

Llegaron frente a la casa de Juan.

—¿No quiere que lo pase al otro lado del río? —ofreció Juan.

—Mi barca está aquí, bajo los arbustos —contestó el carbonero.

Ellos vivían en la orilla opuesta. Subieron a la barca. Juan ayudó a desatarla y pronto desaparecieron sobre la superficie de la corriente.

La tarde ya se tornaba parda y sobre los bosques de la otra orilla se irguió, en el vaho de la tarde de verano, la hoz plateada de la luna.

Cuando Juan atravesó el patio, Anada estaba en el umbral del abierto portón. Tenía la oscura cabeza recostada sobre la blanca columna y tatareaba algo adormecida.

Quedó perpleja, se asustó un poco, como si hubiera sido vista haciendo algo prohibido. Sonriendo miró a Juan. De su mirada fluía dicha y sentía en el alma la suave embriaguez de horas felices.

Todavía tenía en su mano la trunca rama de rosas silvestres. Con ella rozó la mejilla de Juan y rió despacio, bromeando.

Las tiernas espinas del tallo arañaron su mejilla sin herirlo. Le provocaron solamente un leve dolor, dulce y ardiente.

Juan se inclinó muy cerca de Anada y la miró profundamente a los ojos. Sus brazos se estremecieron.

Anada se sobresaltó y casi cerró los párpados.

Se besaron mutuamente.

## VII

No pudo dormir en toda la noche. Sentía el sabor de aquel beso como una enfermedad espantosa y oculta. Se había maculado con él ya ratos se sentía un leproso. ¿Qué pasaría cuando se supiera? ¿Cuándo Susana y el viejo Miguel se enteraran? ¿Cómo le mirarían? ¿Con qué ojos? Como se mira a un hombre sano de quien se sabe repentinamente que está atacado de una enfermedad mortal, irremisiblemente perdido. O como se mira a un hombre honrado, amigo o pariente, a quien un policía coloca la mano sobre el hombro y de pronto se descubre que ha cometido un horrendo crimen. Quedaría entonces la tremenda pregunta flotando en el aire: ¿éste..., éste es el hombre? ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Qué turbia pasión, qué extraña fuerza lo ha arrastrado?

¿Qué pensaría Susana? ¿Qué sentiría cuando lo supiera? A ratos Juan se observaba a sí mismo con los ojos de un extraño. Le aterraba el pensamiento de que llevaba consigo una marca, una enfermedad que debía ocultar. A ratos le martirizaba un terror sin sentido. Por la noche, cuando se fueron a acostar, mientras se desvestían, se despojó temerosamente de la camisa, como si llevara marcado en la espalda el signo del misterio que ocultaba... Creyó que Susana lo podía ver sobre su piel y casi escuchó el alarido angustioso que ella podía lanzar.

Toda la noche se revolcó en una telaraña de pensamientos y temores imprecisos. Esa red se le adhería a las mejillas y los párpados con nauseabundos rozamientos, aun en el sueño. Sentía el sabor del beso como un mordisco en los labios. Como el mordisco de un murciélago o de otro extraño animal, y no podía sacudírselo de los labios. Estaba ahí y le roía constantemente. Durante su desvelo se frotaba la boca con involuntario ademán.

—¿Qué te pasa? —preguntó Susana, a quien el intranquilo revolcar de Juan había desvelado.

—Me he resfriado.

—Seguramente en el juego de palitroques. Yo no te entiendo. Te había llamado la atención para que te pusieras la chaqueta... Oh, Dios mío. Con tal de que no te dé pulmonía...

Juan no respondió. Clavó en la obscuridad sus ojos abiertos. No se atrevía a quedarse dormido, por temor a revelarlo todo durante el sueño.

Por la mañana organizó en tal forma su trabajo que no tuviera que encontrarse con Anada. Permaneció cavando en el traspatio, mientras le fue posible. Cavaba sin ningún sentido, pues su trabajo carecía de objeto. Casi no notó que Susana se le había acercado.

—¿Qué estás haciendo?

—Estoy..., estoy cavando una acequia...

Y se dio vuelta hacia el otro lado, para que Susana no le pudiera ver la cara.

—Vas a sofocarte de nuevo y te resfriarás...

Él no respondió. Sólo siguió trabajando sin ánimo. Susana. Fue al otro lado del jardín para recoger habichuelas secas en su canasta. Estaba ya lejos de Juan y no continuó charlando con él. Se había concentrado en su labor, pero él tenía; a pesar de ello, la sensación de que ella le observaba continuamente.

Anada entró al jardín momentos más tarde. Abrió la pequeña puerta de varas de sauce y apareció bajo el sol de la mañana, con un hombro y una mejilla oscurecidos por la sombra de un manzano. Tenía la falda metida debajo del cinturón y apoyaba la artesa contra su cadera.

Era una fantasmagoría de luces y colores. Buscaba a Susana.

Juan la miró involuntariamente y sus miradas se cruzaron. Se estremeció hondamente. Rehuyó velozmente la mirada y continuó trabajando. Hundía la pala en la tierra mientras el corazón le galopaba aceleradamente. Sentía la cercanía de Susana que le observaba sin inmutarse. Sentía su mirada en la espalda y en el cuello. Luego escuchó que se cerraba la puerta del jardín.

Susana regresó a la casa poco después, y él se quedó solo en el jardín. Permaneció inmóvil varios minutos. Miró en derredor como si se sintiera rodeado de seres invisibles que leían en su alma.

Por suerte, el viejo Miguel vino por él:

—Ha venido tu hermano Francisco. Estuvo en la isla de las cornejas al alba. Dice que sería bueno remontar el brazo superior del río...

Se aprestaron a subir en la barca; Los hombres llevaron las redes al bote mientras Susana preparaba provisiones, pues suponía que ya sería de noche cuando volvieran.

Se fueron. Estaban en medio del río cuando Juan miró atrás. Anada estaba en el zaguán de la casa y parecía mirarle. Pero bien era posible que esto sólo se lo imaginara él. Ya estaban demasiado lejos para poder precisado.

El sol quemaba. La superficie del agua reflejaba sus rayos enceguecedores mientras remaban embutidos en sus descoloridas y livianas camisas de hilo, remontando la gran corriente, concentrando en los remos toda su fuerza.

Los arbustos ribereños proyectaban sombras verdigrises en el agua plateada. Los alrededores parecían sin vida. En el agua vaporosa y cálida veían, empero, enjambres agrupados de renacuajos, que nadaban en la misma dirección que ellos.

Cuando poco después llegaron a los parajes vírgenes de la corriente, cuando habían dejado atrás todas las huellas de la mano del hombre, le abandonaron a Juan los pensamientos que le asediaban y sólo le quedó una sensación de deseo agazapado que contribuía a embellecer el mundo que le rodeaba. Se engalanaba el cielo azul grisáceo, llameando en el calor del día de verano. El agua fulgurante de rayos, los árboles ribereños, las selvas y todo. Todo lo que le rodeaba.

Después de remar durante hora y media, llegaron al brazo. Ahí echaron al agua las redes y continuaron lentamente adelante. Sólo a mediodía tomaron un breve descanso y trabajaron hasta el crepúsculo. Ya era noche cerrada cuando volvieron a casa.

Susana dormía ya. Juan se despojó silenciosamente del traje para no despertar a su mujer. Mientras se desvestía despacio, se le antojó que cierta vez, no hada mucho, en otoño, cuando el doncel Gregario había estado ahí, él había colgado sus vestimentas del respaldo de una silla, con igual meticulosidad, para no hacer ruido. Aquella vez se fue a la cama deprimido, como si la existencia de Gregario hubiera hecho sobre él el mismo efecto que una tormenta de invierno. Y en aquella ocasión le esperaba esa cama con el abrazo cálido y dichoso de la vida.

Ahora recordaba todo eso. Susana estaba aquella vez también en la cama, hundido el rostro contra la almohada, estirado el brazo bajo la cabeza. Su suelta cabellera castaña se esparcía en derredor.

Ahora ningún sentimiento le atraía en la cama. Sólo le recorría el cuerpo una sensación rara y atemorizadora, como si fuera a acostarse junto a un cadáver.

A la mañana siguiente llevó el heno al granero. Era el heno que había segado la semana pasada, que había amarilleado bajo el fuerte sol y que estaba abajo, en la orilla, en pequeños almiarés. Llevaba hacia arriba la última trinchada de heno, cuando sintió crujir de repente la escalera, como si alguien le siguiera de cerca. Instantes después, la cabeza de Anada se asomó por el abierto rectángulo de la entrada.

—¿No has visto la hoz? —preguntó con voz tranquila y clara—. Susana me ha mandado a buscarla, pues la necesitamos en el jardín.

Juan no contestó. Tenía la sensación de que Anada mentía. Pero en su corazón esta sospecha se transformaba ahora en cierta alegría.

—No la he visto; búscala; debe estar por ahí... —respondió, con la voz un poco temblorosa. Aunque sólo hubiera necesitado levantarla del suelo y alcanzársela, pues acababa de tenerla en su mano.

Anada subió.

—¡Uf, qué obscuro!... ¿Puedes ver aquí?

En realidad no estaba obscuro, salvo para quien venía de la luz del sol. Había una penumbra suave y parda que los destellos del sol cortaban aquí y acullá al filtrarse por los intersticios del tejado.

Anada comenzó a buscar la hoz, y poco después la halló en el suelo, al pie de Juan.

—Pero si está aquí —dijo con algo de risa y de reproche en la voz, como si hubiera adivinado la intención de Juan.

Se paró junto a él con los brazos caídos y cerró los ojos. Como si esperara algo. Juan la rodeó con sus brazos, buscó su boca y comenzó a besada. ¿Cuánto? El mismo no lo sabía. En aquellos breves momentos sintió la eternidad.

De pronto Anada lo apartó y bajó corriendo del desván. Desde antes sucedía con frecuencia —habían transcurrido varios meses desde la primavera— que ambos se quedaran a solas en la pieza, en el jardín, o allá abajo en la orilla. Un encuentro así siempre había ocurrido sin mayor trascendencia, sin mayor significado para ellos. Pero desde aquella vez, cuando se quedaban solos, esta soledad se poblaba alrededor

de ellos de una dulce y sofocante voluptuosidad, en que murmuraba la incitación hacia lo prohibido. Estos minutos estaban claramente diferenciados de los otros, como si de repente hubieran pasado de la obscuridad a una luz que los cegaba y embriagaba.

Al principio, y aún ahora, los encuentros eran casuales. Pero después ocurrían de acuerdo a horas convenidas.

En el orden sencillo e inalterable de la vida que transcurría en torno a ellos, había instantes sin ubicación, vados. Ellos acaparaban estos momentos que a nada pertenecían. Ya sabían a qué hora del día o bajo qué pretexto podían reunirse en la habitación, o bajar a la orilla, o quedarse por la tarde al fondo del jardín, para estar a solas. El resto de su existencia lo ordenaban en razón de estas citas. Ellos las hilvanaban con los largos hilos del tiempo y la oportunidad. Se escudaban tras cortinas de humo de mentiras preparadas siempre de antemano por el peligro de ser sorprendidos.

Al principio sólo se encontraban tres veces al día. Primero por la mañana, cuando Anada ponía la mesa, pues ésta era su obligación. Durante este rato, Susana siempre permanecía en la cocina. No era más que un corto intervalo, lleno de peligro. Luego, por la tarde, cuando bajaban a la orilla. Esto no podía despertar sospechas en Susana, porque estaba con ellos el viejo Miguel. Era fácil perderse entre los árboles. Además, aunque el viejo hubiera visto algo, difícilmente hubiera abrigado alguna sospecha. Un gesto, una mirada que para cualquier otro habrían sido una prueba irrefutable, para él nada significaban, pues no sólo tenía los ojos cada día más débiles, sino que su cerebro apolillado ya no se percataba de las cosas excitantes que afloraban en la vida.

Y luego por la noche, abajo en el jardín. Éstos ya eran ratos más largos y apasionados. Pero jamás iban más allá de algunos violentos besos y abrazos sofocantes.

El buen resultado de la última pesca los llevó nuevamente al «Ganso Silvestre» el domingo siguiente. Ahora fueron sólo ellos cuatro, pues el carbonero era hombre económico, y sólo se permitía aparecer una vez al año, el domingo de Pentecostés, en el torbellino de la vida mundana.

¡Qué distinto era ahora para Juan el ambiente del patio! ¡Como si hubiera transcurrido una vida entera desde entonces! Aun cuando las caras fueran las mismas. Había sentadas menos personas. Hasta el tope de la cancha de palitroque guardaba silencio, pues el sofocante calor había vencido a los jugadores.

Juan divisó la mesa en la que estuvo sentado aquel desconocido. Meditaba acerca de aquellos sucesos y tenía la sensación de que si ahora se encontrara con alguien que hubiera conocido a Anada, él se alejaría y no le prestaría oídos. No; a él no le preocupaba lo que hubiera acontecido anteriormente. Aquel pasado evocaba tal vez la sombra de una desdicha o de un amor. Quería a Anada como era ahora. Sin preguntar nada sobre el pasado o el futuro. Así, como era ahora, estaba bien, Con una presencia ardiente y deslumbrante.

Se sentaron y empezaron a charlar. Susana estaba alegre. Levantó un gatito del tamaño de una mano, lo puso sobre la mesa y comenzó a jugar con él.

De pronto, una mano cayó sobre el hombro de Juan.

—¡Salud, camarada!

Era el hijo del molinero. Juan se paró de un salto y abrazó a su amigo.

—¿Cómo te va? ¿Qué hay de nuevo? ¿Has terminado tu servicio militar?

—Hace tres semanas que estoy de regreso, pero primero me quedé allá abajo en casa de mi hermana.

—¡Oh, si es Américo! —dijo Susana, reconociéndolo—. ¿Está usted solo? Siéntese con nosotros si no tiene inconveniente...

El joven se sentó. No preguntó quién era Anada, pero también le dio la mano. Supuso que fuera una parienta y no volvió a ocuparse de ella. Anada tampoco se ocupaba de él. Hasta parecía que le hubiera disgustado un poco que alguien se sentara con ellos. Se sentían tan bien entre los cuatro.

—Bueno, pues, cuéntenos las cosas que te han pasado en tu ausencia —le propuso Juan—. Son tres años..., ¿verdad?... ¿Has estado ausente tres años?

En vez de contestar, América se volvió hacia Susana.

Volteó las manos con las palmas hacia afuera en un ademán interrogativo:

—¿Y un hijo? ¿No hay ninguno todavía?

—¡Pero claro! ¡Ya tiene dos años!

—¡Eso ya es algo! Y bien tío Miguel. ¿Qué talle va con las chicas bonitas?

Recién entonces se dirigió a Juan:

—¿Cómo decías? ¡Tres años, camarada!

Pertenecía a esas personas que les agrada conversar simultáneamente con tres. A aquellos que, una vez interrogados, lanzan en seguida una pregunta, pero a una tercera persona. Y que antes de recibir la respuesta, se dirigen nuevamente hacia otro interlocutor. Sólo entonces contestan a la pregunta que se les hizo al principio. Jamás esperan respuesta a las suyas, y no vuelven a ocuparse del asunto que en un comienzo les hizo aparentar gran interés.

Todo ello indicaba en él un ánimo desbordante y un alma abierta y sin rodeos. Pero justamente esta característica hacía que su persona pareciera vacía e insignificante.

Por lo demás, era un muchacho bastante simpático.

Tenía un cutis sano y bronceado, con dientes muy blancos en la boca ancha, una nariz chata y una frente poco alta. Su cabello siempre estaba revuelto y daba a su aspecto cierto descuido. Tenía una cicatriz en la frente, de una cuchillada que le habían asestado cierta vez en una riña. Sus celestes ojos estaban ahora algo turbios y alegres a causa del vino. Reía mucho con la boca bien abierta, y constantemente se golpeaba las rodillas con las manos. De rato en rato se permitía chistes groseros, tanto que Susana le guiñó un ojo, a manera de reproche:

—Ya..., ya..., mire que lo vaya castigar.



A pesar de ello, a Juan le agradaba este muchacho y estaba visiblemente contento de tenerle a su lado. Sólo era menor que Juan en algunos años y tenían infinidad de recuerdos comunes de la infancia.

Susana le interrumpió en medio de una frase: Dígame, América..., ¿qué hay de matrimonio? ¿No ha pensado aún en eso?

—¡Por favor! ¡Casarse! ¿Acaso he comido bella dona?

—¿Qué blasfemias son ésas?

—¿Por qué blasfemias? Mire a Pedro... ¡Tío Alejandro! ¡Tráigame una copa! ¿No quieren ustedes tomar vino?

Este hombre aburría a Anada. Casi no hablaba con él, y prefería mirar a los otros huéspedes, sentados a las demás mesas.

Poco después se pusieron en camino, de vuelta a casa. América se separó de ellos, y cuando llegaron a la puerta, ya estaba él vociferando ante otras mesas las mismas frases que momentos antes había empleado con ellos.

Susana caminaba con Anada adelante. Hablaba poco.

Las comisuras de sus labios insinuaban una sonrisa, y continuamente miraba hacia el suelo. Esto era en ella síntoma de honda meditación. Cuando Anada le dirigía la palabra, respondía toda turbada.

Había surgido en ella un plan: casar a Anada con Américo.

Aparte del molino grande, había ahí otro molino de sal, que pertenecía ahora a Américo. Anada ingresaría así a la casa de gentes honradas y sería posiblemente feliz... pensaba ella.

Pero este plan era aún tan vago e impreciso, que por ahora no le diría nada a Juan.

«Yo creo que también a Juan le alegraría mucho» seguía hilvanando sus ideas.

El viejo Miguel relataba a Juan largas historias de la época de su servicio militar. Hablaba en tono uniforme y de tiempo en tiempo cortaba sus relatos con una risotada ronca. Ya que el hijo del molinero había hablado del ejército, también él había soltado la cuerda.

Juan no escuchaba una sola palabra de lo que le contaba el viejo. Sólo miraba a Anada, que caminaba adelante con livianos pasos y que de rato en rato se daba vuelta. Así cambiaban elocuentes miradas.

Llegaron a la casa y se pusieron a comer. De sobremesa hizo preparativos sin decir nada. Cambió de traje y se puso aquél con que siempre iba a pescar. Buscó sus anzuelos.

¿A dónde vas? —preguntó Susana, sorprendida.

—Al remolino que queda más allá de la isla. No hay luna y con un tiempo así van allá las truchas grandes... Estaré de regreso a medianoche.

Se volvió hacia el viejo Miguel:

—Padre, ¿no quiere venir conmigo?

El viejo estaba en el umbral, fumando su pipa. Meneó la cabeza.

Juan sabía, de antemano, que Miguel no iría con él.

En el patio se quedó a solas con Anada un instante. Le devoraba un deseo tan violento que la cabeza le ardía. Tomó su mano:

—Dentro de media hora estaré de vuelta. Deja abierta la puerta de tu pieza... Quiero hablar contigo...

Anada retiró violentamente su mano.

—¿Estás loco? ¡No..., no..., no!

—¡Sí. Sí!

—¡No!... Vendrás en vano... ¡No!

Se fue corriendo. En la puerta de su pieza se detuvo. La luz de la lámpara la iluminaba. Juan vio cómo aun meneaba la cabeza negativamente, muda y seria. Y oyó cómo dio dos vueltas a la llave en la cerradura.

Estuvo parado, inmóvil, un largo rato. Tenía los dientes apretados. Permaneció en el patio oscuro, alumbrado tan sólo por la tenue luz de la luna. De la habitación resonaba el canturreo de Susana. Adormecía al niño.

Juan se dio vuelta, bajó a la orilla y saltó al bote. Comenzó a remar contra la corriente, violentamente, con todas sus fuerzas tensas, para librarse de la pesada carga de su pasión.

Remó hasta el agotamiento. Casi no se dio cuenta de que ya había llegado hasta más allá de la isla. Soltó los remos y miró el piso del bote con el pecho jadeante. Ahí estaba el anzuelo, pero él no lo vio. Estaba más allá del remolino. Este había girado el bote lentamente, como si no quisiera soltado de entre sus invisibles brazos. La luna rielaba la muda superficie del agua. En el sofocante calor de la noche de verano, venía de vez en cuando una brisa fresca desde los bosques azul oscuro.

Permaneció sentado, inmóvil en el bote, que se movía con lentitud, sin que se le ocurriera siquiera levantar el anzuelo y lanzarlo al agua movediza, pese a que en su sombría profundidad pululaban las grandes truchas.

Quizá si había pasado una buena hora cuando tomó nuevamente los remos y bogó de regreso.

Caminó de puntillas a través del patio. La luna ya se había ocultado y estaba oscuro. Fue directamente hacia la puerta de Anada. Con ambas manos, muy cuidadosamente apretó la manilla para que no chirriara. Estaba convencido de que Anada había dejado abierta la puerta.

La manilla no cedió.

—Anada... —musitó, apretando la mejilla contra la rendija de la puerta—.  
¡Anada...! ¡Anada!

No obtuvo respuesta. Soltó la manilla y se alejó. Tomó asiento en el umbral del zaguán y dejó caer la frente entre las manos.

—Dios mío..., ¿qué has hecho de mí? —murmuró.

## IX

El verano florecía como un cáliz denso y aromático. Y la vida en la ribera se tornó animada, como si zumbaran abejas alrededor del umbrío panal del verano. Llegaban carretas de las eras distantes y las rodillas de los caballos sangraban de tanto trillar. En el molino se trabajaba hasta por la noche, y la luz amarilla de la lámpara probaba que se quería aprovechar cada instante de la vida. Sobre el río flotaban barcos cargados de trigo y entre sus costillares llevaban el latido de la vida hacia ciudades lejanas. Reaparecían gentes ausentes durante muchos años, y surgían rostros extraños. Barcos que llegaban de regiones lejanas poblaban los ámbitos con toda clase de idiomas, con recientes noticias y mercancías de la última moda.

Una obscura madrugada aparecieron también los jornaleros en casa de Juan, a quienes Susana había visto el día anterior cerca del mercado de trigo. Se reunieron en el patio. De sus espaldas colgaban las guadañas, dibujando arcos fulgurantes en la obscuridad de la mañana.

Las dos mujeres estaban en pie desde temprano hasta muy tarde y tenían bastante que trabajar en las labores del campo. Mientras tanto, los hombres navegaban sobre el río, visitando las cabañas de pescadores. A veces se ausentaban por dos o tres días.

Aquella habitual distribución de sus vidas, que brindaba a Juan y Anada la oportunidad de encontrarse en la casa o cerca de ella, había variado tanto en el verano, que pasaban hasta días enteros sin que pudieran verse.

Una tarde, cuando Susana se había dirigido al campo a donde los jornaleros, y el viejo Miguel se había ido al molino desde la mañana, Juan fue al jardín del fondo, pues había divisado allí a Anada hacía un cuarto de hora. La buscó, pero no la pudo hallar en el jardín.

La buscó en la habitación, pero tampoco la encontró. Comenzó entonces a llamarla por su nombre. Anada no contestaba. Pasó una media hora y no la encontraba por ningún lado.

La turbia sensación de los celos comenzó a devorarlo.

Anada podía haber esperado tanto como él ese momento. Se habían quedado solos en la casa y esto ocurría sólo muy rara vez en las últimas semanas. Ella también debía haber esperado ese instante para volar a sus brazos. ¿Dónde estaba entonces?

Por lo visto, tenía algo importante que hacer. Tal vez cumplir un encargo de Susana. Pero podía haberse desocupado un rato para estar con él. ¿Dónde estaría?

Bajó a la orilla. Estaba malhumorado y sin esperanzas de hallarla. Por lo menos, de hallarla antes de que llegaran Susana y el suegro.

Pero apenas había llegado hasta el sendero, con gran sorpresa divisó a Anada con un hombre en quien reconoció inmediatamente a Américo, el hijo del molinero.

Se le cayó el alma a los pies. Un rayo de sospecha atravesó su mente. Sus ideas se entumecieron por un instante. En seguida él mismo buscó explicaciones y disculpas a favor de Anada. ¡No se habían ocultado! Si estaban paseando ahí, cerca de la casa,

por el sendero donde cualquiera podía verlos... Ah, ahí venía justamente el padre del barquero.

Américo hasta lo saludó, y al cruzarse, cambiaron unas cuantas palabras. No; aquí no cabía un mal entendido. Si hubieran tenido un secreto común, habrían buscado otro lugar para sus citas. Posiblemente Anada había ido a la orilla y se había encontrado por casualidad con Américo. Era lo más natural que caminaran algunos pasos juntos, charlando.

Cuando hubo razonado así y le volvió la tranquilidad, fue presa nuevamente de violenta sospecha. La verdad estaba ante sus ojos. Uno podía justificarla, pero no negada: un hombre caminaba con Anada, ella charlaba con él, cambiaban palabras y pensamientos, tenían algo que decirse. Aun cuando esto fuera insignificante, la palabra tenía una fuerza extraordinaria, se incrustaba en la carne de la otra persona quedaba prendida ahí, en alguna parte, y afloraba involuntariamente días después... Una conversación entre hombre y mujer podía contener siempre algo que los acercara inconscientemente.

¿Por qué conversaban? ¿Qué tenían que decirse mutuamente? ¿Se habrían encontrado ya otras veces? ¿Y él lo ignoraba?

¿Qué debía hacer ahora? ¿Apresurarse y darles alcance?

Esto no habría sido prudente, pues su excitación lo habría delatado y hasta podía quedar en ridículo. Después de todo, ¿por qué debía siempre pensar en el lado malo?

Y volvía a encontrar cien diferentes argumentos para tratar de serenarse, pero tornaba a caer en la más profunda... desesperación.

Se dio vuelta y regresó a la casa. Tomó un libro y se sentó en el umbral. Pero no pudo leer.

Poco después llegó Anada.

—¿Dónde estuviste? —preguntó Juan.

—Abajo, en la ribera.

—¿Sola?...

Y sin esperar su respuesta, para evitar que Anada mintiera y perderlo todo —¡no Anada, sino él!—, agregó:

—Te vi. Paseabas con Américo...

—Sí. Él iba hacia el molino grande. Dice que tiene mucho trabajo porque su padre está enfermo desde hace dos días...

Todo esto lo dijo serenamente y alegre en apariencia.

Pero Juan trataba de encontrar detrás de cada palabra un secreto, algo sombrío, como las frías lagartijas que huyen asustadas de las piedras caldeadas por el sol.

Anada notó algo:

—¿Por qué me miras así?

Juan no respondió. Miraba, como si sus ojos tuvieran zarpas que se agarraran a los de Anada. Estas zarpas envolvían la mirada de Anada, la aferraban y la apretaban. Juan no decía nada, sólo la miraba fijamente. Este silencio sólo consiguió

intranquilizar más a Anada.

—¿Qué quieres? ¿Por qué me miras así?

—¿Qué has tenido que hablar con ese muchacho?

—¿Yo? ¿Hablar con el muchacho? ¿Qué es lo que piensas? Ahora ya comprendía la salvaje mirada de Juan.

Lanzó una risa diáfana:

—¡Qué... qué tenía que hablar con él!

Algo extraño había en su risa. Por lo menos a Juan así le pareció. Anada trató de levantarse para irse, como si estuviera resentida, pero Juan tomó su mano.

—¿Se han encontrado alguna otra vez?

—¡Suéltame la mano!

Juan se la apretó más.

—¡Suéltame la mano! —gritó Anada con voz implorante.

Juan la soltó y se dejó caer sobre la silla. Miraba el suelo con ojos tan trastornados que Anada, inflamada de rabia y con las mejillas llameantes, sintió de pronto compasión. Se le acercó y comenzó a acariciar su cabeza:

—Tonto...

Se sentó junto a él y miró largamente su rostro sin decir nada. Con la enconada sonrisa con que las mujeres observan la cara del hombre que sufre por ellas. Esto les brinda una dicha inefable, quizá justamente cuando no son crueles.

—Es algo tan tremendo para mí... —murmuró Juan. Anada abrazó su cuello, tomó su cabeza y comenzó a mecerla jugando como un niño. De pronto la soltó, pues allá abajo, en el sendero de la orilla, había aparecido el viejo Miguel. Regresaba del molino.

Anada se apartó de Juan. Se fue corriendo. Pero de detrás de una columna lo llamó. Le dijo unas cuantas palabras que envolvieron a Juan con un lazo dulce y sofocante:

—Ven a mi cuarto esta noche... Y luego desapareció.

Juan preparó rápidamente su plan. Esa noche tenía que ir con su suegro a inspeccionar las cabañas de pescadores de más arriba y esta labor demoraba hasta el amanecer. Tal vez hasta sería mediodía cuando regresaran. Dejaría al viejo en una de las cabañas y volvería solo.

Casi no podía contenerse esperando que se pusieran en camino y pasaran estas horas. Su excitación le secaba la garganta. Tuvo que reunir todas sus fuerzas para decir unas cuantas palabras triviales durante la comida y no delatarse. No se atrevía a mirar a Anada, como si temiera que sus ojos lo pudieran cegar. No por sus fulgores, sino por su conciencia intranquila. Pero Anada estaba tan extraordinariamente serena, que Juan llegaba a dudar a ratos de si habría entendido bien sus palabras o si ellas eran producto de su propia imaginación.

Aunque él trató de disimular su excitación, Susana notó cierto cambio en él.

—¿Por qué estás tan de mal humor?

—Apenas tengo deseos de ir a las cabañas...

—¡Entonces quédate en casa!

—Yo puedo hacerlo solo —ofreció el viejo.

—Me es igual... —replicó Juan.

Anada arreglaba el aparador y estaba de espaldas a ellos durante la charla. Juan no la miraba, pero sentía como si ella volviera la cabeza buscando furtivamente su mirada.

—¿Cuándo regresan? —preguntó Susana.

—Creo que será al mediodía... —dijo el viejo Miguel.

Juan no decía nada. Miraba el borde de su plato como queriendo trasladar a Anada sus propios pensamientos, pues bien sabía que antes de partir apenas si tendría ocasión de cambiar con ella una palabra en secreto.

Anada carraspeó levemente, como si hubiera captado la tensión mental de Juan. Esta tosecita breve, nerviosa y, sin embargo, llena de inteligencia parecía querer decir que sus pensamientos habían golpeado la fibra de su sensible sistema nervioso.

Los hombres subieron al bote. La noche estaba oscura. La luna no se mostraba por ningún lado. Sólo la superficie del agua se diferenciaba vagamente de las negras riberas, como si la corriente albergara toda la mortecina luz que flotaba en algunas partes. Pero esta leve penumbra del agua solamente se podía intuir.

Habían ya remado su buena media hora cuando la luz roja de las antorchas iluminó la orilla, allá lejos. Pronto llegaron a la primera cabaña de pescadores. Ya el trabajo había comenzado activamente. A la luz de las antorchas el agua parecía negra, y cuando la hacían chapotear brillaba roja como sangre. Cuando los jóvenes pescadores extraían las redes del agua, los blancos vientres de los peces que saltaban en ellas parecían sumergidos en una solución diluida de carmín. El sofocante humo de las antorchas bajaba continuamente hasta el suelo y se mezclaba con el olor a verano de los pútridos pantanos. Los hombres caminaban bajo la luz de las antorchas, como si fueran sombras sin cuerpo sobre el agua de deslumbrante color rojinegro.

—Quédese usted no más, padre —dijo Juan al viejo—. Yo iré sólo a las cabañas de más arriba.

Saltó a su bote, dejó atrás el resplandor de las antorchas y remó directamente hacia la casa.

Cuando llegó estaba enteramente oscuro. Hasta habría podido equivocarse de ruta si las lámparas del molino no le hubieran indicado el camino. Una tibia garúa caía en finas gotas. El patio estaba también tan oscuro que tuvo que avanzar tanteando las columnas para dar con la puerta de Anada. También ahora agarró con ambas manos la manilla y la presionó con el aliento contenido para no hacer ruido.

La manilla cedió.

Entró en la habitación y alargó ambos brazos en la penumbra. Con pasos cortos y meticulosos avanzó hasta la cama de Anada. Un brazo estirado rozó su espalda. Estaba sentada, pues se había incorporado al escuchar el vacilante chirrido de la

perilla. Juan sentía ahora contra su corazón la tensa presión de la respiración contenida y sintió en la oscuridad la espantosa profundidad de sus ojos enormemente abiertos. Anada alargó su brazo, rechazante y protector. Pero luchó sin fuerzas, como una conciencia vacilante. Su brazo estaba ardiente como el fuego.

Juan se abalanzó sobre la cama y, dejó caer su cabeza sobre la colcha. Fluía olor a mujer. En la calma que siguió al forcejeo, su mano contraída apretaba la de Anada, que se agitaba con los dedos desvanecidos. Parecía como que a través de ellos comulgaran sus almas.

En ese instante se oyeron pasos en el zaguán. Alguien se acercaba hacia la puerta con una vela en la mano. Podía verse cómo la luz oscilaba entre las blancas columnas que resaltaban claramente en la oscuridad.

Era Susana.

No entró a la pieza, pese a que la puerta estaba abierta. Se asomó por la ventana y gritó asustada:

—Anada, ¿estás despierta?

Anada no contestó. Juan se sintió perdido. Susana golpeó en la ventana:

—Anada.

—¿Qué quieres? —preguntó con voz somnolienta.

—¿Has estado hace un momento en el patio? Me pareció haber escuchado pasos.

Fui yo

—¡Dios mío! ¡Estaba tan asustada!

Se dio vuelta y regresó. La luz de la vela se perdió también entre las columnas y pronto todo volvió a estar tranquilo.

Se quedaron ahí en la penumbra, latiéndoles violentamente los corazones. Aun estaban unidos sus dedos, pero ahora los entrelazaba el terror.

De pronto, Anada retiró su mano:

—¡Vete, vete!

Su tono era tan imperioso y rechazante, que Juan se levantó y se fue.

Se detuvo un momento en el oscuro zaguán.

Y pudo oír cómo al otro lado de la puerta Anada hacía girar dos veces la llave de la cerradura.

## X

Desde mucho antes del alba ya estaba de nuevo en el bote, describió una gran curva en torno a la antorcha de la primera cabaña y se dirigió hacia las de más arriba; allá preguntó a los hombres que estaban trabajando:

—¿No ha estado mi suegro por aquí?

—¡Aun no! —dijeron los hombres.

Esto lo tranquilizó.

Ya la lluvia había cesado, y la superficie del agua se vestía de ópalo en la madrugada. Los árboles de la orilla opuesta iban apareciendo lentamente entre la penumbra. De vez en cuando un pájaro que despertaba saludaba en el follaje a la madrugada con un largo somnoliento silbido.

Juan se tendió sobre la tierra, y se envolvió en su abrigo. Pese a que después de esta noche de insomnio, en la que durante varias horas había estado remando, sentía su cuerpo rendido, la conciencia le remordía por dentro. Por más que trató de quedarse dormido, no lo consiguió.

Dentro de él sucedían horribles recuerdos que lo encadenaban a los minutos de la noche pasada. Estos pensamientos eran tan diversos como el fuego y el hielo. Le descargaban un torrente de calor o lo dejaban congelado.

Una inexpresable fruición le deslumbraba cuando evocaba el instante en que la manilla cedió, en que penetró a la habitación de Anada, y su mano estirada tanteó en la penumbra el hombro de ella. El aroma y la tibieza que entonces notó en su derredor le taladraban ahora con tal fuerza, que un gemido se le escapó de la garganta. Cuando recordó cómo había aparecido Susana en el zaguán, le sorprendió un terror que le helaba. Detrás de sus párpados cerrados oscilaba la luz de una vela, como la muerte misma o como una extraña y tremenda negación.

Su alma vacilaba entre ambos torbellinos. Su cansado cuerpo cayó en un profundo sopor, porque el estar despierto era hiriente y doloroso.

Cuando regresaron a casa, casi no podía aguardar a quedarse a solas con Anada. Ella estaba visiblemente de mal humor, pero no dijo una palabra sobre la aventura de la noche. Cuando Juan la quiso besar, ella se desasíó.

Y durante algunos días evitó todo encuentro con él. Juan tenía la sensación de que se hubiera apagado a su alrededor toda la luz de la existencia. Pensaba con odio en Susana. Pero no se atrevía a confesarse ni a sí mismo este odio. Susana sólo era un instrumento en manos del destino, tras el cual él intuía una fuerza mayor.

Rodeó a Anada con todos sus tiernos pensamientos, su desánimo permanente mostraba que el suceso de la noche aquélla le había deparado horas de zozobra.

¿Qué podía regalarle a Anada? Esto le rondaba continuamente en la cabeza. Cientos de veces se representaba un regalo costoso y se decía a sí mismo las palabras con las que se lo entregaría; veía en su imaginación el ademán de su propia mano, la reluciente alegría en los rasgos de Anada. Y todo esto le llenaba de deliciosas



imágenes.

Una mañana se fue a la ciudad. Llevaba en la pequeña bolsa de cuero todas sus monedas de oro. Vagó horas enteras delante de los escaparates de las tiendas y su fantasía se paseaba por entre los más variados objetos sin que se pudiera decidir por ninguno.

Por último abrió la puerta de una joyería.

—Este collar con la piedra. Con la piedra azul...

El joyero pedía sesenta monedas de oro.

Juan estaba espantado. Poseía en total cincuenta y tres. Pero en cuanto tomó en su mano la fina cadenita que se enrollaba fría alrededor de sus dedos, y en cuanto pesó en la palma de la mano la piedra azul que le sonreía con brillo paradisíaco, se apoderó de él la divina alegría de poder regalar.

Tenía que darle alas, como fuera, a aquella tremenda fuerza que ponía a su alma en tensión.

—Es muy caro —dijo Juan con voz insegura.

—Lo siento mucho, pero no puedo hacerle rebaja alguna.

Regateó durante media hora. Entretanto le parecía de rato en rato que todo aquello fuera sólo un disparate, y varias veces avanzó hacia la puerta, pero el mercader le volvía a llamar. Anonadaba a Juan con vertiginoso palabreo, le contó toda su historia y hasta le preguntó por todas sus cosas. Al final de cada discurso volvía a aparecer la alhaja, a la que rodeaba de toda clase de elogios.

Por último se pusieron de acuerdo en cuarenta y cinco monedas de oro.

Juan regresó a casa por el camino más corto. Se apresuraba; pero también se quedaba parado de vez en cuando, extraía la cadena y observaba atentamente la piedra, conteniendo el aliento.

Halló a Anada en su habitación.

—Te he traído esto —le dijo, y puso la cadena sobre la mesa.

Sonrió. Pero esta sonrisa era por completo distinta de la que había imaginado antes. Había pensado intencionalmente en esta sonrisa fulgurante de amor. Pero ahora sólo sonreía un tanto desganadamente; su boca se estremecía y había algo parecido al llanto en su cara.

Anada tornó entre sus manos el pequeño estuche, lo observó atentamente y lo abrió. Sacó la alhaja, pero su rostro no se alteró en lo más mínimo. Echó a Juan una larga mirada:

—¿A mí?

Juan solamente se inclinó. Anada volvió a colocar la cadena en el estuche. Se lo alcanzó a Juan:

—Llévatelo. No me produce ningún placer.

—Puedes ponértela...

Y agregó entonces:

—Puedes decirle a Susana que la obtuviste de aquel desconocido...

Pero en seguida se arrepintió de haber pronunciado estas palabras, pues la muda mirada de Anada se llenó de repulsión. Ella dijo despacio, casi tristemente, pero de todos modos decidida:

—No; yo no necesito eso.

En ese momento los rasgos de Juan evidenciaron tanta zozobra, que a Anada le dio lástima...

Se inclinó hacia él, rodeó su cuello con ambos brazos y le miró de muy cerca a los ojos, largamente, a tal punto que Juan podía ver con claridad los diminutos y brillantes puntitos dorados en su iris.

Dolor, perdón y consuelo llenaban su extraña sonrisa. Besó a Juan en la boca, largamente. Lo besaba por primera vez desde los acontecimientos de aquella noche.

Luego fue hacia la puerta. Juan se levantó y tomó su mano. Le dijo susurrante:

—Esta noche voy a tu pieza...

Anada lo quedó mirando y sacudió la cabeza sin decir nada. Después se marchó.

Juan quedó solo en la habitación. Observaba el pequeño estuche negro que guardaba la cadena que había deslumbrado su fantasía con su brillo. Parecía haber perdido el habla.

Al día siguiente entró otra vez a la tienda del joyero:

—Lo he pensado mejor, y vengo a devolverle la cadena...

El joyero le miró hostilmente.

—Imposible. Completamente imposible.

Apretó de nuevo el vidrio de aumento como un tarugo en el ojo y prosiguió su trabajo. Juan estaba desconcertado ante el mostrador. El silencio fue largo. El joyero hacía como si nadie estuviera en la tienda.

—¿Por qué no la quiere aceptar? —preguntó Juan. La indignación reprimida le hacía temblar la voz.

Pareció como si el joyero se hubiera asustado de esa voz. Se irguió, tocó el brazo de Juan y dijo muy suavemente:

No puedo hacerlo. Créame, no lo puedo. Mi oficio consiste en venderla. De ello vivo. Y doy de comer a mis hijos. Figúrese usted que con gran esfuerzo y trabajo pesque un pez tan grande como sólo le ocurre una o dos veces al año. Y de repente alguien quisiera pretender de usted que lo tirara de nuevo al agua. No; usted no puede exigirme eso.

Volvió a sentarse en su sitio y colocó nuevamente el vidrio de aumento en el ojo.

Juan se mordía los labios de rabia.

—¿Cuánto me daría usted por ella?

—Veinte —dijo el joyero sin levantar la vista.

Juan cruzó de pronto los brazos sobre el pecho en un signo de desconcierto. Pero había algo de amenazante en el gesto.

—Veinticinco —dijo el joyero.

Finalmente Juan tiró la alhaja sobre la mesa a cambio de treinta monedas.

Deambuló por la calle. La conciencia de haber perdido quince monedas, de haberlas perdido por nada, le llenaba de punzante dolor. Cada una de las quince monedas le abría una herida. Ahora sentía, como siempre, que cada moneda de oro tenía su propia alma, su propia historia; su propio origen y hasta su propio nombre.

Enorme cantidad de trabajos, planes, pensamientos, recuerdos, esperanzas estaban adheridos a cada una de ellas.

Cuando el día anterior compró la alhaja, nada había sentido. Pero ahora golpeaban en su alma las monedas de oro.

Se fue a una posada, en la cual antes había estado de aprendiz.

Empezó a beber. Los más variados y ardorosos pensamientos llovían en su mente. Y de entre esta encendida neblina surgía constantemente la imagen de Anada. Veía los ademanes de sus manos, los arcos de las cejas y las luces que brillaban hondamente en su mirada. Y nuevamente se sentía allí, en aquella noche, alargando el brazo en la penumbra.

Alejó de su mente la obsesión de las monedas de oro.

Bebía cada vez más. Luego comenzó a cantar en voz alta. Más tarde fue de mesa en mesa y se arrojaba al cuello de personas extrañas. Reía y lloraba. Pronto se acercaron otros a su mesa y se vio rodeado de músicos.

Esta música estridente y violenta envolvía y penetraba tanto en su ánimo, que a ratos tenía la sensación de que el alma se le iría a desprender del cuerpo.

Comenzó a quebrar todo, lo que era festejado por los demás con fuertes gritos. Miró en torno, pero ya no vio ningún rostro. Sólo aquí y allá un bigote gris que pendía de algo, una tosca nariz enrojecida, o largos y amarillos dientes en una boca distendida en el clamoreo. Sólo esto quedó adherido a su recuerdo. El mismo no sabía cuánto había, durado esta violenta situación.

Despertó en la mesa de la posada. Se había quedado dormido sobre uno de sus brazos. Ya no había nadie alrededor suyo. El posadero le remeció por los hombros y le despertó, porque quería que ya se fuera a su casa, pues iba a cerrar.

Mientras se iba colérico se detuvo de pronto, y tuvo la sensación de haber regado los ducados entre los músicos y los hombres que le rodearon. Pero no sabía si esto había ocurrido de verdad o si sólo era un sueño.

Buscó en sus bolsillos.

La pequeña bolsa de cuero estaba vacía.

Sólo halló una moneda de oro en un bolsillo.

Comenzó a silbar, arrugando la boca hacia un costado y pasando de una melodía a otra. Este silbido de beodo servía para alejar su pensamiento de la realidad.

Susana le esperaba despierta y vestida. La merienda todavía estaba sobre la mesa. A pesar de que ya blanqueaba la aurora.

—¿Dónde has estado? —preguntó, abatida y sollozante, pues había notado inmediatamente que Juan estaba borracho.

Juan no contestó. Se sentó al borde de la cama y se desnudó. Susana se le acercó

y le puso suavemente la mano sobre la raya del cabello.

—¡Fuera de aquí! —bramó Juan.

Se levantó, se abalanzó sobre ella y comenzó a golpearla. Luego cayó, semivestido, sobre la cama.

Se durmió. Pero oía sin cesar, a través de su sueño, el ahogado llanto de Susana cerca de él.

A la mañana, cuando se despertó ya despejado, no había nadie en la habitación. Le corrían escalofríos por todo el cuerpo. Miró hacia afuera y vio que Susana trabajaba tranquilamente en el jardín.

Ahora sentía tanta compasión hacia ella, que se arrojó a sus brazos y permaneció así largo rato.

Luego se puso su chaqueta y fue apurado a la ciudad.

Entró a una tienda y gastó su último ducado en una tela amarilla para un vestido; sabía que éste era el vivo deseo de Susana.

De vuelta en su casa buscó a Susana. Ella le evitaba.

Pero él la tomó de los hombros, la volvió hacia sí y la besó en los ojos.

Después le entregó la tela.

Susana abrió el paquete, observó y lanzó un grito de alegría. Lo comprendió todo.

Apretó su mejilla contra el pecho de Juan y rompió a llorar con sollozos casi infantiles.

## XI

Las naves que llegaban de lejanas regiones no sólo traían gente y novedades, sino que por doquier se deslizaba, como una rata de un oscuro entretecho, una devastadora epidemia que luego se establecía en las poblaciones ribereñas. Tres años atrás un barco había traído así la difteria, que de preferencia escogía sus víctimas entre los niños. Y ahora llegaban de aquí y de allá temibles rumores de que la peste, de la que hacían sus buenos quince años que no se oía hablar en la comarca, estaba de nuevo ahí. Imposible precisar cuál era el barco que la había traído. En el patio del «Ganso Silvestre» se aglomeraba la gente con caras de espanto. Un ayudante del molinero afirmaba haber visto algo extraordinario en las cercanías del mercado de trigo. Del barco «Ramna», que había zarpado desde entonces, saltó al agua un gato blanco de gran tamaño, nadó hacia la orilla y desapareció entre los matorrales con un extraño maullido.

Había gente que inclinaba elocuentemente la cabeza durante el relato del ayudante del molinero, pues en la comarca reinaba la superstición de que el espíritu de la peste habitaba en gatos completamente blancos.

Una criada del horno de carbón, sollozando entre sus quebrajosos dientes, trajo a la hija del carbonero la noticia de que su padre había muerto por la mañana.

La muerte acechaba, pues, en la vecindad. Sólo esperaban a quién y cuándo arrebataría. Todos los umbrales fueron blanqueados con cal, pues una antigua tradición decía que entonces la enfermedad no entraba tan fácilmente a la casa. Los blancos umbrales se reían sarcásticamente y evocaban en la mente de las gentes una gran calavera invisible.

Pasó toda una semana sin que nadie tuviera fiebre. La palma de la mano de Susana, temerosa y pensativa, se posaba cuantas veces era posible en la frente del niño, y de ahí a la de Juan.

Una tarde, Susana llamó aparte a Juan. Sonriendo, pero con voz débil, le dijo:

—Oye, creo que tengo fiebre...

Juan estaba espantado.

—¡Tienes que irte a la cama inmediatamente!

Llamaron a Anada. Ésta palpó la frente de Susana:

—No temas, no te va a pasar nada..., yo también la he tenido una vez.

Condujo de la mano a Susana hacia la habitación, preparó la cama y la acostó. Entretanto Juan corrió a la ciudad en busca del señor Samson. Le costó hallarle, pues la ciudad también estaba atestada de enfermos y el señor Samson iba de un lado a otro desde la mañana a la noche. Ya atardecía cuando llegaron y se acercaron a la cama de Susana, a la que la fiebre había debilitado visiblemente. El médico la examinó y cuando minutos más tarde extrajo de su negro bolsón algunas medicinas que siempre llevaba consigo, le dijo a Juan:

—Sí; es la peste:... Hay que aislarla de los demás. ¿Quién la va a atender?

—Yo —dijo Juan.

—No; yo quiero cuidarla —dijo Anada, haciendo a Juan a un lado.

El señor Samson le echó una mirada.

—Está bien. Es mejor que la cuide usted, pues las mujeres entienden más de estos asuntos.

Pareció no haber reconocido a Anada. Cuando meses atrás había estado acá, ni siquiera la había visto, sino solamente un cuerpo de mujer sacado del agua, cuyo rostro cubría la máscara de la muerte. Pero tampoco se hubiera ocupado de ella si la hubiera reconocido. El señor Samson sólo conocía dos clases de personas: enfermos y sanos. Todo lo que se ubicaba entre estas fronteras, las terribles y sangrantes huellas de la lucha entre la vida y la muerte, el estremecimiento de pensamientos doloridos no le afectaba... Si llegaba a sus manos un desmayado, jamás pensaba qué golpe del dolor o del espanto había derribado a esa persona. Sólo pensaba en el vinagre con que le devolvería el conocimiento.

Ahora también cerró su bolsón, deseó buenas noches sin mirar a nadie y desapareció. Nada le preocupaba cuánto significaba la mortal enfermedad de Susana en las almas de Adana y Juan, ni qué pensamientos brotaban en ellos.

Llevaron al niño a la otra habitación y Anada veló toda la noche junto a la cama de Susana. A la mañana se cruzó un instante con Juan, que la miraba agradecido:

—Te estás jugando la vida... —le dijo despacio.

Anada encogió los hombros y apareció en sus labios la extraña sonrisa que hacía de ella un ser extraordinariamente misterioso, casi extraterreno.

Yo no le tengo miedo a la muerte... Tú recordarás que ya una vez hablé de ello. Si la muerte me saliera al encuentro, no la rehuiría... A veces hasta la añoro... La muerte es, a mis ojos, algo que embellece, purifica y tranquiliza todo... Créeme que a veces envidio a los muertos...

No dijo esto como el reproche de un alma destrozada y defraudada, sino con los ojos imperceptiblemente encendidos, como si expresara un pensamiento brotado en los últimos repliegues de su espíritu.

El señor Samson había prohibido terminantemente que otro que no fuera Anada pisara la habitación de la enferma. Había explicado que esta orden iba en beneficio de toda la población, y no había por qué hacer que la peste se difundiera más, en un estéril sacrificio.

Juan se asomó por la ventana abierta y le gritó a Susana:

—¿Cómo te sientes? ¿Estás mejor?

—¡Sí; mucho mejor! —contestó ella con voz decaída.

Pero bien sabía Juan que esto nada significaba, pues la fiebre disminuía siempre por la mañana, para apoderarse de la enferma con mayor ímpetu en la tarde.

Anada cuidaba a Susana con la mayor atención. Observaba su respiración, y sólo salía de la pieza cuando Susana se dormía. Entonces encontraba a cada rato a Juan, pero estos encuentros no eran ya aquellas apasionadas manifestaciones que

embelesaban su corazón; tampoco eran aquellos desgarradores besos ni los asfixiantes abrazos de antes; cuando Susana estaba sana. Parecía que ambos comprendían que no debían actuar a espaldas de Susana, que luchaba ahora con la muerte.

Por aquellos tiempos, Juan pasaba noches de insomnio. Yacía en la penumbra, con los ojos abiertos, pensando en Susana. Su corazón se embargaba de amor y dolor. Volvieron a brotar todas las evocaciones del tiempo en que vio a Susana por vez primera.

En la superficie de la corriente brillaba el crepúsculo de otoño y aparecía un barco de carga en el recodo, trayendo tejas de ladrillo para la ciudad. Él estaba parado en la orilla y escuchó de pronto un grito de espanto. Sobre la cubierta iban y venían unas personas, y vio entonces que desataban un bote y abandonaban el gran barco oscuro, remando hacia la orilla. El viejo navío comenzó a hundirse. Luego no quedó nada de él, salvo la roja punta de la pila de ladrillos. Luego se sumergió ésta también. Susana estaba parada en la orilla, mirando con el rostro mortalmente pálido hacia el barco mientras se estrujaba las manos. También el padre estaba junto a ella. Podía recordar claramente la expresión de Susana. Veía también el rojo paño de algodón, doblado sobre su pecho, y que, mojado por la lluvia, irradiaba el extraño olor del algodón teñido. Luego, cuando dos semanas después encontró a Susana junto a la orilla: surgió de entre los árboles cerca del horno de carbón, había metido la falda roja bajo el cinturón, y llevaba una gran canasta con ropa para secar. Entre los albas dientes tenía una margarita. Ahora evocaba cada palabra de aquella conversación, y nuevamente sentía el ardiente contacto y el suave peso de estas palabras en su corazón.

—Adivine dónde me ha visto.

—Qué saco si lo adivino.

—Yo estaba parado en la orilla cuando su barco se hundió.

—Aquella vez ya estaba oscuro.

—¡Si no! Lo que pasa es que usted estaba asustada.

—¡Nunca me asusto!

—¿Cómo se llama?

—Adivine.

Estas palabras resonaban ahora desde una infinita lejanía, como si fueran las voces enigmáticas de una vida anterior.

Luego, cuando recibieron la bendición nupcial. Sobre el gastado suelo de la iglesia, cubierto de baldosas de color, chirriaban los zapatos nuevos de Susana con un extraño sonido, mientras avanzaba con Juan hacia el altar, cohibida y absorta en el significado de aquel momento. Y cuando tuvo el niño. Fue una terrible noche de invierno cuando llegó la partera. Él salió al patio, se recostó contra el poste del portón, puso la cara hacia el viento nevado y comenzó a meditar en qué ocurriría si muriera Susana. Había oído a menudo que una mujer fallecía en el parto. Bajó a la

ribera y escuchó en la penumbra el crujido de los témpanos y el graznido de los gansos silvestres por encima. Aquella vez había sentido este pensamiento como una daga incrustada en la nuca. Sentía que Susana significaba para él mucho más que mujer y amor, esposa y dicha. Aquella vez Susana había significado para él el sentido total de la existencia. Su sangre se había convertido en la suya lo mismo que sus almas.

«—¡Ven!... ¿Dónde te has metido? ¡Tienes un hijo!».

Ahora le recorría nuevamente este grito y se vio parado ante la cama de Susana, con una extraña y casi estúpida sonrisa, meneando la cabeza de derecha a izquierda; sentía la asfixiante presión de una nueva y poderosa sensación en el pecho, mientras el niño —cuya fruncida y roja cara no era mayor que una manzana— lloriqueaba con voz débil como una bestezuela.

Constantemente reconstruía las sensaciones que le embargaron aquella vez junto a la orilla, mientras Susana se tambaleaba al borde de la muerte en los dolores del parto. En aquella ocasión se le agolpaban violentas pasiones, blasfemas y tumultuosas con la idea de que Susana pudiera morir. A pesar de que todo aquello era sólo fantasía suya, ya que no tenían por qué temer un parto difícil. Pero aun la más pequeña posibilidad de riesgo invadía su mente con quemantes pensamientos, y él iba de un lado a otro, medio trastornado, en la penumbra de la orilla cubierta de hielo.

Y ahora estaba Susana casi en los brazos arrulladores de la muerte. Tenía que producirse un milagro para que salvara la vida. Esta noche, cuando preguntó al señor Samson, éste curvó las pobladas cejas y las volvió palmas de las manos hacia afuera, indicando con ello que nada bueno podía asegurar. Pese a que el señor Samson pronunciaba siempre palabras optimistas junto a las botellas llenas de medicinas.

Sí; Susana tenía que morir. Esto era casi seguro. Pero ahora no sentía él ninguna indignación frente a este pensamiento. Se observó a sí mismo, pero no hallaba ningún sentimiento egoísta en su resignación. Aunque en su caso, detrás de un rostro abatido, hubiera sido comprensible que sintiera una alegría oculta. Su amor por Susana hacía tiempo que se había convertido en cenizas, y ahora le embargaban otros sentimientos, ideas y pasiones que le impulsaban hacia Anada, con ardor más profundo y violento que el que había sentido por Susana. En su vida, Susana se había convertido en una carga. Una cadena que desollaba su muñeca; una cárcel contra cuya pared él descargaba furiosos golpes con el puño. El eterno ahogo del remordimiento, hasta en los más cálidos instantes de su amor. El terror y la sensación deprimente del ocultamiento, El detestable papel de la mentira y el disimulo, en el que su vida se estaba apresando y manchando. Si ahora muriera Susana, habría sido la mano de Dios la que le abría el camino para hacer suya a Anada.

Pero estos pensamientos egoístas no surgían en él. En el fondo de su alma tenía siempre el oculto temor de que, si daba alas a este violento y grandioso amor, tendría que irse con Anada al infierno. Sabía también que el asunto no podría permanecer eternamente ignorado y que en el mismo instante en que saliera a la luz, Susana



caería fulminada.

Siempre pensaba en las palabras de Anada: «La muerte es algo en que todo se embellece, se purifica y se tranquiliza. Créeme que a veces envidio a los muertos».

Tal vez tenía razón Anada. Tal vez Anada sentía, con estas palabras, lo mismo que él, o sea, que ambos iban hacia las regiones del sufrimiento y del dolor. De los tres, seguramente Susana era la más dichosa. Si muriera ahora y pusieran su vida en la balanza del destino humano, seguramente quedaría entre las personas felices. ¿Qué había sido su vida? Niñez alegre y sin preocupaciones, un amor grande y puro, devoto cumplimiento de la maternidad y reconfortante sensación de hacer el bien a los demás, un sentimiento que la hacía realmente feliz.

¿Podía un ser humano desear algo más? Por cierto que ella era joven aún pero comparada nuestra vida con la eternidad, sólo resulta un instante; así dure veinte como ochenta años, lo mismo da frente al fluir infinito de billones de años. Hasta ahora Susana había sido feliz, pero su vida se hubiera ensombrecido con una espantosa desilusión. Dios mostraría Su bondad si la muerte cerrara ahora sus ojos, la tomara dulcemente entre sus brazos para llevársela de esta vida terrenal, donde la esperaba tanto sufrimiento en el futuro.

Sí; Anada tenía razón: a menudo podía envidiarse a los muertos.

Estos pensamientos no se le aparecían ahora sólo en las noches de insomnio, sino que le seguían aún durante el día. Inquieto, esperaba al señor Samson. Se imaginaba el momento en que éste saldría de la pieza de Susana y se negara a dar respuesta a las excitadas preguntas que le murmuraban, y que en vez de contestar hiciera la señal de la cruz. Esto significaba, en él, que el enfermo había muerto.

«¡Si esta incertidumbre terminara! ¡Si viniera ya el señor Samson!».

Juan se asomó varias veces a la ventana, y quiso hablar con Susana: Pero siempre venía Anada, de puntillas, y le murmuraba:

—No la despiertes; está durmiendo...

Juan apoyó su codo sobre el alféizar y se quedó mirando la cama, larga y pensativamente. Sólo veía un brazo de Susana que asomaba bajo su cabeza, y el moño de cabello castaño sobre la almohada. El rostro de Anada también estaba abatido. Tal vez Susana no despertaría más.

Entrada la noche llegó por fin el señor Samson. Juan sumió la cabeza entre las manos y rezó. Estaba tan sumergido en sus propios pensamientos, que sólo volvió a la realidad cuando alguien golpeó fuertemente su espalda:

—¡Ya nada tiene su mujer! Ha pasado todo el peligro. ¡Sólo hay que atenderla, y dentro de una o dos semanas se podrá levantar!

El señor Samson tomó su bolsón y se fue. Desde la puerta gritó:

—El pelo... el pelo se le habrá de caer un poco, pero eso no importa, pues volverá a crecer.

La puerta se cerró tras el médico. Juan quedó solo en la habitación, sintiendo las palabras como una puñalada en la nuca.

«¡Susana va a vivir!».

Se miró consternado, pues esta idea le hacía sentirse como aquella vez en la orilla, cuando sintió miedo de que pudiera morir. Comenzó a caminar de aquí para allá, mirando muy de cerca sus uñas, como si así pudiera volver a la vida su antiguo Yo.

Susana se fortalecía día a día. Por la noche tenía aún algo de fiebre y toda vía se alimentaba solamente de leche. Pero en sus ojos ya brillaba la vida, y a veces conversaba entusiastamente, cuando se sentaban alrededor de su cama. Pues ahora ya estaba permitido acercársele. Por las tardes Juan se sentaba a solas con Anada en el zaguán. A veces callaban largamente, y parecía como si siempre tuvieran, en estos mutismos, idénticos pensamientos: ¿por qué Dios no se ha llevado a Susana? A este pavoroso anhelo ya se había ido acostumbrando, desde aquella noche de insomnio en que brotó por primera vez, hostigándolo a través de la obscuridad con los enardecidos ojos del crimen. Ya no le temía y hasta parecía como si esta obsesión se hubiera atenuado y convertido en una mirada de bondad y compasión. Al principio había tenido todavía instantes atormentados, cuando buscaba inútilmente razones y respuestas; este deseo se agolpaba en su espíritu como el susurro del demonio. Pero ahora que Susana estaba fuera de peligro y que la posibilidad de realizar el deseo había disminuido con la fiebre que día a día bajaba, resurgía a cada rato con nuevos bríos. Este pensamiento estaba adherido a su mente, y ahora que podía estar más a menudo con Anada, notaba cada vez con más claridad que no podía ir contra su destino, y que, cuando Susana estuviera sana, tendría, tarde o temprano, que descubrir su horrendo secreto.

—Yo voy a explicarle que te quiero y que no puedo vivir sin ti —le dijo a Anada.

Ella se pasó la mano nerviosamente por la cara:

—¿Cómo lo recibirá?

—Ella es un alma buena, y seguramente, comprenderá que es el designio de Dios...

Nuevamente quedaron silenciosos y ambos trataron de imaginarse el momento en que irían donde Susana a decirle la verdad.

—No, esto no es posible —dijo Anada, sumiendo el rostro entre las manos.

—¿Por qué habría de ser imposible? —preguntó Juan—. Es lo mejor y lo más leal; si somos sinceros...

Pero en cuanto su imaginación le hizo ver la escena en que se quedaba a solas con Susana en la habitación, que le tomaba la mano y la miraba a los ojos para decirle las palabras espantosas, sintió que sus fuerzas flaqueaban ya, que su decisión era inútil, que él no podía cometer este crimen. Porque, en efecto, esto era un crimen; una muerte más terrible para Susana que la muerte misma; una tortura mas grande que todas las torturas de su enfermedad.

—Pero... ¿qué vamos a hacer? —preguntó como hablando consigo mismo.

Anada no contestó.

—Le escribiré una larga carta y me iré contigo a cualquier parte..., —pensaba Juan a media voz.

De pronto, esta solución le agradó. Sí; era lo más cuerdo. En una carta era posible explicar todo más fácilmente. La carta se puede escribir con palabras cálidas y sobrias, darlas a comprender con una tranquila y clara mirada, desde las primeras líneas; uno no tenía que temer que la voz se le quebrara; él no tendría que mirar continuamente a los vidriosos ojos de Susana que le desconcertarían, y que suponía que alterarían el orden de las frases que él había pensado procurando no herirla. Se le podían desatar los nervios, tensos ya, y golpear en el corazón de Susana con una palabra impensada y sin ninguna intención. Sí; lo más cuerdo era escribirle una carta.

Aquella misma noche se sentó a escribirla, para tener tiempo así de releerla, corregida o escrita de nuevo, durante la convalecencia de Susana, a cualquier hora del día, según sus distintos estados de ánimo.

Desdobló ante sí la hoja de papel y sumió la pluma en la tinta. Pero en aquel instante algo le conmovió, se desplomó con ambos brazos sobre la mesa y rompió a sollozar. Tuvo que reunir todas sus fuerzas para contener el llanto y no delatarse a Susana, que yacía en la pieza contigua.

—¿Qué escribes? ¿Por qué no te acuestas? —gritó de al lado Susana, inquieta, como si desde la penumbra hubiera adivinado algo a través de las paredes.

—Tengo... tengo que revisar las cuentas... —dijo Juan tan serenamente como le fue posible.

Oyó que Susana se daba vuelta sobre un costado y que ahora, tranquilizada por su respuesta, se dormía.

Comenzó a escribir:

*Mi querida Susana: Dale valor a tu alma para leer esta carta...*

Aquí se detuvo con los ojos fijos, miró largamente la última palabra que había escrito. No tenía fuerzas para continuar. Tenía la sensación de que era una crueldad aún mayor que decirle la verdad a Susana con palabras. Esto era más que un crimen. Esto era cobardía y fuga. No; así no debía ser... ¡Abandonar a Susana y dejar que su desgraciado corazón sangrara con las agudas garras de esta carta, como si fuera un animal de presa que al pasar desprevenido fuera apretado por la trampa, cercenado y ultimado!

Furtivamente salió al oscuro zaguán y abrió la puerta de la habitación de Anada. Esta aun no dormía. Él se sentó al borde de su cama:

—No tengo fuerzas para escribir la carta... —murmuró, atormentado.

Anada se incorporó en la cama. Estuvieron sentados largamente, uno junto al otro, en la penumbra, mientras pensamientos obsesionantes les hacían abrir los ojos enormemente. ¿Cuál era, pues, para Susana, la mejor, la más bella, la más compasiva solución?

Anada alargó la mano y tocó a Juan:

—¿Por qué no dejas que yo me vaya? ¡Aquí no queda otro camino...! ¡Hazme caso... mi vida futura no cuenta...! Si yo me voy, ustedes volverán a ser felices...

Juan se estremeció. Apretó su cabeza al hombro de Anada. Así permaneció largo rato, inmóvil, con la blanca mano de Anada sobre su nuca y con la idea del suicidio en el corazón.

## XII

Por la mañana bajó a la orilla. Ahí permaneció parado, con la cabeza descubierta, observando el agua. Quería reflexionar con serenidad. Cuando salió por la noche de la habitación de Anada, se había sentado en el umbral del zaguán, mirando largamente el patio iluminado por el resplandor de las estrellas. Se vio como niño, corriendo a través del patio. Aquellas dos estacas ya estaban allí en aquel entonces. Y el viejo peral junto a la puerta. Junto a la muralla, la media piedra de molino, sobre la cual su padre siempre se sentaba. ¡Qué diferente estaba todo! ¡Con qué inmovilidad permanecían la materia y las cosas en el mundo! Sólo la vida del hombre se transformaba, desaparecía, transcurría, se ataviaba de formas aterradoras. Ahora recordaba claramente el coche de tiro del señorito Gregorio. Y los rayos color bermellón de sus ruedas y los blancos arneses. Y en las puntas de los dedos sentía el contado de la suave y tibia oreja del burro cuando él lo acariciaba. Veía al señor mayordomo con su amplio sombrero, el vientre de cerdo y la doble cadena de reloj sobre el verde chaleco. Así le taladraban miles y miles de pequeñas añoranzas de su vida.

¡Qué extraño era esto! Ahora debía morir. Esto lo sentía clara y ciertamente, porque la idea de que Anada desapareciera de su existencia tenía para él el mismo sentido de la muerte. Y Anada tenía que marcharse.

Estaba parado en la orilla, observando el agua. Pero ahora, bajo la radiante luz del sol se replegaban aquellos negros pensamientos que le habían asaltado durante la noche.

Un barco pasó río abajo. Sobre cubierta tocaba una orquesta. Llevaba una comitiva de matrimonio hacia una aldea lejana o a una cabaña de pescadores. Música alegre y estridente fluía de las grandes y gordas trompetas, como si se hubieran hinchado con las dichas de la vida en tantas fiestas de matrimonio. El clarinete chillaba como si se le hicieran cosquillas; los platillos aplaudían riéndose. Y el tambor redoblaba como un alocado corazón.

Por entre el silencioso paisaje de las orillas pasó la estentórea música. Las notas rizaban la superficie del agua, agitaban el follaje de la ribera y ahuyentaban a los pájaros de sus nidos. Éstos hacían espirales en el cielo, pues las gaviotas se tumbaban chillando sobre el barco. Arriba, muy arriba, hacían cambiar el rumbo a la somnolienta cadena de grullas. Y abajo, en el agua, en la obscura profundidad, seguramente también hacían huir a los peces.

Esta música conmovió a Juan hasta lo más hondo de su corazón. Le recorrió con sus mil sensaciones vitales. Y él, que hacia pocas horas había despertado como alguien que, a pesar de moverse y caminar, no puede ya vivir, ni sentir, ni pensar, fue cosquilleado en todo el cuerpo por las diminutas llamas de la vida, que le quemaban las orejas, le hormigueaban en los dedos y le producían el deseo de lanzar un grito sollozante.

Minutos más tarde llegó Anada a la orilla. Casi no se le notaban los estragos de una noche de insomnio. Su rostro había sido refrescado por el agua cristalina; su negro cabello fulguraba con el sol, y dejaba flotando al viento el paño que, también ahora, se había colocado sobre los hombros, y que tremolaba con sus acelerados pasos. También ellos habían escuchado las notas de la música ante la orilla.

—¿Era un barco nupcial? —preguntó a Juan, un poco agitada y sonrosada por el andar acelerado.

—Sí; pero ignoro quiénes se casan. Entre mis conocidos no hay por ahora ningún novio. Es posible que hayan venido de la ciudad.

Miraron hacia el barco, que ya navegaba lejos. La estridencia de la orquesta se atenuaba en la distancia.

Juan abrazó la cintura de Anada, pero ésta retiró su grácil figura con un virginal ademán de rubor. No era por rechazo, sino por hacerse de rogar. Salió corriendo y desapareció entre los árboles. Juan comenzó a perseguirla. La roja falda de Anada centelleaba ora aquí ora allá, entre el follaje gris verdoso de los sauces.

Así estuvieron tal vez un cuarto de hora, y paulatinamente se acercaron a un paraje completamente abandonado.

Entre el follaje de los árboles y las salvias, en las que pisaban hasta las rodillas, fluía a torrentes el extraño aroma de lo que imperceptiblemente se marchitaba a fines de verano.

Ella se tendió sobre el alto y tibio césped, impregnado del dulce aroma de las flores.

Anada yacía sobre su espalda, con los ojos cerrados. Sus brazos también estaban estirados, en una dulce laxitud, con trancos ademanos de las manos y los dedos. En los bordes de su boca, los labios se entreabrían levemente, mostrando las puntas de los blancos dientes que mordisqueaban un tallo de hierba. Esto comunicaba a su rostro una expresión rara; como si toda la enigmática atracción de su cuerpo se hubiera concentrado en su sensitiva dentadura, y como si tuviera aún la fuerza para poner en el suave mordisqueo del tallo sus femeninos pensamientos que también irradiaban desde sus cerrados párpados dibujando una leve sonrisa en su rostro.

Juan observaba, conteniendo el aliento, este rostro que con sus ojos cerrados ofrecía sus misterios olvidándose de sí mismo.

Anada abrió un poco los ojos, como si hubiera sentido en la cara la mirada de Juan. Buscó su mano en el pasto y la rodeó con sus dedos. Luego volvió a cerrar los párpados, adormecida.

—Te quiero —dijo ella, despacio, y sus palabras se filtraron a través de los entornados párpados.

Tendida así con su falda sobre el pasto, estaba como un ángel extraño y misterioso, al que ya la muerte hubiera enviado una vez al cielo, que hubiera caído de vuelta sobre la tierra y tras cuyos cerrados ojos y sus musitantes palabras habitara el cielo mismo.

Juan se inclinó sobre ella y besó su boca entreabierta. De pronto se le despertó un deseo tan salvaje que sujetó a Anada con ambos brazos.

Pero ella se le escurrió inmediatamente con un solo movimiento, en el que había reunido toda la fuerza de su elástico cuerpo. Se irguió y sacudió cuidadosamente los tallos de pasto que había en su falda. Luego, sin mirar a Juan, se puso en camino de regreso con la cabeza inclinada.

Juan la siguió con la mirada hasta que desapareció entre los matorrales. No tenía fuerzas para llamarla.

Cuando la perdió de vista, casi se hundió en el pasto.

Ocultó la cara entre las manos y comenzó a temblar con todo el cuerpo. En sus pensamientos veía una casa delante de él. En alguna parte, en otra comarca desconocida, junto a la orilla del río. Una casa en la cual nada le hacía recordar su vida con Susana. Y veía a Anada en el patio. Colgando la ropa recién lavada, con bellos movimientos, sobre las estacas de madera en el suave aire. Oía su débil canturreo y veía su rostro. La veía como a su mujer.

Luego vio la habitación. La noche. En la luz difusa, el hombro ruboroso de Anada que había quedado descubierto. Y escuchaba el murmullo de ella, cómo musitaba su nombre. Y en este murmullo se juntaba todo lo agradable de la vida.

Todo esto le recorría el corazón con tal fruición, que permaneció largo rato sobre el suelo, sin hacer ningún movimiento. Su imaginación se divertía con las más diminutas pequeñeces de la existencia que él se representaba junto a Anada.

Sentía que había caído bajo el poder de una fuerza superior, extraña y espantosa, que iba y venía con él, y cruzaba todos los obstáculos para que Anada pudiera ser suya.

Él no reflexionaba. Las ideas brotaban por sí mismas y le invadían con fuerza eneguedora.

Susana debía morir. Si ella seguía viviendo; ya la vida no le reservaba nada bueno. Si él hacía que Anada se marchara, pronto ella pertenecería a otro hombre.

Este pensamiento lo puso fuera de sí, con un dolor salvaje e insufrible que le aguijoneaba todo el cuerpo.

Susana debía morir. Justamente en un instante de su vida que ella creía el más feliz, ya que ignoraba aún que lo había perdido todo. La muerte la debía sorprender durante el sueño. Él deseaba conseguir para ella un veneno dulce y adormecedor, y mezclarlo en sus medicinas.

Se levantó y caminó hacia la casa.

Le parecía pisar sobre un paraje encantado. Como si todo se hubiera transformado alrededor suyo. La luz del sol no era una legítima luz del sol, el pasto no era verdadero pasto, o por lo menos no era igual a como él lo había visto antes. Todo en torno se había vuelto inmaterial, como si ya no pisara siquiera sobre la tierra, sino en una extraña altitud, donde esa clase de cosas hubiera, perdido su razón de ser.

Sentía este cambio alrededor suyo con tanta claridad, que se detuvo y miró, con

ojos inmóviles, al aire.

Y dijo a media voz:

—Yo creo que esto ya es la locura. Pero es buena, es grandiosamente bella.

Encontró a Susana de mal humor y con ganas de molestar:

—¿No has visto a Rosalia? —preguntó cuando entró Juan.

—No —dijo él, despacio.

Anada estaba sentada a la ventana, con una labor entre las manos. Rosalia era la costurera y tenía en la comarca un gran prestigio. Las mujeres llamaban a las costureras a domicilio, como al médico. Y las costureras, acostumbradas a eso, se comportaban también como médicos.

—Yo no sé —reclamó Susana—. Ella había prometido venir ayer y ni siquiera ha llegado hasta ahora.

—¿Con quién le has mandado el recado? —preguntó Anada...

—Mi padre ha hablado con ella dos veces...

—Voy a ir donde ella —dijo Juan, y tomó su sombrero.

Se preparaba a salir. Pero apenas había llegado a la puerta, ya llegaba Rosalia. Era una larga y magra mujer, de curvadas espaldas como una medialuna, posiblemente porque toda su vida había estado inclinada sobre la máquina de coser. Sobre el angosto vientre, cuyo color lila la hacía parecer más pálida aún, no podía uno encontrar huellas de sus pechos. Era indiscutiblemente fea. Sobre la desagradable frente llevaba un cabello del color de la piel de zorro. Y ahí donde las otras personas tienen las cejas relampagueaban sobre su cara unos pelitos rojos. Su mirada era presumida y tonta. La mujer entera respiraba un agrio olor monjeril.

Los ojos de Susana brillaron de alegría:

—Denle un sillón a Rosalia... Siéntate aquí, Rosalia, junto a mi cama...

Rosalia se sentó, mientras observaba a Anada con una mirada de desdén.

—¿Dónde está el material? —preguntó en un tono que parecía decir: «¿Dónde está el paciente?».

Anada sacó la tela de la cómoda. Era la misma, de color amarillo, que Susana había recibido como un obsequio de Juan.

—Yo quería estrenarla para Navidad —dijo Susana, algo cortada—. Pero ahora me han dado tantas ganas de ponérmela apenas esté sana. Extiéndela aquí, sobre la cama...

Rosalia tomó entre sus dedos la tela extendida sobre la cama, y se le notó que un pensamiento atravesaba su mente con el que se estaba formando una opinión acerca de la calidad. Pero no creyó del caso dada a conocer.

—¿De una sola pieza? —preguntó Susana, como dando a entender que le hacía un favor al hablarla.

—Sí... Mira, aquí quisiera unos volantes pardos... Su mano, a la que la enfermedad había debilitado y vuelto casi transparente, se posó delicadamente sobre la tela. Se sentó con la ayuda de Anada y comenzó a explicar sus planes a Rosalia.



Anada también estaba junto a la cama. Cruzó sus brazos sobre el pecho y dedicó toda su atención a los consejos.

—¿No sería mejor —le dijo a Susana— coser sobre los hombros una cinta?

Juan observaba a Anada y todo aquello le parecía inverosímil. Ella era ahora tan humana, tan apegada a las pequeñas cosas de la vida. Era una mujer en la que inútilmente hubiera tratado de hallar lo sobrenatural que no sólo a ella le elevaba muy por encima de las cosas humanas, sino a cualquiera con quien ella hablara de frente.

Juan las dejó solas. Se fue a la ciudad. Durante el trayecto el pensamiento le daba vueltas en torno a Anada. ¡Qué extraña era esta mujer! Ahora le preocupaba por un traje nuevo, y, seguramente, no pensaba en otra cosa. Qué color, qué volante, qué cinta le quedaría bien a Susana. Ella, generalmente, no pensaba en nada. Cuando besaba, toda ella se convertía en un solo y ardiente beso. Si cantaba, no parecía ser otra cosa que la canción misma. Cuando reía, era la risa en persona. Lo que hacía, lo hacía con cuerpo y alma. Quizá si alguna vez había sido rozada por la atracción de la muerte... Posiblemente no reflexionó en nada y se arrojó a las olas. Cuando hablaba de los misterios de la vida y de la muerte, parecía ser ella misma el sentido y la luz de esos misterios.

¡Sí; no había otra solución! Evitar las cosas, detenerse, titubear... No; no había tiempo. La vida cerraba los párpados y todo terminaba...

Susana debía morir. Con los colores, volantes y cintas de su nuevo y bello vestido en el alma. Tal vez ella estaría frente a un espejo mirando sobre los hombros, para ver si el talle le quedaba bien, cuando su alma se separara de su cuerpo.

Casi no notó que ya estaba en la ciudad. Fue directamente a la botica que quedaba en la esquina de la plaza de la iglesia, y que tenía el nombre de «El Cisne Plateado».

Entregó la receta al boticario, que la puso muy cerca de sus gruesos anteojos para leerla con la cabeza inclinada hacia el costado. La receta la había escrito el señor Samson, hacía muchos años, para la madre de Juan que padecía de insomnio.

—Sólo un papelillo cada vez —dijo el boticario a Juan, y ni siquiera le miró, mientras movía la redoma.

Juan no contestó. Observaba al mirlo que dormía con el cuello encogido en la jaula de la puerta del laboratorio.

## XIII

Ya atardecía cuando regresó a casa. El veneno estaba en su bolsillo. Sentía aliviado su corazón y le invadía un inocente entusiasmo, como si preparara a Susana sólo una jocosa y alegre broma. Una broma que terminara con francas risas. Una broma que no causara dolor, que no tuviera nada malo, que en el primer momento quizá parecía terrible y cruel pero que cuando apareciera a la luz su sentido se iba a transformar de pronto en amor y ternura.

Fue presa de un extraño y embriagador desvanecimiento cuando pensó qué raro sacrificio, adornado por las flores de pensamientos celestiales, iba a realizar ahora. Rodeó a Susana de mil conmovidos y tiernos pensamientos. Él creía, se había convencido de ello, que había en su acción una misión superior, que le llenaba de extraordinaria luz y calor en sus ideas, algo que nunca había sentido.

¿Asesinato? Esta palabra ni siquiera se le ocurría. ¿Cargos de conciencia? Nada le era más ajeno. Una curiosa semiobscuridad le rodeaba, y tenía la sensación de que esta cortina sobrenatural lo aislaba, como una gruesa capa, de la realidad de la vida. Como si estuviera parado en la cumbre de un cerro que se acercara al cielo, atravesando el mar de nubes, y como si en alguna parte, allá abajo, muy por debajo de las nubes, estuvieran la ciudad, el río, los bosques, la vida entera...

Éste no era el mismo Juan del año pasado. O de hacía meses apenas, cuando aun no conocía a Anada. Éste no era él, el Juan de antes; cuyos pensamientos se movían pegados a la tierra, como las vacas que veía desde la cumbre, allá abajo en el valle, o los hombres, o los grandes barcos en el río. Miradas desde la altura, eran muy pequeños, casi enanos, reducidos a la nada. Estaban con sus caras pegadas a la tierra o el agua, y hasta sus movimientos eran tan perezosos, que el ojo debía tener paciencia para saber si efectivamente habían avanzado algo.

Éste no era él, el antiguo Juan, el de ayer. Sus sentimientos, sus ideas, su visión de la vida y el mundo se remontaban a gran altura, desde la que hasta el globo terrestre sólo se veía como una pequeña estrella, como las otras, muy arriba, en el cielo: un diminuto puntito que parpadeaba en el firmamento. ¡Y la vida terrena que hervía en él! ¡Una millonésima parte de este puntito que parpadeaba, menor en tiempo y espacio que un granito de arena, una nada de la Nada, una absoluta nulidad que le trastornaba!

Sólo aquel pensamiento que surgía de esta vida era grande y eterno. Pero la vida misma, el nacimiento y la muerte, y todo aquello que da sentido a la vida entre esos dos extremos, como el vestido, la comida, el beso, el amor, la cólera, el trabajo, el descanso, estaban amontonados como en la alforja de un caminante, y no significaban nada.

Vio un coche en su fantasía. Un carro que avanzaba sobre ruedas livianas, forrado con fino paño verde, cuyo suave balanceo adormecía a la gente. Susana estaba en el carro; el dulce rayo de sol iluminaba su rostro, la cabeza se volvió hacia un lado y

ella se quedó suavemente dormida. Entusiastamente rodaba el coche con ella, y en el sueño la acompañaban los árboles, los prados, las flores y todas las bellezas del paisaje. Pero de pronto el coche se acercó a un puente, bajo el cual bostezaba un espantoso precipicio. Abajo había muchas rocas, como grandes y agudos dientes negros en una boca completamente abierta. El puente tenía que desplomarse bajo el coche. Y Susana se precipitaría a lo profundo. Tal vez moriría repentinamente, se destrozaría contra una roca; pero si no moría, tendría que revolverse en medio de crueles tormentos hasta que se curara; y aun así, tendría que andar sobre muletas, como lisiada, hasta su muerte.

Juan estaba delante del puente. Estaba allí como un mago que poseyera fuerzas prodigiosas. Las ruedas del coche dejan el polvo del camino y... ya flotan en el aire. El coche vuela tranquilo sobre el puente de la muerte. Susana ni siquiera se había despertado. En sus labios brillaba una extraña sonrisa, mientras dormía recostada en el mullido almohadón del coche. El coche no descendió al otro lado del puente, sobre el polvo del camino; volaba siempre más alto y ya parecía ser apenas tan grande como un moscardón... Ahora ya era sólo un diminuto punto negro..., y en el momento siguiente desapareció definitivamente. El cielo se la había tragado.

—¿Qué hace Susana? —preguntó Juan a Anada, que venía saliendo del jardín.

—Creo que duerme... —dijo ella.

Levantó la jarra de agua y comenzó a regar las macetas de flores que había sobre la barandilla del zaguán, sin responder a la mirada de Juan.

Entró a la habitación de Susana. Ella dormía aún.

Sobre la colcha estaba todavía extendida la tela amarilla.

Juan avanzó hacia la mesa, Echó agua en el vaso y disolvió el polvillo. Mientras Juan daba vueltas a la cuchara, tintineaba levemente contra el vaso.

Susana abrió los ojos.

—¿Eres tú?

—Sí. ¿Has dormido?

—Un poco, ¿qué haces?

—Tu medicina.

—¿Son las siete ya?

—Seis y media.

Seguía agitando cuidadosamente el medio vaso de agua. Luego se sentó junto a Susana, en el borde de la cama. Los ojos de ella brillaban.

Por la tarde le volvía la fiebre. Esta leve fiebre le hacía brillar los ojos y le adormecía sus pensamientos.

—Me aburre estar tanto tiempo en cama. Es ya la tercera semana... ¿Crees tú también que debo usar volantes verde oscuro? A mí me hubiera gustado más de color café, pero Rosalia lo quiere así a toda costa. También Anada opina en favor del café. ¿Qué opinas tú?

—Café. No hagas caso a Rosalia. Hazlo tal como a ti te gusta.

Tomó la mano de Susana, sobre la colcha. Y la retuvo largo rato entre los dedos. Esta yerta, pálida mano mientras le sonreía con toda el alma.

—Oye, te quisiera decir una cosa... —musitó Susana.

—¡Dilo no más!

—Tengo miedo.

—Dilo...

—Te vas a enojar conmigo...

—No me voy a enojar...

—Pero es que se trata de algo terrible...

—No importa.

—¿Me perdonas?

—Claro. Sea lo que fuere. Ahora, dímelo.

—¿Sabes?... Yo he tenido la sensación de que me moriría...

—¿Cuándo?

—Más o menos hace diez días. Cuando tuve la fiebre alta. Yo sentí claramente que me moría. Y entonces, con el pensamiento de que me moría, un dolor espantoso me estrujaba el corazón. Reuní todas mis fuerzas y comencé a rezar. ¡Oh, aquello fue tremendo!..., Dejarte a ti y al niño. De repente sentí con toda claridad...

Aquí se interrumpió. Le asaltó de pronto otro pensamiento:

—¿Dónde está el niño?

—Está jugando en el patio.

Susana reanudó el hilo de su pensamiento interrumpido y prosiguió:

—Sentí con tremenda claridad lo terrible que es la muerte. Sí; comencé a rezar y prometí que si Dios me devolvía la vida por esta vez, cuando ya estuviera sana, entonces...

Calló. Miró con ojos fugitivos e inquietos hacia el techo.

—¿Entonces? —dijo Juan, despacio.

—Casi no me atrevo a decido.

—Dilo no más...

Tomó la mano de Susana entre las suyas y la acarició para infundirle valor.

—Prometí echar treinta monedas de oro en la alcancía de la Virgen Santísima...

Ella prosiguió rápidamente, antes de que Juan pudiera decir algo:

—Me parece que diecinueve ducados fueron mi dote.

Lo demás lo hemos reunido en común. La mayor parte te pertenece, pero tal vez mi trabajo vale bien once ducados. Yo he prometido toda mi parte a la Virgen Santísima... No me he arrepentido, porque Dios me ha devuelto la salud... Solamente tengo miedo de que tú te enojés.

Juan apretó la mano de Susana contra su mejilla, que se había recalentado durante la conversación.

—No estoy enojado. Has hecho bien.

—¿Verdad que no estás enojado? —preguntó Susana con voz temblorosa y

lloriqueante.

—¡No! Te aseguro que no. ¿Cuándo piensas llevar los treinta ducados?

—Cuando pueda levantarme y andar... Mi primera salida debe ser a la capilla... Quiero llevarlos yo misma.

—Será así como tú quieres...

En ese instante el corazón de Juan fue invadido por una ola de bondad. Tenía la sensación de que nunca hubiera podido ser tan bondadoso con ella si las monedas estuvieran todas en el pequeño cofre, y si no estuviera ahora frente a mi acto que disminuía, embellecía y elevaba hacia el cielo las torturas, las dudas y los desgarrones de la vida. Sólo puede dar de todo corazón aquél a quien ya todo le es igual. Sólo así, en esa situación, puede el hombre saborear la fruición divina de donar. Ahora sentía, casi entusiasmado, que aquello que él iba a hacer era lo único justo y recto.

—¿Quieres tomar tu medicina? —preguntó a Susana.

—¿Son las siete ya?

—Sí.

Ya eran más cortas las tardes del verano que se iba, pero afuera estaba claro todavía. Sólo en la habitación había obscuridad.

Juan se acercó a la mesa y tomó el vaso en la mano. Los tres pasos que le separaban de la cama a la mesa le parecieron ser un camino más largo que su vida entera. Como si con cada paso avanzara sobre honduras pavorosas.

El vaso ya estaba en su mano, se pegaba a sus dedos con su frío roce. Aunque lo hubiera querido, no habría podido lanzado lejos, pues un espíritu poderoso y desconocido le daba órdenes a su cerebro murmurando las palabras.

Este espíritu hizo que sus piernas se desplazaran de la cama a la mesa. Este espíritu ordenó que estirara el brazo hacia el vaso y le hacía apretarlo con los dedos.

Ese espíritu era el alma de Anada. En este momento él lo sentía claramente con lo que le quedaba de su conciencia. Este espíritu atravesaba su cerebro su corazón y hasta sus huesos. Una fuerza despiadadamente bella, sobre cuyos límites él nada sabía. Ella era tan infinita como el río que le había traído a Anada.

Tenía el vaso en la mano. Se dio vuelta para alcanzárselo a Susana.

Entonces se oyeron pasos en el zaguán, y unos instantes más tarde alguien golpeó a la puerta. Juan se dio vuelta hacia la puerta, con el vaso en la mano.

Entró un hombre, cuya imagen no podía reconocerse en la penumbra.

—¿A quién busca usted? —preguntó Juan, asustado.

Sus nervios estaban tensos, al borde de romperse; una embriagadora niebla de locura le envolvía el corazón y el alma, y a través de esa niebla veía la aparición del desconocido en la puerta, como un mensaje de Dios. Pero esta sensación era muy vaga y duró sólo un instante.

El desconocido avanzó un paso, acercándose. Incluyó levemente la cabeza y estiró la boca en una ancha sonrisa:

—¿No me reconoces?

Era el señorito Gregorio.

—¡Oh! —dijo Juan, alargándole la mano izquierda, pues en la derecha tenía el vaso. No lo podía colocar sobre la mesa, como si hubiera crecido en su mano.

Gregorio divisó a Susana en la cama y le alcanzó ambas manos:

—¡Dios mío! ¿Está enferma?

—Ya ha pasado el peligro —dijo Susana despacio y sonriendo.

Gregorio retuvo la mano de Susana en su diestra, mientras con la izquierda palmeaba el lomo del perro que olía, intrigado, su pantalón.

—Está olfateando el olor de mi perro... —dijo riendo. «Mi perro», como si con ello hubiese dicho mi casa, mi hogar... Susana se incorporó en la almohada y observó con simpatía a Gregorio. Este hombre había sido algo así como un fantasma la vez que había estado aquí. Su largo y magro cogote, agrietado por el viento, se asomaba de entre los pliegues de su sobretodo; sus destrozados zapatos estaban llenos de barro; y en los ojos redondos, muy abiertos y secos, se reflejaba el dolor de un animal azotado.

Ahora vestía un terno café de excelente paño; su rostro no parecía tan de buitre como aquella vez; las profundas arrugas parecían haberse rellenado y desaparecido, y en sus ojos pestañeaba la dicha.

—Cuénteme dónde ha estado, qué cosas le han sucedido —preguntó Susana sin aliento.

Gregorio acercó una silla, puso las grandes manos sobre la mesa, miró primero a Juan, luego a Susana, y dijo:

—¡Me he casado!

Derramó toda su alma en esta frase.

—¿De veras? —gritó alegremente Susana, palmoteando sobre la almohada.

Juan estaba a pocos pasos de la mesa. Tenía el vaso en la mano, inclinado. Le parecía que esta mano estuviera incomprensiblemente trabada.

Gregorio asintió seriamente ante la pregunta de Susana:

—Sí; me he casado. Ya hasta el niño está en camino. Instantes después, agregó:

—Sólo temo que pueda heredar mi nariz. Rió de corazón, con la boca abierta.

—¿Quién es tu mujer? —preguntó Juan, quedamente y sin fuerzas, pues pensó que su largo mutismo podía llamar la atención.

—Era una viuda. Pero joven aún. Es como una rosa —y como descubriera más interés en los ojos de Susana, se dirigió a ella con las palabras que siguieron. Mientras hablaba, sólo miraba de rato en rato a Juan, pero le echó una significativa mirada cuando dijo—: Sí, mi amigo. ¡Tan caritativo ha sido el cielo conmigo!

Su voz no era tan ronca como antes. Se pasó la mano por la frente.

—Yo mismo no hubiera creído que algún día podría levantarme. Yo sólo vagaba por el mundo. Después me fui serenando más. Tal vez por cansancio. Mucho de lo que antes sentía como un trueno dentro de mí, ha enmudecido...

Se encogió de hombros.

—Amigo mío... la vida sigue su curso. Mucho dejamos atrás. Poco después me busqué un trabajo... Quien quiera olvidar debe dedicarse al trabajo...

Juan miraba distraídamente hacia la puerta, como si se le hubiera ocurrido qué pasaría si Anada entrara de repente. ¿Habría tal vez un lazo de unión entre el turbio pasado de ambos?

Pero luego alejó esta vacilante suposición, a la que no hallaba razón alguna. Anada estaba, seguramente afuera, en el patio. Gregorio debía de haberla visto cuando entró. Y ya que no la había conocido nunca, la habría tomado por una criada o una parienta.

Gregorio continuó:

—Pronto me adiestré en el trabajo. Ahora ya tengo un negocio, un taller de encuadernación. Empasto en cuero de alumbre, en cordobán, y también con broches plateados... A mi mujer actual la conocí en el invierno. Ya había enviudado desde hacía algunos años. Su pobre marido falleció de una dolencia de los riñones.

Y al hablar de ese fallecimiento, de pronto le vino otra cosa a la mente. Tocó con la mano la cama de Susana:

—La epidemia, ¿verdad?... a nosotros por suerte nos ha respetado.

Comenzó a hablar de la epidemia, y Susana contó muy desembozadamente los detalles de su enfermedad.

En el zaguán resonaban suaves pasos.

«Ahora viene Anada», pensó Juan, y le recorrió una extraña sensación.

La manilla chirrió, la puerta se entreabrió y el viejo Miguel asomó la cabeza.

—¡Juan, ven! —dijo brevemente.

Cuando Gregorio lo llamó alegremente, pestañeó con sus miopes ojos, y dijo secamente:

—Buenas noches.

Y ya había desaparecido detrás de la puerta. Juan le siguió.

Ya había obscurecido. Juan no veía nítidamente el rostro de su suegro. El viejo caminó algunos pasos y esperó a Juan junto a una columna.

—¿Qué hay? —preguntó Juan, cuando le alcanzó. Recién ahora veía que el viejo jadeaba y que sus rasgos estaban dilatados.

—¿Qué hay, padre? —volvió a preguntar, ahora ya en un tono impaciente.

El viejo cogió un botón de la levita de Juan, mirando entretanto hacia la puerta para ver si no salía alguien. Largo rato no pudo encontrar las palabras, de agitado que estaba. Luego dijo solamente:

—Arrastrada.

Volteó hacia arriba las palmas de la mano, como si con este ademán quisiera decir: «Yo he hecho todo lo posible; no tengo la culpa».

Con las manos en el aire, repitió otra vez:

—¡Arrastrada!

Juan le miraba fijamente, sin comprenderle. No entendía ni una palabra, pero el

corazón se le subió a la garganta, pues presentía que se trataba de algo extraordinario.

Así permanecieron algunos instantes, mirándose fijamente. Los rasgos del viejo reflejaban fastidio, porque Juan no lo había comprendido todo de una sola palabra.

—¿Qué es lo que ha sido arrastrado? ¿Quién lo ha arrastrado?

El viejo musitó:

—La mujer..., el agua...

La palabra desgarró la garganta de Juan, al pronunciarla.

—¿Anada?

—Sí.

Juan colocó el vaso, que aun llevaba en la mano, sobre la barandilla del zaguán. Cruzó los brazos sobre el pecho. En este instante no tenía tiempo para pensar en que de su mano —que había apretado tan fuerte y durante tanto rato el vaso— habían caído de pronto las invisibles, intangibles trabas.

Así cruzados los brazos sobre el pecho, parado delante del viejo, lo miraba a los ojos, y tranquilamente, como si abrigara una esperanza de no haber oído bien las palabras del viejo, y que todo aquello no fuera verdad, dijo:

—No lo comprendo.

Y cruzó más fuertemente aún los brazos sobre el pecho; acechando la respuesta con todos sus nervios tensos.

El viejo se inclinó hasta cerca de él, mirando otra vez hacia la puerta:

—No lo quise decir allá dentro, delante de mi hija, se podría emocionar demasiado... Estaba parado abajo, en la orilla, más allá de los dos viejos sauces. Estaba arreglando el vado. Ya obscurecía un poco. De repente, oí el grito: «¡Algo arrastra el río!»... Salté al bote y tomé los remos. Te llamé, pero tú no estabas por ningún lado. En el primer momento no supe en qué dirección debía remar. Después la divisé... La reconocí por el traje... El agua la arrastraba: río abajo, no lejos de la orilla... Comencé a remar y parecía como que ya la iba a alcanzar. Le grité que no se dejara hundir. En la siguiente palada, ambos remos se rompieron. Se quebraron ambos al mismo tiempo, tal vez porque yo me había curvado demasiado. Largo rato estuve girando inerte en un remolino. Luego salí, no sé cómo. Pero ya ella había desaparecido de mi vista.

Levantó nuevamente las manos y volvió las palmas hacia arriba.

—Arrastrada... —dijo en el mismo tono que la primera vez, sintiendo, en esa palabra, la terrible correntada y el enorme poder del río.

—Pero..., ¿por qué? —preguntó Juan, largo rato más tarde.

El viejo sólo se encogió de hombros. Y se quedó mirando el suelo, levantados los hombros, colgándole ambas manos, como si esperara de cualquier lado una respuesta a esa pregunta.

Juan agarró el vaso y se fue al patio. No sabía adónde iba. Y no sabía por qué. Él iba no más. Después de algunos pasos perplejos, regresó.

—Por ahora no digas nada adentro...



Se fue nuevamente, hacia el jardín. Allí estaba ya completamente oscuro...

Su razón todavía no podía darse cuenta cabal de lo que había sucedido. Un solo pensamiento flotaba creciente alrededor de él en la penumbra: «¡Anada ya no existe! ¡Anada ya no existe!».

«¿Por qué?», se preguntaba, mientras daba algunos pasos para detenerse nuevamente.

La penumbra y el silencio que le rodeaban no le daban respuesta.

En medio de sus turbulentos pensamientos se vino a dar cuenta de que aun tenía el vaso en la mano.

Lo arrojó lejos, espantado.

Comenzó a reflexionar. Trataba de serenarse y de hallar los hilos misteriosos que unen a las cosas.

Primero pensó en Gregorio. Cuando éste llegó, Anada estaba en el patio, sacando de los postes la ropa seca. Bien era posible que hubiera divisado a Gregorio, que se dirigía rápidamente hacia la casa. Si con Gregorio hubiera regresado el pasado de Anada, era fácilmente comprensible que ella, huyendo de este pasado que se levantaba de nuevo, corriera hacia la muerte. Ella había manifestado a menudo que no quería saber más de su pasado. Y sus rasgos siempre se ensombrecían.

Sí; Gregorio. Esta suposición le parecía muy posible.

Este pensamiento ya le había asaltado cuando estaban en la habitación y creyó que Anada iría a entrar.

¿Pero había acaso algo más, quizá una palabra que se hubiera deslizado, o una alusión, o siquiera una frase inconclusa, que diera fundamento a esa suposición?

Nada. Sólo el tumultuoso agolpar de oscuros pensamientos. Pasó revista a sus recuerdos, pero no encontró nada que pudiera fortalecer lo que suponía, y que en el primer momento le había centelleado irresistiblemente. Cuanto más meditaba, tanto más incierta se le aparecía su cavilación.

Ahora, de pronto, le parecía que Anada había pasado por fuera frente a la ventana abierta, cuando él echó el veneno en el vaso, y le había visto cómo lo removía atentamente, sentado a la mesa. Él sólo había alcanzado a divisar su sombra. Pero, seguramente, había sido ella. Tal vez miró hacia adentro y leyó lo que estaba escrito en sus facciones mientras sostenía el vaso en la mano. Sí; ahora que trataba de recordar ese instante, sentía que su rostro había adquirido una expresión extraña. Era posible que Anada lo hubiera comprendido todo en un momento.

Pero, ¿por qué no le había gritado entonces? ¿Por qué no le había llamado? ¿Por qué no le preguntó a él qué hacía?

Paulatinamente esta suposición se fue esfumando.

Tal vez Anada ni siquiera había pasado ante la ventana. Quizá si su decisión se remontaba hasta mucho tiempo atrás. Ahora escuchaba de pronto, en la pequeña y oscura habitación, la voz suave y llorosa de Anada, como cuando con sus húmedos labios, muy cerca del pabellón de su oreja, le musitaba: «Oye, yo me voy... Créeme

que no hay otra solución. Si me voy, ustedes volverán a ser felices».

Tal vez este pensamiento la obsedía<sup>[4]</sup> constantemente, y ella se refería a la muerte al decir: «Me voy...».

Él se detuvo y miró hacia el cielo, que en algunos sitios estaba apenas más claro. Aquí y allá parpadeaban algunas estrellas entre las hendiduras de los cerros.

Sí; ésta era la explicación más clara y sencilla. Anada le había amado. Y su unión con él nadie la podría detener. Pero sabía también que con ello haría desdichada a Susana, quizá hasta la mataría.

Entonces ella rehuyó su destino.

¿Pero por qué justamente en ese instante fatal? Esto ya era más que una casualidad. Más que la involuntaria coincidencia de las circunstancias. No existían casualidades como ésta.

Y de repente descubrió mil contradicciones contra esta suposición.

Sólo quedaba una posibilidad. La orilla estaba muy carcomida por el agua en un paraje cercano a la casa. Quizá si Anada había pasado muy cerca de ahí y el borde se había desmoronado.

Pasó revista a sus pensamientos, pero no le satisfizo ninguna de sus suposiciones. ¿Quién le ayudaría a encontrar la luz de la verdad? Tal vez, cuando se quedara a solas con Gregario...

Regresó a la casa.

Gregorio estaba sentado al pie de la cama de Susana.

Relataba con lujo de detalles y vivos ademanes cómo había conocido a su mujer.

Susana le escuchaba con interés. El viejo Miguel también estaba en la habitación.

—¿Dónde está Anada? —preguntó Susana.

Juan se retiró. Levantó la mano encima del estante y sacó un libro que en realidad no necesitaba. No contestó.

Hizo como si no hubiera oído la pregunta, pero sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Se estremeció.

Luego de un instante, el viejo Miguel dijo:

—Ya se acostó, porque no se sentía bien. Sólo ha querido tomar un poco de leche por la tarde...

Susana no halló nada de extraño en ello.

Gregorio continuó la frase que Susana le había interrumpido. Parecía como que el nombre de Anada no le hubiera hecho ninguna impresión. Ni siquiera preguntó quién era.

Pero Juan sabía bien que esto nada significaba. Era muy improbable que Anada, deseando olvidar todo recuerdo de su vida anterior, hubiera mantenido su antiguo nombre. Éste le habría hecho recordar constantemente su pasada existencia y, además, era muy fácil cambiarlo.

El nombre era inventado. La misma Anada lo había escogido. Esto era más que evidente.

Juan casi no podía contenerse esperando el instante de quedarse a solas con Gregorio.

Los tres hombres pasaron a la otra pieza, para comer.

Susana parecía visiblemente cansada por la conversación con Gregario, y se durmió poco después.

El niño no quería irse a dormir, porque Gregorio le había traído dulces que le entregó entre muchas bromas. Primero dijo que tenía en la mano un pajarito. Mientras tanto el tío de la nariz grande hacía unos gestos tan cómicos que el niño estalló en risa estridente. Hubo que calmarlo para que no despertase a la madre.

Durante la cena el chico estaba sentado en las rodillas de su padre. Juan jamás había sentido a su hijo tan cerca.

Por fin el viejo Miguel se despidió y llevó al niño a la cama.

Quedaron solos.

Gregorio alcanzó la jarra y escanció.

—Querido amigo —dijo—. No creas que mi oficio es tan fácil. La verdadera encuadernación requiere mucho cuidado y gusto artístico. Hay que conocer el libro por dentro para que su alma se vislumbre por fuera. En la tapa de un libro triste puede hechizarse el aliento del otoño con el color de las hojas mustias. Todo depende de cómo escojas el papel. En estos colores puedes ocultar el amor y el brillo del sol. ¡Y si encima empastas en piel! En la clase y finura de la piel puedes palpar el contenido del libro. Cada día enfrentas en tu mesa de taller una tarea nueva y excitante. ¿Sabes que a veces un proyecto artístico no nos deja descansar ni de noche? Porque también tenemos clientes distinguidos y ricos. Nos sentamos en la cama y discutimos cuchicheando acerca del color, de la forma, el material... ¡Ay, tú no sabes cuánta comprensión tiene María para tales cosas!...

Calló. Con los ojos brillantes miró pensativa mente al centro de la mesa.

—¿Eres feliz? —preguntó Juan.

—¡Mucho!

Después añadió, como si quisiera cuidar y conservar la palabra para siempre:

—¡Mucho, mucho!

Juan chocó su vaso con el de Gregorio. Bebieron.

—¿Te acuerdas —se dirigió a Gregorio en voz queda— de cuando charlamos así la última vez?

Los rasgos de Juan se ensombrecieron.

Juan se inclinó más hacia él y preguntó con cuchicheo:

—Di..., ¿quién era la mujer por la que tú entonces? Gregorio no contestó. Frunció el ceño, y ahora aparecieron súbitamente en su rostro esas arrugas profundas y adustas que le dieron por entonces un aire tan aterrador y digno de compasión.

Levantó la mano en un gesto de defensa. Su voz tembló:

—No hablemos de ello... Eso se acabó.

Después de un instante su rostro tomó una expresión serena y volvió a hablar con

un tono diferente:

—¿Sabes que las colas y los engrudos se preparan según fórmulas secretas que en las antiguas familias de encuadernadores se heredan a través de las generaciones, de padre a hijo? Porque de ello depende, en primer lugar, el que una pasta no se alabee jamás...

Puso toda su atención en esta conferencia.

De sus palabras parecían emanar el olor del engrudo de aquel pequeño taller, el aroma de los papeles pintados y los cueros de color. La llama de una vida nueva y el alma de esa otra mujer.

Juan ya no le escuchaba. Sentía que el ser de Anada se desvanecía en rededor de él. No debía preguntarle a Gregorio, no podía contarle de ella; tampoco tenía ya derecho a ello, porque si Gregorio era realmente el pasado de Anada, despertaría entonces en él las crueles luchas del alma. ¿Y de qué le serviría enterarse incluso de algo que a ella se refiriera? Tal vez sólo agravaría su propia situación. Así y todo, aquello era tan inverosímil, ni más ni menos que una pesadilla. Como una marea, venía y se iba.

Sin embargo, también tenía ahora la sensación de que entre estas dos personas no había relación alguna ni debía haberla.

Gregorio acercó su silla y comenzó a hablar de aquellas fórmulas secretas.

Juan miraba al frente sin oír las palabras de Gregorio.

Cavilaba sobre la manera de salir del atolladero.

Al día siguiente, a primera hora, le diría a Susana que, de madrugada, un amigo había venido por Anada y se la llevó. Sólo por unos días. Aquellos días se harían semanas, y luego, meses. Después recibirían, cada vez, noticias más pálidas de Anada.

Pero las monedas de oro...

Cuando Susana sanara, se pondría su vestido amarillo nuevo y se dirigiría a la ciudad para llevar las monedas de oro prometidas al cepillo de la Santísima Virgen.

Entonces él la tomaría de la mano y le diría:

«—Has de esperar con esta promesa... No quise decirte nada de ello mientras estabas enferma... Cometí una tontería y compré trigo; quise hacer una ganancia, pero el barco se fue a pique... En fin, no importa; trabajaremos, y tú pagarás tu deuda, por pequeñas fracciones. La Santísima Virgen es misericordiosa y paciente... Sí; así estará bien».

De pronto, pensó en su hijo y sintió que se desbordaba su corazón.

Gregorio, como si hubiese notado que Juan no le prestaba mucha atención, abrevió su conferencia:

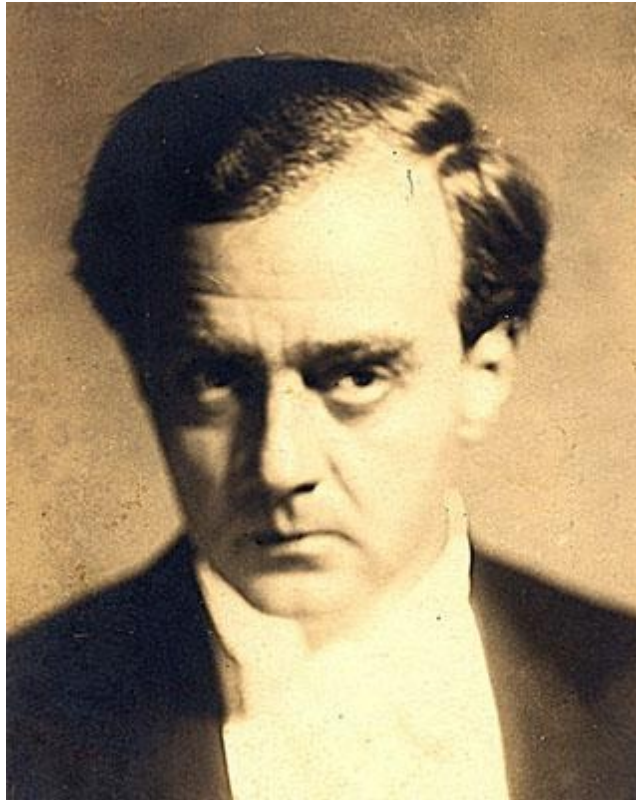
—Así es, amigo —dijo, como hablando consigo mismo y pensando siempre en las fórmulas.

Callaron.

Por la ventana abierta respiraba la noche, pero afuera ni un airecillo soplaba ni se

movía una hoja. Sólo desde lontananza, más allá de las praderas, llegaba el lejano susurro del río.

Juan levantó la cabeza y escuchó el lejano rumor, que llegaba ahora hasta él, removiéndole las más recónditas fibras del corazón. Veía pasando hacia lo infinito la corriente del agua en cuyas olas negras fuerzas misteriosas abrazábanse mutuamente. Su fantasía poblaba la ribera bordeada de sauces mohosos, con sombras que corrían acá y acullá, y sentía como si la obscuridad afuera se llenara de voces y exclamaciones asustadas; «¡Ea!... ¡Hombres!... ¡Hombres!... ¡Algo se lleva el río!».



LAJOS ZILAHY ( Hungría 1891 - Serbia 1974) Narrador y dramaturgo húngaro. Dotado de una minuciosa capacidad de observación que dejó plasmada en casi todos sus escritos, destacó sobre todo por un puñado de novelas que, traducidas a muy diversos idiomas, se difundieron como auténticos *best-sellers* por todo el mundo durante la primera mitad del siglo xx.

Sus primeras inquietudes literarias le llevaron a enfocar su reveladora lente novelesca sobre los problemas morales y las vicisitudes sociales que envolvían a las clases burguesas europeas del período de entreguerras, aunque posteriormente se fue decantando por el análisis de otros grandes grupos sociales de poder, como la aristocracia y las altas esferas financieras.

Finalmente, en una tercera etapa de su producción novelesca, coincidente con la fase de su vida que se desarrolló en los Estados Unidos de América (en donde fijó su residencia a partir de 1948), Lajos Zilahy cultivó una prosa bastante menos ácida en su sátira social, ahora suavizada por la evocación nostálgica de tierras lejanas y tiempos pasados.

Entre las principales narraciones extensas del escritor húngaro figuran algunos títulos que, traducidos al castellano, hallaron un amplio eco entre la crítica y los lectores españoles. Así ocurrió con *Primavera mortal* (1922), *Las cárceles del alma* (1927), traducida también como *Los dos prisioneros*, *Algo flota sobre el agua* (1928) y, muy especialmente, *El desertor* (1930), una interesante reconstrucción novelesca de las experiencias vividas por el propio autor durante su intervención en la I Guerra

Mundial. Además de estas obras, Lajos Zilahy escribió otras novelas de gran interés, como las tituladas *El alma se apaga* (1932), *El ángel enfurecido* (1953) y *El siglo feliz* (1960).

Pero sus habilidades en el cultivo de la prosa de ficción no se limitaron a la redacción de narraciones extensas, ya que también cosechó grandes elogios con sus brillantes relatos breves. La mayor parte de los cuentos de Lajos Zilahy vieron la luz a través de varias recopilaciones, entre las que sobresalen las tituladas de *Gran dilema*, *El velero blanco* e *Idilio de pescadores*. Por último, en su faceta de dramaturgo, el escritor estrenó en su país varias piezas teatrales que también contribuyeron a acrecentar su prestigio literario; entre ellas, cabe recordar las tituladas *Luce el sol* (Süt a nap), 1924, *El general* (A tábornok), 1928 y *El pájaro de fuego* (Tüzmadár), 1932.

# Notas



[1] *citadino*: Dicho de una persona que vive en la ciudad. <<

[2] *affiche*: reclamo, cartel. <<

[3] *goulasch*: estofado húngaro. <<

[4] *obseder*: termino latino que viene de *obsedere* que significa: cercar, asediar. <<